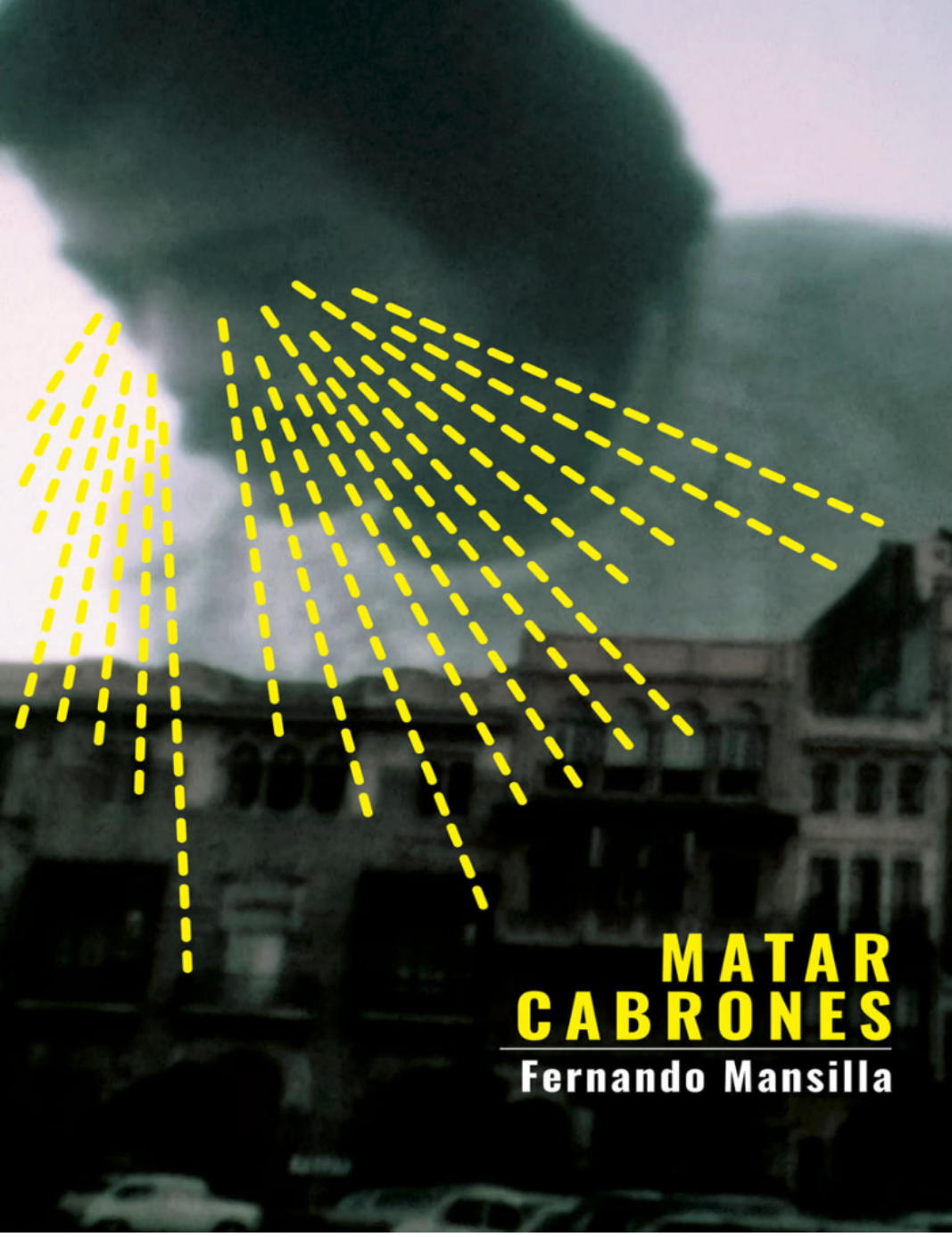
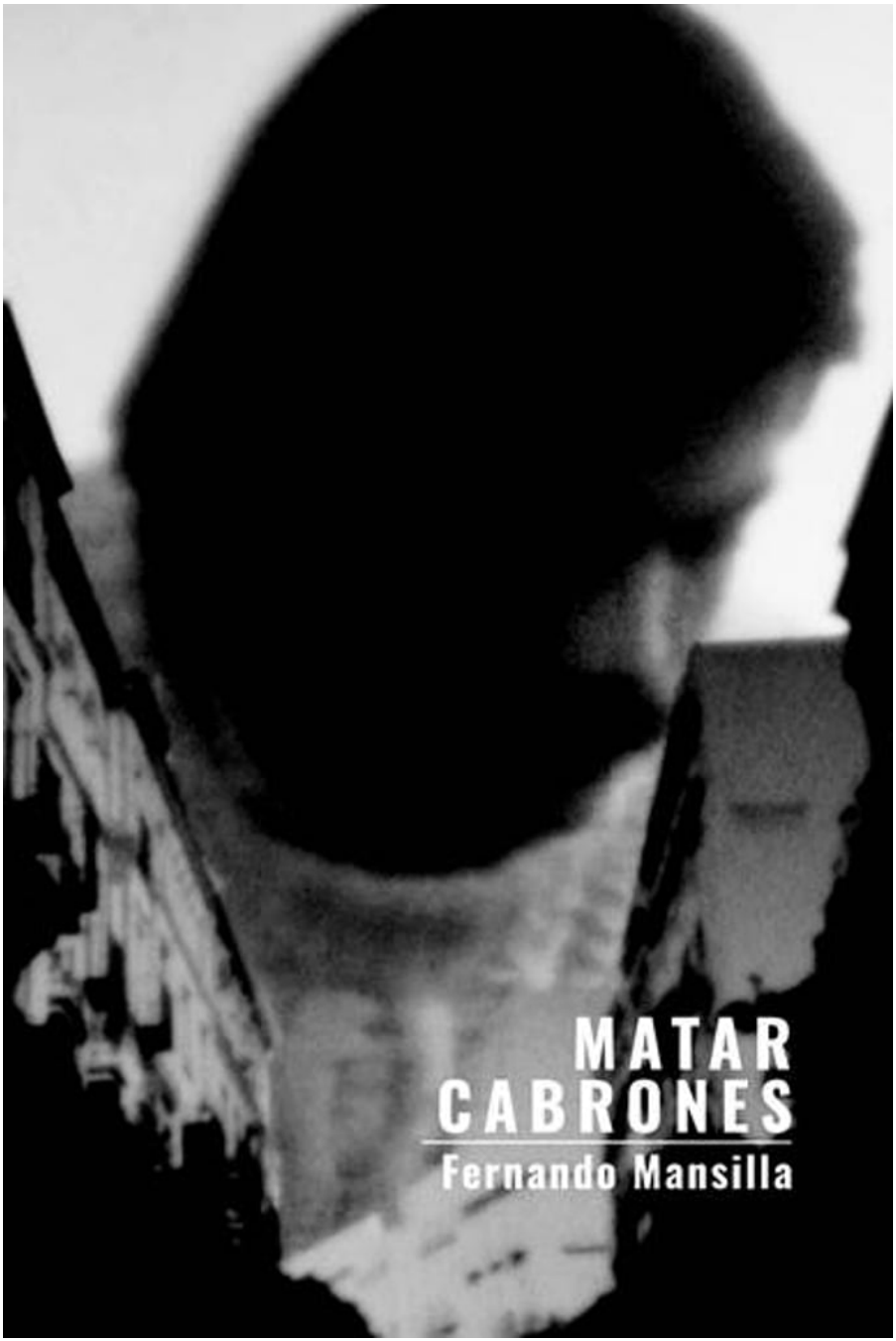
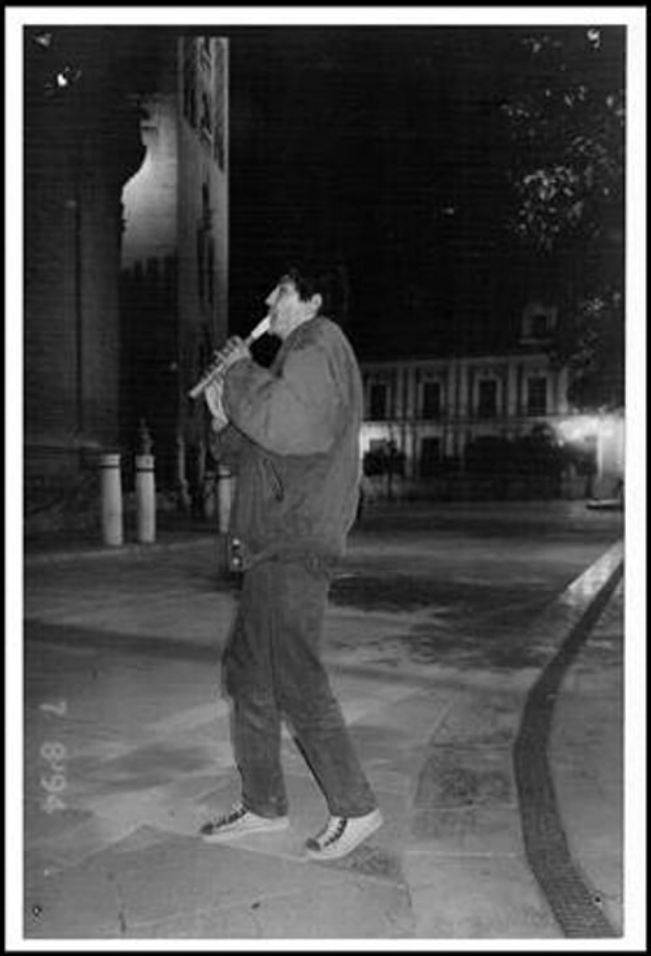

MATAR
CABRONES
Fernando Mansilla

MATAR CABRONES

FERNANDO MANSILLA

BARRETT


MATAR
CABRONES
Fernando Mansilla


7 8'94

FERNANDO MANSILLA

Barcelonés de nacimiento, Fernando Mansilla se instaló en Sevilla en 1981, tras pasar por Mallorca, atraído por la forma de vida, el clima y el buen hachís del sur. En la capital andaluza se ganó la vida, y con bastante éxito entre los turistas, como músico callejero en el barrio de Santa Cruz, pero él siempre se consideró escritor. Sin contactos editoriales, montaba obras teatrales y musicales con sus textos y poco a poco fue haciéndose un nombre como artista *underground* sevillano.

Sus poemas han sido publicados en la obra *Poemas para la no posteridad* (Cangrejo Pistolero) y musicados con su grupo Mansilla y los Espías en los discos *Literatura de baile* y *Dejad que los colgados se acerquen a mí*. Ha sido considerado por muchos el Leonard Cohen sevillano por su inconfundible voz y por su extraordinaria poesía.

Como dramaturgo, cabe destacar, además de las innumerables obras de teatro y *performances*, su nominación a los Premios Max de teatro por la obra *Libertino*.

En 2013 publica su primera novela, *Canijo* (El Rancho Editorial), que se convierte en seguida en un libro de culto, reflejando como nadie la Sevilla salvaje de los años ochenta. En 2017 tenemos la suerte de publicar sus *Relatos faunescos* bajo nuestro sello, mostrando que también se mueve como pez en el agua en el mundo del cuento.

Falleció en junio de 2019 mientras descansaba en «el puto sofá».

También ha hecho posible este libro

JUAN SEBASTIÁN BOLLAÍN

La imagen de cubierta es un fotograma extraído (y manipulado) del documental *Sevilla rota* del director Juan Sebastián Bollaín (Madrid, 1945). En este documental aparece un hombre fuera de escala asomado por encima de una hilera de casas al tiempo que emerge una voz en *off* que dice: «El arquitecto municipal, encargado de la redacción del Plan General de Ordenación de Sevilla, se asoma tras las colinas del Aljarafe todas las tardes para estudiar los problemas de la ciudad».

Bollaín ha sido un director crítico, con una ironía inconfundible a la hora de tratar la falta de compromiso de los distintos gobiernos municipales, así como para hablarnos de la idiosincrasia sevillana.

Título original: *Matar cabrones*
Primera edición: noviembre de 2019

© del texto: Fernando Mansilla
© de la fotografía de cubierta: Juan Sebastián Bollaín
Fotogramas cedidos por la Filmoteca de Andalucia — Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico.
Gracias a Enrique Bollaín, cardiólogo y escritor, por dar su cara.
© de la fotografía de la biografía: Lola Cordero y Julieta Mansilla.
© de la edición: Editorial Barrett | www.editorialbarrett.org
Comunicación y prensa: Isabel Bellido | comunicacion@editorialbarrett.org

Impresión: *Estugraf*
e-Pub: Jesús Alés - sputnix diseño editorial

ISBN:978-84-121353-0-5
Depósito legal: SE 1804-2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Somos buenas personas, así que, si necesitas algo, escríbenos. No nos va a sacar de pobres prohibirte hacer unas cuantas fotocopias.

BARRETT

NOTA DE LOS EDITORES

Siempre hemos comentado, medio en broma medio en serio, que montamos Editorial Barrett con el único objetivo de poder publicar a Fernando Mansilla. Desde que llegó a nuestros oídos su voz, con su grupo Mansilla y los Espías, nos convertimos en unos auténticos *groupies*, nos aprendimos sus letras, imitábamos su forma de moverse en el escenario y también su manera de recitar tan particular. Lo veíamos caminar por la Alameda de Hércules, perpetuamente elegante y enfundado en su sombrero de ala ancha, pero no nos atrevimos a saludarle ni a decirle que nos encantaba lo que hacía hasta pasados unos años.

Poco a poco fuimos descubriendo más de él: su poesía, su teatro y su novela *Canijo*. En la Feria del Libro de Sevilla hicimos cola ilusionados para que firmara nuestros ejemplares. Ya le habíamos abordado varias veces y charlado un poco con él, imaginábamos que éramos unos pesados como otros cualquiera de la congregación de los «ultrapelmazos» fans acérrimos de Mansilla, sin embargo, siempre nos había atendido con amabilidad y educación. Ese día nos sentimos un poco desilusionados al comprobar que en la primera página del libro lo único que escribió fue «con cariño». Con el tiempo, nos confesó que todas las dedicatorias las hacía así.

Una vez pusimos en marcha Barrett y comenzamos a configurar nuestro catálogo, nos pusimos en contacto con él. Pensábamos (y seguimos pensando) que es el mejor escritor de Sevilla y que tenía que publicar con nosotros. Quedamos, nos tomamos algo en el Corral de Esquivel y para nuestra sorpresa nos dijo que sí. Nos contó que tenía una serie de relatos que había ido escribiendo a lo largo de estos años y que de alguna forma tenían relación con el mundo animal. Lo leímos, era el Lou Reed sevillano, una versión de el lado más bestia de la vida desde los ojos de Fernando Mansilla. ¡Estupendo! Firmamos el contrato y en 2017 publicamos sus *Relatos faunescos*.

Gracias a esa relación profesional pudimos conocerlo más profundamente. Fernando era una persona amable, sencilla y muy humilde, quizá demasiado humilde para el mundo literario y artístico. Todo en él era auténtico.

Durante la promoción de *Relatos faunescos* comenzamos a estar al tanto de sus problemas de salud. Se fatigaba con facilidad y le faltaba el aire con cualquier esfuerzo. Tuvo que empezar a tomarse las cosas con más calma, suspendió algunos conciertos con Los Espías y tenía que visitar el hospital con asiduidad.

Fernando quedó muy contento de la edición del libro. Pocos meses después nos comentó que llevaba un tiempo trabajando en otra novela, y que quería que la leyéramos. Un día nos llegó un *emailcon* un archivo adjunto, era el trepidante prólogo de este libro que tienes entre las manos.

> Hola, amigos Barrett:
>
> Hace algún tiempo os dije que quería enviaros un adelanto (mínimo) de la novela que estoy escribiendo. Luego no lo hice. Lo dejé pasar y ahí quedó otra promesa incumplida. Hombre, tampoco es que yo prometiera nada, pero sí que lo dije y no lo cumplí. Me estoy yendo por las ramas de una manera escandalosa. Al grano: que por fin me decido y os envío este prólogo o capítulo uno titulado *Mi bendito dedo índice*. La novela de momento la estoy llamando *Leyendas urbanas*, pero es provisional. Ya veremos cómo acaba llamándose.
>
> Y nada más.
>
> Un abrazo novelero.
> Efe eMe

Estábamos deseando publicarla y empezamos a fijar plazos y fechas que por desgracia Fernando no podía cumplir por sus problemas de salud. A veces nos escribía desanimado porque se encontraba mal o estaba bloqueado y otras veces, cuando se encontraba mejor, nos decía que estaba avanzando y que creía que sí podría tenerla a tiempo.

> Hola, amigos editores.
>
> Os escribo estas letras para informaros que tras una crisis digamos intensa me estoy reponiendo mejor de lo que esperaba en un principio. No sé si sabéis que tuve que cancelar todas las actuaciones que teníamos para este verano, pero como todo tiene su parte positiva he encontrado tiempo para dedicarlo a la novela y aquí me tenéis, dale que te pego. Y no pinta mal.

Saludos.
Y un fuerte abrazo.
Efe eMe

Después de este ingreso en el hospital, le dijimos que no tuviera prisa, que no se preocupara, que se olvidara de fechas y que trabajara relajado. Lamentablemente fue la última comunicación que tuvimos con él.

> [14:30, 4/6/2019] Editorial Barrett: Hola Fernando, te íbamos a llamar, pero igual no te apetece en estos momentos. Te mandamos muchos ánimos, ya verás que pronto te encuentras mucho mejor. No te preocupes en absoluto por la novela, saldrá cuando tenga que salir. Ninguna prisa, lo importante es tu salud. Un fuerte abrazo!

> [14:54, 4/6/2019] Fernando MANSILLA: Sois geniales. Muchas gracias por vuestro apoyo. En cuanto pueda os llamo y hablamos. Abrazos!!!

Su pareja, Lola, muy amablemente nos facilitó todos los archivos de la novela que estaba escribiendo. Un auténtico rompecabezas que hemos intentado recomponer lo mejor que hemos sabido (como todos los genios, el orden de Fernando estaba en su cerebro). Armar este puzle ha sido el trabajo más difícil y también el más bonito que hemos podido hacer como editores. La novela evidentemente no estaba terminada y han quedado flecos sueltos, preguntas sin responder e historias inconclusas, pero hemos tratado al menos de cerrar el argumento que se abre en ese fascinante prólogo. Todos los textos de esta novela están escritos por Fernando Mansilla, lo cual se hace evidente con su lectura: su estilo, sus historias y su forma de narrar son inconfundibles.

A esta historia más o menos cerrada, hemos añadido como extra un *Bonus track* o línea argumental diferente que Fernando parece que estuvo barajando un tiempo y que finalmente descartó. Nos ha parecido igualmente interesante incluirla como curiosidad y porque nos parecía realmente genial.

Era imprescindible que esta novela saliera a la luz. Para empezar porque siempre hemos pensado que a Fernando Mansilla no solo deberían conocerlo en Sevilla — estamos convencidos de que si hubiera vivido en Madrid o en Barcelona habría tenido mayor repercusión a nivel nacional—. En segundo lugar, porque Fernando tenía muchísima ilusión en publicar esta historia y toda esa ilusión y esfuerzo que puso no queríamos que fuese en vano. Por último,

queríamos hacerle un homenaje de la mejor forma que sabemos, que es publicando libros.

Allá vamos

Con cariño para Lola y Julieta.

PRÓLOGO (MI BENDITO DEDO ÍNDICE)

Dos hombres fuertes que se sienten atractivos con sus *piercings* y tatuajes y su mala leche con músculos. Alpáñez, el más alto, el más fuerte, cuarenta años de abdominales, aro de plata en la oreja izquierda, negra cola de caballo. El otro, Cabo Martín Varas, más joven con cráneo rapado, facciones agradables, cuerpo ágil, ojos azules que miran con guasa a un tercer hombre sentado en una silla de enea, de más edad que ellos, débil y viejo. Óscar Valor se llama. Y está desnudo, se le saltan las lágrimas, transpira a chorros y se ha orinado encima. Desnudo. Enclenque. Aterrorizado. Lo tienen a su merced, amordazado, maniatado y amarrado al respaldo de la silla de enea. Sujeto de tal manera que es incapaz de mover un dedo.

—Qué asco — dice Carolino Alpáñez—. Qué asco — repite—. ¿Pues no se ha meado encima, el muy cochino?

—Pues sí. Qué asco — comenta como al descuido Cabo Martín Varas, situado al lado de Alpáñez. El hombre débil solo se concentra en su miedo. Su pánico. Desnudo y tan delgado y tan enclenque, atado en esa silla se le clavan sus propios huesos, se le clava todo, no ha podido aguantar y de puro terror se ha meado encima. Un charco a sus pies. No hay para menos. Por suerte no se le ha descompuesto la barriga porque se lo hubiera tenido que hacer encima.

—Qué marrano — asqueado Alpáñez.

—Bueno, bueno, bueno… — canturrea Cabo Varas—. Vamos a ver qué tenemos por aquí… qué tenemos por aquí… — sigue el canturreo mientras rebusca en las herramientas dispuestas y ordenadas sobre la mesa y escoge unos alicates de punta fina.

Óscar Valor cierra los ojos. No quiere ni verlo. No quiere saber. No puede con ello. Está amarrado de tal manera que no puede mover un dedo. Amordazado. Se marea. No está acostumbrado al dolor. ¿Qué va a ser de él? Se siente fatal, taquicardia, no lo aguanta. Náuseas, vomita. Se ahoga, se orina otra vez, se desespera. El terror le descompone el cuerpo.

—Pero qué asco — pone cara de asco y desprecio Alpáñez mientras, al igual que su compañero, se cubre el rostro con un pasamontañas y pulsa REC para poner en marcha las grabadoras de

vídeo.

Nadie está acostumbrado al dolor. Excepto algún bicho raro. O alguien muy bien entrenado para ello. Pero así, en líneas generales… ¿quién aguanta la tortura? Óscar no, desde luego. Se le revuelven las tripas, vomita otra vez, se le descompone el estómago. Cabo se le acerca con los alicates. Si te toca, te toca.

Finalmente se descompone del todo: se orina, vomita, se caga, se ahoga.

—Cabo es un verdadero artista jugando con los genitales ajenos — comenta Alpáñez a modo de información—. Ya verás que no digo mentira. Eso sí. Te va a doler un poco. Francamente, y para ser sincero, no me gustaría estar en tu pellejo.

Se le nubla la visión al pobre Valor. Nunca había experimentado semejante horror, y eso que ni han comenzado todavía.

—Ay, espera, se me olvidaban los guantes — se percata Cabo de que no lleva puestos los indispensables guantes—. Como podrás observar aquí guardamos todas las medidas higiénicas, aunque a ti eso… te va a dar bastante igual.

Se calza los guantes, empuña los alicates, ahora los abre ahora los cierra.

—¿Estamos listos?

—Cuando quieras — confirma su disposición Alpáñez.

—Por favor… por favor… por favor… — suplica Óscar Valor pero no se le entiende nada con la mordaza, y qué más da si no le hacen ni caso, gimotea, llora, se ahoga, se asfixia, no puede respirar—. Por favor, por favor, por favor… — le va a dar algo. Quizás sería lo mejor, un ataque al corazón y fuera.

Alpáñez pone la oreja e intenta entender algo.

—¿Cómo dices, chaval?

—Dice que por favor — interpreta bien los sonidos que salen de la boca amordazada Cabo Martín.

—Ni por favor ni hostias. Aquí no hay por favor que valga. Este boleto te tocó en la tómbola, chaval. Eso es lo que hay, y todo lo demás es inútil: llorar, rogar, sollozar, implorar… inútil. Así que, Cabo, proceda cuando guste — dice severo Alpáñez y Cabo se sonríe.

—Procedamos pues.

Enarbola y abre y cierra los alicates. Con la mano izquierda convenientemente enguantada le coge el arrugado pene por la punta y lo levanta con cierta delicadeza, abre los alicates y abraza con ellos el arrugado miembro de Óscar Valor, un abrazo todavía delicado, todavía sin causar dolor ni estropicio. El dolor y el estropicio vienen a continuación. Ahora.

—Por favor… por favor… por favor…

—No sé… ¿cómo lo hacemos? ¿Cortamos todo a la vez, o primero la polla y luego los huevos? ¿Tú qué dices, Alpáñez?

—Yo digo la polla y luego los polluelos.

¡Carcajada brutal!

—Hombre… hombre… eso ha estado bien. Mejor ir por partes. Primero la polla, que ya está preparada en los alicates. Y luego, los huevos. O los polluelos. Aunque, no sé… tú corta y según vaya surgiendo, pues… improvisas.

—Improviso. Venga, vale. Vamos allá. Se me da bien improvisar.

—Por favor… por favor… por favor…

—Ji, ji, ji — ríe malicioso Cabo Varas, imaginando ya el dolor y el estropicio—, ji, ji, ji.

Ahora.

Pero lo que viene ahora soy yo.

Otro enclenque bueno.

Yo,

que abro la puerta y aparezco de repente en la escena de la ignominia empuñando un revólver de seis tiros. Pero… pero… ¿Pero quién es y cómo coño ha entrado este tío aquí? Óscar Valor me mira con ojos de terror y parece que se le va a salir el corazón por la boca. Quisiera decirle algo, tranquilizarlo, pero yo también estoy muy nervioso y muy asustado. ¡Qué panorama! Una peste espesa y fétida a excrementos y vómito me hace retroceder un paso, pero me sobrepongo, me planto, por fin soy capaz de contener las arcadas y decir algo:

—Aparta esos alicates — ordeno a Martín Varas con la boca seca como el esparto.

Todos mudos. Paralizados.

—He dicho que fuera esos alicates.

Aclarar que yo soy, ya lo he dicho, un individuo enclenque y, en circunstancias normales, poco amenazador. Pero claro, ese revólver en mi mano derecha me prestaba cierta autoridad. Había entrado por la puerta de la pequeña estancia. ¿Cómo diablos había llegado hasta allá? No se lo podían explicar. Vi claramente como se quedaban estupefactos durante unos segundos. ¿Cómo coño…?

—He dicho que sueltes esos alicates.

Pero seguían estupefactos, sin habla. Y sin soltar los alicates. Pasaban tan lentos los segundos… El tiempo casi detenido. Óscar Valor tampoco se lo acababa de creer. ¿Esperanza? Cualquier cosa a cambio de apartar aquellos alicates de sus genitales. También yo estaba estupefacto. Estupefacto y armado. Y pasmado, ¿qué hacía yo con un revólver en la mano? En la vida me había visto en semejante situación. Nunca jamás había empuñado una pistola o un revólver.

Solo en el servicio militar tuve un Cetme en mis manos. Solo entonces disparé un arma, y con buena puntería, todo hay que decirlo. Pero hacía ya sus buenos cincuenta años o más y nunca había vuelto a disparar un arma. Ni a empuñarla. Nada. Cero armas. Y de repente, aquella mañana, apuntaba con un revólver cargado a aquellos dos individuos. Yo estaba más pasmado que ellos. Sabía que eran peligrosos como una víbora, prestos a saltar sobre mí a la primera ocasión. No podía permitirme perder la ventaja. Tenía que convencerles de que era capaz de dispararles, pero, ay, yo sabía muy bien que era totalmente incapaz de matar a nadie. Aun así le eché coraje a la situación:

—Entonces… ¿vas a soltar esos alicates? ¿O te he de meter una bala en el cerebro, pedazo de mierda?

Amartillé el arma con el pulgar, click. Funcionó. Martín Varas soltó los alicates cuidadosamente sobre la mesa en la que se alineaban otros instrumentos de tortura. Ahora debía llevar mucho cuidado. Un paso en falso significaría sentarme en otra silla al lado de Óscar, bien atado. En el infierno.

Cabo y Alpáñez me miraban, allí de pie, encapuchados, ocultos los rostros tras los pasamontañas, permanecían con la mente fría, entrenados para este tipo de situaciones. Yo sabía que estaban absolutamente concentrados en encontrar el momento de saltar sobre mí y arrebatarme el arma. No era una broma. ¿Qué podía hacer? ¿Qué tenía que hacer? Aunque parecía que dominaba la situación, yo también, como el pobre Valor, estaba aterrorizado.

—Oye, espera — abrió por fin la boca Cabo Varas—, no te pongas nervioso. Te vas a hacer daño con ese revólver. Dime solo una cosa… ¿tú sabes quién es este hijo de puta? Creo que no. Tú no sabes quién es este hijo de puta ni lo que ha hecho. ¿Lo sabes? Este desgraciado se merece esto y más. Sinceramente, lo mejor es que me des el arma y te vayas por donde has venido. Esto no es asunto tuyo — hizo una pausa y luego agregó—: Muchacho.

¿Muchacho? ¿Eso era una guasa? Reconozco que me desconcertó. ¿Muchacho? Ya no soy un muchacho.

Me tendió la mano para que le entregara el arma.

—Dame el arma. Te prometo que no te va a pasar nada si me das el arma — y seguía tendiéndome su mano.

—Venga, chaval, no tienes ni idea de dónde te estás metiendo.

¡¿Chaval?! Otra vez con la guasa. Yo ya no era ningún chaval.

Lo cierto es que no tenía ni idea de si Óscar había hecho algo merecedor de estar amarrado a la silla de enea.

Tendía su mano Cabo Varas para que le diera el arma. Comprendió que yo no iba a disparar, que en mi vida había empuñado un arma,

que matar a un hombre no es cosa fácil. Y no lo es. Ya lo creo que no. Yo sabía que si mataba a uno de aquellos desgraciados me iba a caer un marrón de los de aquí te espero. Un asesinato, sea quien sea el asesinado, tengas las razones que tengas, puede suponer un montón de años de cárcel y de remordimientos sin fin. Me imaginé a mí mismo en la cárcel. ¿Yo en la cárcel? Impensable. Pero… ¿en qué jardín me estaba metiendo, Dios mío? ¿Qué hacía yo allá?

—Dame el arma.

Y Varas se acercaba a mí, se acercaba, se acercaba y no me dejaba pensar. Aquello no iba a durar mucho. La alternativa a no disparar era acabar a la vera de Óscar, amarrado como él a una silla, desnudo, torturado, castrado. Necesitaba pensar. Necesitaba tiempo.

—Venga hombre, no lo pienses más, dame el arma.

No reaccionaba. De ninguna manera iba a ser capaz de apretar el gatillo, volarle la cabeza a una persona, matar. ¿Estaba bloqueado? Moví un poco el dedo índice. ¿Podía moverlo? ¿Me obedecía?

—Dame el arma, chaval. Te juro que me vas a cabrear y va a ser peor. Dame el arma y vete de aquí. Esto no es para ti.

¿Chaval? ¿Otra vez? Empezaba a sentirme muy mal con la broma del chaval. Tenía que poner orden. No podía dejar que se rieran de mí.

—Dame el arma.

—Vale, vale, vale… te voy a dar el arma. Pero júrame que me dejaréis marchar.

—Sin problema. Pero dame el arma. ¡Ya, dámela!

—Vale, vale… te la doy. Pero júrame antes que me dejarás ir. Júralo y te doy el arma.

—Escucha, hombre, ¿cuál es tu nombre?, ¿cómo te llamas?

—No me llamo. Cállate.

—No me puedo callar. ¿No lo entiendes? Este tipo se merece eso y más. Es una mala persona. Tú no tienes ni puta idea.

Alpáñez se mantenía en silencio. Agazapado. Sabía que iba a saltar sobre mí en cuanto tuviera ocasión.

Retomó Cabo su discurso:

—Así que vamos a tranquilizarnos todos. Te dejaremos marchar. Palabra de hombre. Pero nos tienes que dar ese revólver antes de que se te escape un tiro y hagas daño sin querer a cualquiera.

Óscar se agitaba, quería decir algo pero no podía con la mordaza. Pude ver sus ojos, su mirada desesperada. Yo estaba en un callejón sin salida. Me sentía incapaz de apretar el gatillo, ¿cómo iba yo a matar a nadie? Me tocaba confiar en aquel par de energúmenos, confiar en que iban a cumplir su palabra y nos iban a dejar salir indemnes del atolladero. Una voz interior me decía que estaba a punto de cometer el gran error de mi vida, pero por otra parte… ¿un tiro en la cabeza?

No me quedaba otra que confiar. Y rezar.

—Bueno… sí, te voy a dar el arma, pero júrame también que dejaréis ir a este hombre. Jurádmelo y os doy el arma. Pero tengo que saber que nos vais a dejar marchar sin violencia. Juradlo. Sin violencia.

—Está bien, chaval. Sin violencia. Lo juramos.

—Jura tú también — dije en dirección a Alpáñez.

—Vale, vale, lo juro — dijo y sonrió Alpáñez. Sonrió. ¿Qué le hacía gracia? Yo quería acabar con aquello. Irme cuanto antes. Pero no lo tenía fácil. Sabía que entregarles el arma era un error. Pero no me sentía capaz de apretar el gatillo. Esa era la realidad. Los ojos de Óscar expresaban el horror más absoluto. ¡No lo hagas!, decía su mirada desesperada. ¡No lo hagas! ¡Nos matarán a los dos! ¡Nos torturarán, nos cortarán los huevos y luego nos matarán!

Pero yo persistía en confiar. Persistía en el error

—Bueno… quiero creeros. Pero… por favor. Hemos hecho un trato. Solo os digo que cumpláis vuestra parte. Toma el arma — dije a Cabo Martín Varas. Óscar Valor abrió sus ojos como platos. No daba crédito; íbamos a morir sin remedio. Y tendí la mano con el revólver, pero entonces se rebeló mi dedo. Mi bendito dedo índice actuó por su cuenta. No hizo preguntas. Solo se enroscó en el gatillo y ejerció la presión suficiente. ¡Bang!

—¡Coño! — me asusté.

Una bala en la frente. Cabo Martín cayó como un saco de patatas. Me giré hacia Alpáñez que todavía no había procesado lo que acababa de ocurrir. No daba crédito.

—Tú también vas a morir — dijo mi dedo índice.

—No… oye… no… yo… — balbuceaba Alpáñez.

—Díselo a mi dedo — dije yo.

—Por favor… — suplicaba Alpáñez.

—No me cuentes tu vida — dijo el dedo.

—Bang — dijo el revólver.

Entre los ojos. Otro saco de patatas.

No me detuve a mirar los cadáveres. Liberé de ataduras y mordaza a Óscar Valor. Busqué con la vista un grifo donde pudiera lavarse y reponerse un poco, porque iba hecho una pena, cagado, orinado y vomitado. Pero no daba con ese grifo. Recuperó sus ropas que estaban hechas un amasijo en un rincón de la habitación. Todavía perduraba el terror en su expresión. Y el mal olor. Se limpió como pudo con la chaqueta americana de Alpáñez que encontramos colgada de una percha.

—Me ha ido de… décimas de segundo. Me iban a cortar los huevos. Joder.

Miró los cuerpos tendidos en el suelo. Varas todavía estaba vivo. Murmuraba algo: «mama…», parece que decía mamá… o mama, o algo parecido.

Las cámaras de vídeo no se perdían detalle y grababan y grababan todo.

PARTE PRIMERA

ABELARDO

INCA EN LOS COLUMPIOS

Hacía tiempo que no veía a Inca tan contenta. Jugaba en el recinto de los columpios, corría y brincaba. Había encontrado un compañero de juegos a su medida. Parecían entenderse de maravilla, ahora te persigo yo luego me persigues tú. Una muchacha joven y guapa observaba los lances del juego.

—¿Es suyo?

—Sí, sí.

Estaba contenta. Estábamos todos contentos. La mañana estaba fresca y despejada, me sentía protegido bajo el árbol grande. La alegría duró hasta la llegada del hombre que nos reconvino.

—Hombre, que los perros no pueden estar ahí, que eso es para los chiquillos, no para los animales.

—Pero si ahora no hay ningún chiquillo — observó con timidez la muchacha.

—¡Que le digo que los perros no pueden estar ahí! — insistía machacón el hombre

Vi como la chica, que hasta entonces había permanecido distendida y feliz, se tensaba, perdía la sonrisa. Le dije algo, no sé qué, daba lo mismo porque ya no me escuchaba, solo pendiente del hombre que subía la voz y nos llamaba la atención. La muchacha sacó de su bolso una llamativa correa azulgrana. Yo no llevaba correa que sacar. El recinto en cuestión era un pequeño parque artificial para niños con una valla de colores delimitando el espacio y suelo de corcho. Los perros giraban alrededor del columpio y se disputaban un palo de madera. Pero el hombre no estaba dispuesto a permitirlo. El hombre también llevaba perro. Pero amarrado a una correa, todo en orden. Se dirigía a nosotros desde la acera de enfrente, a voces.

—Déjenos en paz, hombre. Que estábamos muy tranquilos hasta que ha llegado usted. Que no estamos molestando a nadie — decía yo.

—Y yo le digo que los perros no pueden estar ahí.

Le hubiera roto la cabeza y me hubiera quedado descansando. Pero no, no. Mejor no. Mi salud no me lo permite. Eso sí, le envié a tomar aire.

—Vaya usted a tomar aire, hombre.

Y el hombre insistía:

—Ni tampoco puede usted llevar suelto a su perro. El perro tiene que ir amarrado.

—Oiga, ya está bien — también la muchacha se impacientaba—. ¿Por qué no nos deja en paz?

El hombre solo se dirigía a mí. A la muchacha ni la miraba. Ni a su perro. Inca sintió que pasaba algo y salió del recinto. El otro perro detrás.

—¿Quiere ver cómo lo amarra? ¿Usted quiere ver cómo amarra al perro?

Era un hombre de edad, quizás más viejo que yo. Con un bigote blanco y un pequeño perro también blanco y amarrado a una correa. Empezó ostensiblemente a mirar los coches que pasaban en busca de un vehículo de la policía.

—Me voy — dijo la muchacha mientras amarraba a su perro y dicho y hecho se iba.

Yo debería ser prudente y hacer lo mismo porque ni siquiera llevaba una correa para amarrar a Inca. Si el hombre paraba un coche de la policía, con la perra suelta y sin la correa, lo iba a tener peor que mal. Entonces decidí huir ignominiosamente. Media vuelta. Agaché las orejas y emprendí la retirada. Me sentí orgulloso de haber tomado la decisión correcta, la más prudente. El hombre seguía esperando el paso de un coche patrulla. Pegarle no podía, pues no me lo permite el médico. No me permite ejercicios violentos, ni cosas raras, ni impresiones, ni sustos, ni acaloramientos. Podía azuzarle al perro, pero tengo el recuerdo de aquella penosa experiencia, cuando José, mi perro anterior, mordió la pantorrilla de aquel crítico del *Diario X*. El pobre José, al final, fue quien pagó el pato. No, no azuzaré mi perro contra nadie. Pero todavía tengo el recurso del Primo. Eso pensé, que le echaría encima al Primo. Luego me di cuenta de que no había memorizado la cara del energúmeno. Sí, un viejo con bigote y perro. Pero nada más. Mejor olvidarlo. Era lo más prudente. Además, y bien pensado… tampoco había sido para tanto, ¿no? Un vulgar rifirrafe por el cual no valía la pena partirse la cara.

EL PRIMO

Después de haberme hartado de negarlo, al cabo del tiempo tengo que comerme mi prejuicio y reconocerlo: mi bien material más preciado es el televisor. Mi actividad favorita, pues, ver la tele. Sin prejuicios. Son momentos de intenso bienestar. No me importa reconocerlo. Hubo un tiempo que me daba vergüenza. Incluso me engañaba a mí mismo. Aquello no podía ser, la televisión no podía ser buena para mi espíritu. Entretenida, bueno; entretenida sí, pero buena para el espíritu, eso categóricamente, no. Pues ahora afirmo lo contrario: buena para el alma, sí. Sí, sin dudar. Además es uno de los pocos bienes materiales que me quedan, un viejo ejemplar de 19 pulgadas, en color, no me sé ni la marca, pero funciona bien, sin grandes alharacas, lo justo, lo correcto. Un poco como yo, lo justo, lo correcto, no nos pidan más. Nada de pantalla plana ni modernidades por el estilo. Ya lo he dicho, un viejo ejemplar.

Así que llegué a casa y puse la televisión. La perra bebió agua y se fue al balcón a fisgar la calle. En la televisión una presentadora se hacía la simpática. Y no lo hacía mal. Yo sé que tiene su mérito salir en pantalla sonriendo con naturalidad. Yo no sabría hacerlo mejor. Pese a la presentadora, la imagen del viejo retornaba a mi mente. Dios, aquel viejo se había puesto muy impertinente. La presentadora intentaba distraerme con sus monerías pero el recuerdo del viejo persistía en mi cerebro. Mirado fríamente yo había hecho muy bien en retirarme. Había sido prudente. No tenía sentido martirizarse.

La prudencia. Saber morderse la lengua. Saber esperar. No puedo ir dando el cante por las calles. Mucho menos por culpa de un viejo idiota que se pone impertinente porque los perros disfrutan. Vaya con el viejo que me hizo quedar tan mal delante de la muchacha. ¿Por qué no fui hasta su posición y le arreé un par de bofetadas? No era más que un viejo. Pero es que yo también soy un viejo, probablemente más viejo que el mismo viejo. Y ya lo dije antes, no estoy para esas alegrías. El médico me lo prohíbe terminantemente, no es coña, ya veis lo torcido y despacito que camino. No puedo llevarme sofocones ni sufrir violencias. Despacio, amigo mío, despacio, insiste mi médico, que no es que sea mío, en verdad cada vez es uno diferente, pero

todos me dicen lo mismo y debo fiarme de su criterio, más todavía cuando me recomiendan reposo y las medicinas correspondientes. Me gusta el reposo y no le hago ascos a las medicinas. Y lo que decía, que cada vez es un médico diferente porque mi sistema son las urgencias. Cuando me siento mal escojo una buena lectura y me encasqueto en las urgencias del hospital más cercano. Ahí es donde me hacen las mejores revisiones: análisis de sangre, radiografías… lo que haga falta. Y además me dan los mejores consejos: nada de violencias, ni peleas, ni nefastos sentimientos de ira o de venganza. Mejor dedicarse al saxofón y a comer bien. Bueno.

En casa sigo dale que te pego con el sucedido del viejo. Olvídate, hombre; olvídate ya. Pero no me olvido. Primo, ¿dónde te metes? El Primo no es que fuera mi primo. Todo el mundo le llamaba Primo, quizás porque él a todos llamaba «primo». «Hola, primo». «¿Cómo estás, primo?» Éramos muy diferentes y aunque era mucho más joven que yo, congeniábamos, me llevaba bien con él. El Primo tenía la idea de que yo era poco menos que alguien, un tío importante con recursos y amistades que además sabía tocar el saxofón. No veas. Era obvio que yo nunca tenía un duro, pero eso le daba igual al Primo. A él le parecía que yo no era un cualquiera. Con eso tenía suficiente. Yo no le engañaba, era él quien se hacía esas ideas. Tampoco me dedicaba a desengañarlo. Sentía que el Primo podía hacer cualquier cosa por mí, cualquier cosa que le pidiera, por ejemplo deslomar al viejo que me había irritado tanto aquella mañana. Qué tontería. Yo no quería sentir aquel rencor, no quería ser así. Es la puta edad, que me ha hecho ser tan malicioso. Olvida al viejo, olvida las afrentas. Es una inutilidad colgarse de tales historietas. Vive, copón. Vive y olvida. Pues no, vivo pero no olvido. No olvido, no me da la gana, hasta aquí hemos llegado, etc., etc. ¿Por qué tengo yo que comerme el mal rollo de ese señor amargado? ¿Por qué no puedo disfrutar de mi perra ahora que ha encontrado un compañero de juegos y estamos todos tan contentos? No me joda, caballero, porque estaba charlando con esta hermosa muchacha en este momento único temprano por la mañana amaneciendo. Este momento que nunca volverá y que ese señor está impidiendo que pase.

El Primo tampoco tenía nunca un duro. Se había metido en tantos problemas que finalmente sus padres habían optado por renegar de él. No querían saber nada. Pero el Primo era una buena persona. No tenía maldad, aunque ya hubiera mandado a más de uno al hospital, y no sé si a la morgue. Nunca lo quise averiguar, solo sé que pagó muchos años en la cárcel. Nunca nadie me dijo el motivo, y él no era muy proclive a hablar del talego; pocas veces se refería a su larga experiencia carcelaria. Pero era en esencia buena persona. Y grande y fuerte. Yo lo apreciaba y él me apreciaba a mí. Y me respetaba.

Fantaseo con la posibilidad de llamarlo para que le ajuste las cuentas al viejo horrible. Sé que es una mala jugada hacerle eso al Primo. Y no es plan. Acaba de salir de la cárcel y no debe meterse en líos. Es más, yo, como amigo de su tío paterno, debería velar por que tal cosa no ocurra, vigilarlo incluso para evitar que vuelva a las andadas. Bastaría que se lo insinuara: ese viejo me ha insultado, o me ha mirado mal, o cualquier cosa insultante o vejatoria para que saliera como las balas a poner orden. Pero sé que no debo. Su tío no me lo perdonaría, si bien, todo hay que decirlo, no es que su tío se ocupe tampoco mucho de él. Más bien lo tienen un poco al margen, apartado, a raya, no es un buen ejemplo para sus hijos, los primos del Primo, gente educada y muy formal, los estudios, la familia, y probablemente la misa de los domingos, porque la mujer de mi amigo, su tía política, es muy religiosa, me consta. También el Primo es una persona creyente, y también yo creo vagamente en algo, no sabría decirte en qué, pero eso no quita que le desee al viejo un par de bofetadas. Aunque, insisto: no sería honrado hacerle eso al Primo. Y si me da mal rollo haber dejado escapar impune al maldito viejo, recordaré el antiguo sucedido con aquel crítico teatral al que un mal día se le ocurrió escribir aquella crónica insultante, injusta y devastadora y sentimos que había que darle su merecido al hijo de su madre. Joder, qué historia.

No debe repetirse. No vale la pena.

GOLFOS TRIPADORES

Yo también tenía mi historia. En los años de la prosperidad había ganado mucho dinero con nuestro grupo de música: Golfos Tripadores. Javier Renedo nos llevó a la fama con sus letras críticas y agudas, algunas cercanas a la obscenidad, otras de crítica social, o de denuncia, llámalo como quieras, a mí me parecían cada vez más repetidas y tediosas. Pero éramos jóvenes y con ganas de diversión. Con ganas de transgredir todo, lo que se nos ocurriera. Muchas veces no se nos ocurría nada, pero Renedo tenía mil recursos y mil maneras de expresar siempre las mismas y viejas y trilladas historias, injusticias, reivindicaciones sociales, derechos de las minorías. Renedo sabía dónde hurgar con su literario dedo, pero ¿os digo la verdad?, yo estaba harto ya de aquel juego y de decir siempre las mismas chorradas. Y sí que trabajábamos y gustábamos y teníamos nuestro público fiel.

Pasada la época de la primera euforia Renedo sintió la necesidad de renovar el grupo, de subir algún escalón. Decía que había que cambiar ya de categoría, subir a primera división.

—Un nuevo espectáculo y un nuevo disco. En seis meses. ¿Qué os parece?

Yo no tenía ganas de trabajar tanto para hacer otra vez lo mismo. Ya no me lo creía. Había dejado de creer en sistemas y antisistemas. Había dejado de creer en discursos y panfletos reivindicativos, y cada vez hablar del pueblo me parecía más una auténtica chorrada. El pueblo. El sistema. ¿Qué era eso? Lo del pueblo me parecía un timo de lo más trillado. ¿Quién cojones era el pueblo?, ¿qué autoridad tenía el pueblo? Tampoco me agradaban ya los grandilocuentes textos que nos hablaban del poder de la calle, de la Justicia Social, de la revolución. ¿Qué coño revolución? Más nos valía que no asomara por aquí revolución ninguna porque nos íbamos a cagar.

—Coño, Renedo, no me jodas, si tú vives de puta madre, mejor que quieres. ¿Revolución? No cuentes conmigo.

No éramos mejores que los oficinistas de un banco, ni más guays que los funcionarios de la administración, no éramos mejores que nadie con nuestra música, nuestros poemas-denuncia, nuestros

saxofones. No éramos mejores que nadie, simplemente éramos lo que nos había tocado ser. Déjenme de artisteos y de teorías y de ser más listo que los demás A mí me había tocado el saxofón. Curiosa paradoja, más que tocar yo el saxofón, era él quién me había tocado a mí, me había tocado ser el saxofonista ya para el resto de mi vida. Así que apechuga, guapo. Y yo apechugaba con el saxo mientras que Renedo apechugaba con sus escritos, que también le habían tocado para los restos. Pero el núcleo de su discurso, el fondo, sus denuncias… ya no eran creíbles para mí. Se me deshacía el entramado.

No podía más con los poetas, me aburrían soberanamente sus poemas y sus historias. Renedo era buen tipo, pero también un pelmazo de tomo y lomo. Ya no lo aguantaba. Estaban convencidísimos de tener siempre la razón. En esencia, no tenía más ganas de trabajar con los Golfos Tripadores. Llevábamos muchos años girando juntos por carreteras y hoteles y teatros y plazas de pueblo con escenarios al aire libre, y estaba cansado. Me sentía más cómodo en casa con mi rutina. Actuaciones de vez en cuando y mucho tiempo libre para salir casi todas las noches a beber, a reírme con los amigos, pitillos de hachís y alguna raya de cocaína. No tenía en aquella época de mi vida muchas ganas de ensayos y reuniones y planes. Nos iba bien con nuestro trabajo actual, un cabaret llamado *Fenicios*, aquel que un crítico teatral había destrozado en un diario de la ciudad.

Pero Adela no tenía ganas de pasar las tardes en el sofá conmigo. Tampoco hubiera podido. Trabajaba en la cocina en un restaurante del centro y ganaba un buen sueldo, pero estaba todo el día metida en aquella cocina, trabajando para otro. Y tenía planes. Necesitaba dinero para aquellos planes y yo no estaba por ganar más dinero. Me parecía suficiente con lo que teníamos, pero era el único a quien le parecía suficiente.

Adela, nuestros dos hijos y yo vivíamos en una esquina de la calle Santiago, en un bajo cuyas ventanas daban al Muro de los Navarros. El piso estaba bien, pero era muy oscuro y frío en invierno. Yo estaba a gusto en aquel bajo. No necesitaba más. Pero Adela y los niños querían irse de allá a un piso con balcones y sol. Yo no escuchaba aquellos requerimientos. No escuchaba. Llegó el momento en que Adela y yo dejamos de ir juntos siempre a todos lados. Con los niños ya mayores Adela declinó mis invitaciones para salir juntos de marcha por los bares y garitos de Sevilla. Pocas veces me acompañaba, pocas veces me quedaba yo en casa. Aquello se ponía regular. Una crisis, ya pasará — me decía yo—, pero no pasaba.

Casposo, borrachuzo, pesado, mal aliento, aburrido.

Y ya no tocaba el saxofón como antaño.

Me levantaba al mediodía, desayunaba a la una de la tarde.

Adela llevaba levantada desde las siete de la mañana.

Renedo me dio un ultimátum, si no me interesaba ponerme a currar en un espectáculo nuevo, asumir un horario y una disciplina, buscaría otro saxofonista.

—Mira, canijo, yo estoy muy a gusto contigo. Nos entendemos bien en el trabajo y me gusta mucho tu sentido musical, me gustas como instrumentista y como compositor. Pero si tú no tienes ahora mismo ganas de ponerte a trabajar, pues sin problema, buscamos a alguien que sí tenga ganas y tú te tomas unas vacaciones. Y en el próximo espectáculo, si hay un próximo espectáculo, te reintegras con nosotros, si quieres, por supuesto.

Y así lo hicimos, para gran disgusto de Adela y de mis dos hijos.

No les gustaba verme en casa ocioso, levantándome todos los días a la una del mediodía, volviendo todas las noches a las tres, a las cuatro o a las cinco de la madrugada.

Aliento a alcohol. Poco trabajo, poca ilusión.

Casposo, borrachuzo, pesado…, etc., etc.

Ahora estaba arrepentido de haber bajado de la barca de Renedo. Pañella y Bantulá se hacían amigos del nuevo fichaje, el músico que había venido a sustituirme, un crack de la trompeta y del trombón de varas. Y además cantaba cual ruiseñor.

Joder, estaba acabado. Iba a ser difícil recobrar mi estatus en el grupo. Y al cabo de los meses la inevitable crisis con Adela, la separación, mis hijos que también se van de casa. Y me quedo solo.

Me quedo solo.

De qué manera tan estúpida me quedé solo. Tomo nota para vidas futuras si es que las hay, y si no las hay tranquilos que tampoco pasa nada.

Depresión, más alcohol, bancarrota.

Solitario.

Demasiado resumido, ¿no? No fue todo tan sencillo. No le fue fácil a Adela abandonar la casa. Nos queríamos y nos llevábamos bien.

Mis hijos me miraban mal.

No podría deciros cuándo y cómo pero ocurrió. Antes de darme ni cuenta Adela y mis dos hijos se habían ido de aquel piso en la calle Santiago y yo estaba solo dilapidando los escasos ahorros conseguidos en épocas mejores. ¿Mejores? Esta también era una época mejor, ¿por qué no? El que no era mejor era yo.

Me cambié a la calle Guadalquivir. Un segundo izquierda con balcones a la calle, más barato y fácil de limpiar y mantener que el bajo de la calle Santiago.

Y aquí sigo. Por suerte Inca me mira y me trae la cordura, me

ancla a la realidad.

Por suerte, Inca.

EN CADA INSTANTE DE MI VIDA

En casa Inca bebe agua fresca y se retira a su manta a ser feliz. Registro mis bolsillos y hago cuentas: un euro con diez. Nada que consignar en el libro de contabilidad. Me siento en el sillón, miro los dos cuadros colgados en la pared norte: uno es de un tal Kandinsky. Estaba aquí cuando alquilé el piso. No te lo sabría describir. Alguna vez lo intenté, pero nada, soy totalmente incapaz. ¿Por dónde empezar? ¿Por su colorido? Pues sí, es un cuadro con mucho colorido. Mucho azul. ¿Qué más? Nada más. No sé. Se me fatiga el cerebro cada vez que intento describir ese cuadro. No falla. Me entra una pereza mental insuperable, así que desisto. En cuanto al otro cuadro, tres cuartos de lo mismo. Tampoco sabría qué decir de él. Un hombre con un abrigo largo y bombín. De perfil. Y ya está. Se acabaron de momento los cuadros en las paredes. Estoy tentado de encender la televisión. En verdad es lo que más me apetece en este momento, pero algo me dice que no lo haga, una especie de conciencia no sé si buena o mala que me dice que tengo cosas mejores que hacer. ¿Mejores? No sabes cuánto lo dudo. Sigamos con el tema de la contabilidad. Decía que contaba con un euro diez. Poca cosa, efectivamente, para cambiarlo por algo. Inca dormita pero se despereza automáticamente y se apunta al paseo cuando salgo a la calle con el euro diez. Me dirijo a una tienda a comprar pan. Tras el pequeño escaparate yacen los bollos y las vienas en alegre desorden.

Hay gente en la tienda y pido la vez.

—¿El último o la última, por favor?

Manolita bromea con nula gracia y dice que ahora el último soy yo, así que mantengo la posición detrás de Manolita. Todos guardan silencio mientras el tendero hace pasar por la máquina cien gramos de salchichón con mucho esmero. La tienda, el tendero, la señora Manolita y el salchichón, conforman mi presente. Tomo conciencia de ello. No hay nada mejor ni más hermoso en este puñetero mundo que las cosas, los animales y las personas que me rodean a cada instante. En cada instante de mi vida. No hay camino más emocionante en este puto mundo de mierda que el camino que se me abre a cada instante de mi vida. Sea el que sea. Porque además de que no hay otro, es que

es el mejor y el más emocionante. Me convenzo de ello hasta que llega mi turno. Ya se ha ido todo el mundo. El tendero y yo a solas.

—¿Qué le pongo, hombre?

—Puesss… me pone un bollo. Y… ¿me podría usted apuntar una botella de aceite de oliva y se lo pago mañana?

El tendero sonríe. El momento guarda cierta emoción.

—Pues claro, hombre — accede el tendero. Sonrío. Acabo de abrir nueva cuenta de crédito en la tienda. Es un momento importante. Ahora me haría falta una aspirina, pero el tendero asegura que no puede vender aspirinas sueltas. Se lo piensa. Abre un cajón de madera bajo la caja registradora. Una caja de aspirinas. Me da una.

—Tome, no me debe nada. Esta es de regalo.

Siento agradecimiento en mi corazón. Tendero buena gente. Lo apunto en mi mental libreta de notas, donde también tengo anotado al viejo amenazador que casi me busca un lío antes con la policía. Ese viejo, si por mí fuera… se iba a llevar un buen escarmiento. Pero no será por mí. No recuerdo su cara. Solo tengo una hora: a las ocho de la mañana enfrente de los columpios de colores en la Alameda de Hércules. Un viejo con bigote blanco y un perro pequeño amarrado a una correa. Un día de estos me pasaré a las ocho de la mañana por los columpios, a ver qué tal.

DESAYUNO CON EL PRIMO

El Primo vive solitario en un piso del Polígono Norte. Paseo con Inca hasta el barrio del Zodíaco y luego hasta los soportales del Polígono Norte donde lo encuentro en la pequeña cafetería de los buenos desayunos.

—Coño, Primo, precisamente estaba pensando en ti.

Hablamos. Le conté lo del viejo. No le dio mayor importancia al sucedido. Estaba contento porque acababa de cobrar un trabajillo. Al Primo le encantaba invitarme así que llamó al camarero. Pedimos sendos cafés con tostadas.

—Con tomate, aceite y jamón — pidió el Primo al camarero.

Le hice una descripción del viejo. Gorra negra sobre pelo blanco y abundante, bigote también frondoso y blanco, perro pequeño, también blanco, con collar negro de cuero. El Primo escuchaba pero a mí me daba toda la impresión de que estaba pensando en otra cosa. No quise ponerme pesado y cerré la boca. Llegó la tostada crujiente con tomate refregado y jamón, aceite virgen, sal. Y los cafés, igualmente buenísimos, y un vaso de agua fría. Qué bien se desayuna en esta cafetería del Polígono bajo los soportales. No tardó el Primo en emitir su veredicto:

—Ese viejo que dices… el del perrito. Ese tío es el Manuvench. Fijo.

—¿Sí? ¿Lo conoces?

—Fijo. Con bigote blanco, ¿verdad? Y el perrito. El Manuvench fijo, fijo. Un cabronazo. El dueño de la Cafetería Madrid. Tú lo tienes que conocer, primo. Ese es de aquí de toda la vida.

—Pues yo es la primera vez que lo veía, el otro día.

—Tú eres y serás toda tu vida un despistao que no te enteras, primo. Ese tío es el Manuvench. Y otra cosa te digo.

Hizo una pausa dramática.

—¿Qué? ¿Qué me dices?

—Que pases de él. Que lo olvides. Solo te va a traer disgustos. Y desgracias, primo. Fijo.

—¿Sí? Bueno, ya veremos.

—¿Tú no has entrado nunca en su cafetería?

—No sé. Creo que no.

—La cafetería Madrid, en la calle Goles. Bueno, da igual. Que pases de él. Olvídate, primo. Ni vayas a esa cafetería.

—No, Primo. No iré.

Ya estaba el Primo organizándome la vida, no era la primera vez. Mi pariente consideraba que yo tocaba muy bien el saxofón, y que me desenvolvía bien en otros ambientes más cultivados, pero la calle, amigo mío, la calle no era mi fuerte. La calle le tocaba a él, al Primo.

—No te metas en rollos raros, Adelardo, que no te van. Tú déjame a mí.

—¿Que te deje qué?

—No sé… todo.

—Todo.

EL PEP

Luego, de vuelta al barrio, nos encontramos con el Pep bajo los álamos del paseo. El Pep era más o menos de mi edad, aunque él decía encontrarse como un chavalito.

—Voy a cumplir setenta y cuatro — anunció y emitió luego su famosa trompetilla *puiiit*.

El Pep se distinguía por la famosa trompetilla habitual en él. Colocaba labios y lengua de forma que al emitir aire sonaba su famosa trompetilla *puiiit*, la trompetilla del Pep.

—Setenta y cuatro castañas, ciudadanos. ¿A que no los aparento? — decía el Pep con una gran sonrisa.

Pero sí que los aparentaba. Aparentaba incluso más, con su traje arrugado y su boca sin dientes. Vivía solo en un piso de la calle Eslava, un cuchitril oscuro donde pasaba las horas maquinando atentados, venganzas y quema de iglesias. Cuando se cansaba de maquinar salía a la calle con su bastón en busca de interlocutores a quien largarles su discurso de siempre: el odio al clero. El clero era el principal culpable de los males endémicos que aquejaban al país. De la incultura, por supuesto, del oscurantismo y del enfrentamiento de las dos Españas. Los curas tienen la culpa. ¿Gobierno laico? Y una mierda. ¿Enseñanza laica? Otra mierda así de grande. ¿El Papa? Otro gánster. Ríete tú del Padrino. Eso sí, mucho golpe de pecho y mucha comunión diaria *puiiit*.

El Pep te podía tener de pie en mitad de la calle sus buenos veinte minutos. Hablando solo él sin parar. El interlocutor como mucho podía asentir. No te dejaba más. Cuando enganchaba carrete era difícil deshacerse de él. Y ya te digo, siempre hablaba de lo mismo: de los curas, de la clase dominante, de que había que cortar ya algunos cuellos y quemar algunas iglesias. Y lo decía muy en serio. Un día alguien me dijo que el Pep era peligroso, que sus bravatas igual no eran tan bravatas. Me contó también que en cierta ocasión el Pep le había invitado a su casa y le había enseñado una pistola. El mundo estaba lleno a rebosar de gente que no merecía estar viva, de políticos deshonestos que predicaban la austeridad desde sus sueldazos y sus privilegios, lleno a rebosar de policías que abusaban de su autoridad,

lacayos de esos banqueros, curas y políticos que eran la ruina de los países y de los trabajadores y con quienes no había que tener ni un átomo de piedad. Y siempre, en primer lugar, los curas. Los odiaba a muerte. Y a lo que iba, que se había comprado una pistola en el mercado negro y estaba exultante con ella, ganoso de enseñársela a cualquiera interesado en salir a la calle a pegar tiros. Meditaba la idea de ofrecérsela a los enfermos desahuciados por si querían hacer un acto de justicia antes de abandonar este cochino mundo.

—Pero Pep… — El disparate era de tal calibre que uno no sabía muy bien qué decirle—. Deja a los enfermos en paz, que bastante tienen ya con lo que tienen.

—No, si yo no les voy a decir nada, pero si alguno me pide la pipa… aquí está. A su disposición.

—¿Pero es que tú conoces a muchos desahuciados?

—Bueno… unos cuantos.

De momento, dos de esos desahuciados lo habían enviado a cagar, otro le había dicho que se lo pensaría, y un cuarto sí estaba dispuesto a llevarse por delante a cierto individuo que por lo que contaba le había timado no sé cuántos miles de euros en una operación bancaria, no sé qué de los activos preferentes, decía el hombre. Se llamaba Arturo Sallés, sesenta años, aquejado de un cáncer en estado terminal pero con las fuerzas suficientes para empuñar un arma. Arturo había seguido los consejos del director de la agencia bancaria donde tenía guardados los ahorros de toda su vida. Invirtió en una operación que según el tal director no ofrecía riesgos de ningún tipo. Lo perdió todo. Ahora le restaban dos meses de vida y su familia quedaba a su muerte sin paga ninguna y sin un duro porque los ahorros habían volado. Así que sí, dame esa pistola porque me voy a llevar por delante a ese cabrón, le dijo Arturo Sallés al Pep.

—¿Pero… ya? ¿Ya la quieres? ¿Ahora?

—Claro, ahora. ¿Cuándo si no?

El Pep pensó que se iba a quedar sin pipa. Así llamaba él a la pistola: la pipa. A la hora de la verdad saltaban los inconvenientes: se quedaría sin pipa. Lo podían meter en la cárcel si averiguaban que el arma le pertenecía. Y… bueno, le daba cierta pena pensar que aquel pobre enfermo fuera a pasar el resto de su enfermedad metido en un buen lío por su culpa. Aun así se decidió.

—Pues espérame aquí. Voy a por la pistola y te cuento cómo se maneja.

Sin embargo cuando volvió al lugar de la cita el hombre ya no estaba. Había volado. Mejor para todos.

Pero seguía con la idea. No le parecía mala. El Pep se alimentaba de obsesiones. En esos días que te cuento estaba obsesionado también

con el progresivo envenenamiento del planeta. Nos íbamos todos a tomar por culo sin remedio. Incluidos los cabrones que nos estaban envenenando. Ganas le daban de coger la pipa y ¡bim! meterle una bala en la frente al primer cabrón que se le cruzara en el camino.

—En tu camino no hay cabrones, Pep. Ellos transitan otras veredas. Seguro que te llevabas por delante al que menos se lo mereciera.

—Seguro — reflexionaba el Pep—. ¿Y sabes qué? Me importa una mierda.

—No, hombre, no digas eso. Matar a un inocente no te va a solucionar nada.

—Ya te lo he dicho, me importa una mierda *puiiit*.

Cuando se ponía así no se podía hablar con él.

—Lo que tú digas, Pep.

OTRA MAÑANA EN LOS COLUMPIOS

A la mañana siguiente volví al recinto de los columpios con Inca. El parque infantil estaba en el Paseo de la Alameda. Eran las ocho treinta, ni un niño, ni una familia, nadie en el recinto de los columpios cercado por vallas de colores, todo muy infantil y muy escolar. Los niños. Los intocables niños. Cuidado con los niños. En el nombre de los niños repórtese, compañero. Hay que dar ejemplo. Pero es que yo no quiero dar ejemplo. Los niños a lo suyo y yo a lo mío. Por supuesto, la chica del perrito no estaba. Dejé a Inca triscando entre columpios, toboganes y otros artificios. Creo que lo que más le gustaba a mi perra era pisar aquel suelo blando de textura parecida al corcho. Se la veía feliz. Yo estaba deseando que apareciera el viejo. Hoy no me había dejado la correa en casa. Me sentía combativo. El viejo no apareció. Por el contrario sí que aparecieron dos agentes de la Policía Municipal. No los sentí llegar. Cuando me fui a dar cuenta ya los tenía encima.

—Oiga… ¿usted no sabe que el perro no puede estar en el recinto de juegos? Eso es para los niños.

—¡Inca! — llamé a la perra para que saliera inmediatamente.

—Haga usted el favor de amarrar al perro. El perro ha de ir amarrado. Voy a tener que ponerle una sanción.

Entonces apareció el viejo. Recién duchado y repeinado. Con su perro bien amarrado. Se acercó hasta nosotros. No venía colérico como el día anterior y disfrutaba su triunfo con buenas palabritas.

—¿Ve como yo tenía razón? — me dijo—. Si me hubiese hecho caso se hubiera ahorrado una multa.

—Claro. Lo que usted diga — murmuré y luego me mordí la lengua.

—Se lo avisé. Ayer se lo avisé. Ese no es lugar para los perros — comentó con la Policía el viejo sabelotodo.

Imaginad el resto.

Y trescientos euros de multa.

¿Trescientos pavos? Yo no tengo trescientos pavos. Soy pobre, le dije al municipal que impertérrito apuntaba datos en su talonario de multas. Firme aquí. Firmé. Raaasss, arrancó la hoja y me entregó una

copia.

El viejo tenía la culpa de todo aquello. Ahora sí memoricé su careto, su olor, su ropa, su perro.

Ostras. Lo del viejo empezaba a ponerse raro. No era un viejo cualquiera aquel viejo.

NADIE ESCUCHA MÚSICA

Os hablo de cuando Adela y yo todavía estábamos juntos. Recuerdos de una fiesta en casa del amigo Maruenda. Nos habíamos citado para escuchar buena música, una audición de blues. En casa de Rafa Maruenda unos cuantos amigos, entre ellos mi compañera Adela y yo.

Nadie escuchaba a B.B. King. El equipo de música suena muy bien, la música es excelente, blues del delta del Misisipi, joder… ¿qué más quieres?

—Quiero estar parloteando sandeces con nuestros amigos, eso es lo que quiero — decía mi compañera.

Bueno… no lo decía así con palabras, más bien lo establecía con sus hechos. Nadie lo decía, nadie lo reconocía, todo el mundo hubiera dicho: la música excelente, buenísima. Pero nadie la escucha, todos parlotean, todos ríen, eso es más divertido que la música. ¿Cerrar los ojos para escuchar música?, ¿ahora?, ¿pero qué dices? Ahora estamos con los amigos y hay que charlar, parlotear, decir tonterías, divertirse, vaya. Me rebelo, cierro los ojos, alguien me mira, me reprende con su mirada. Ya está ese pedante queriendo llamar la atención a cualquier precio, de cualquier forma… ¿Cerrar ahora los ojos? ¿No ves que estamos hablando los amigos? Cada cosa en su lugar, en su momento. Ahora no es momento de músicas, ahora es momento para la relación. ¿Ah sí? Pues yo oí decir que íbamos a escuchar unos discos del gran B.B. en casa de Rafa. Y no me lo invento. Recuerdo perfectamente a Rafa Maruenda diciendo os venís a casa y escuchamos unos discos de B.B. King que son la hostia. Uf, a ti te van a encantar, Adelardo. Y yo, qué ingenuo, me lo creí. Ya verás qué solos de guitarra, Adelardo. Y ya está. Hasta ahí llegó B.B. King. Y ahora el parloteo, las bromas, las opiniones, las conversaciones políticas, las risas y B.B. King solitario y olvidado, sonando solo para mí con los ojos cerrados.

—Ya está ese queriendo llamar la atención a cualquier precio, de cualquier forma.

—Dándoselas de melómano.

—De más sensible que nadie.

Eso es lo que hay. Y más cervezas, y más charla, más risas. No disfrutaba en sociedad. No me mostraba ocurrente, ni simpático, no

me hacían gracia las bromas de los demás. Me daba rabia que nadie disfrutara de ese solo de B.B. King. Chaval, cierra los ojos y disfruta. Es el gran B.B. King. Maruenda me mira, es buena gente conmigo, siempre quiere agradar. Yo se lo agradezco. Marlo me cae bien. En otro corrillo se habla de la Feria de Abril. Fíjate tú lo que me importa a mí la Feria de Abril.

Abrí los ojos, eché un trago de cerveza helada. Fin de la música. Alguien resopla y dice: por fin. Se ve que no le gustaba B.B. King. Lo que me faltaba. Me pone agresivo que a alguien no le guste B.B. King, o que resople, o que quiera cambiar inmediatamente de música.

—Pon algo más animado, ¿no?

Más animado, Dios mío. Más animado. Llegó el momento de decir adiós educadamente.

—¿Te vas?

—Me echáis — digo con una sonrisa.

—¿Nosotros te echamos?

—Es por la música, Maruenda — aclara rápida mi compañera—. No le hagas ni puto caso. Se pone estupendo con la música y no hay quien le aguante.

—Me habías prometido B.B. King.

—Bueno, hombre, pero tampoco vamos a estar toda la noche…

—Ya, pues por eso, les toca el turno a otros, y yo aprovecho para irme. Ahora en serio, tengo cosas que hacer.

Qué mal quedé aquella noche. Como un sieso absoluto. ¿Me las estaba dando de víctima? Quizás de estupendo, de sensible, como los poetas que yo tanto vituperaba. Menos mal que Maruenda me lo perdonaba todo. El amigo Maruenda. Salí de allí todo lo más deprisa que pude. Sentí las miradas reprobatorias de alguno. ¿Qué me pasa? No lo sé. Tengo problemas. Me fui a casa, me senté en el sofá, apagué la luz, hice sonar blues del Misisipi por los altavoces de mi equipo. Me relajé, me quedé dormido. Solo. Inca se ovilló a mis pies. La escuchaba respirar y me hacía bien. Adela no apareció hasta la mañana.

Pasaron las horas. Nadie me llamó, nada supe de mis amigos. ¿Tenía amigos? Creo que no me quedaban muchos. ¿Y Adela? No soportaba que me fuera de aquellas formas en medio de una fiesta. No me soportaba con los ojos cerrados escuchando música. No se lo creía. Creía que lo hacía para darme tono, para llamar la atención. Igual es que ya no le gustaba mucho. Pero es que a mí sí que me gustaba mucho Adela. Me hacía mayor. Me estaba volviendo medio majara. Adela no venía a mi lado.

Ya en casa me asomé al balcón. No música, no televisión. Solo los sonidos en la calle, motos y coches y personas que caminan y hablan y

ríen. Me asomo al balcón, luego me acuesto y leo. Leo, leo, leo… hasta quedar dormido. Inca respirando a mi lado. Vivir volvía a ser maravilloso, pero Adela se me perdía, la veía alejarse y no había nada que yo pudiera hacer.

Al lado de la cama Inca me mira fijamente. Me despierto, Inca me lanza un lametón, le acaricio el cabezorro, tiene la boca llena de dientes, un mordisco de Inca puede ser letal. Me impresiono. Echo de menos a Adela. Salto de la cama. Habrá que ir a desayunar.

PRIMO HABLA DE RICARDO

Lo peor que tenía el Primo es que cuando se tomaba dos cervezas hablaba mucho, sin contención. Una verborrea imparable, y le daba igual que le escucharas o no, eso era lo de menos, él hablaba y hablaba. Yo, por el contrario, cada vez tengo menos que decir. Tengo la impresión de que las cosas que se me ocurren son de poco interés para la gente que me rodea. Creo que es por la manera de contarlo, con poca fuerza, poca convicción. Así que cuando estoy con gente me paso las tres cuartas partes del tiempo escuchando, a veces mirando para otro lado, pensando en otras cosas. Entonces el Primo se aprovechaba de mí — sobre todo si mediaban algunas cervezas— y me largaba sus extensas parrafadas sin compasión, la vida y milagros de sus compinches del barrio y bueno, todo tipo de temas, desde las motos — que le encantaban— hasta los programas de televisión, el Betis, qué sé yo. Verborrea. Me pasaba con el Pep, me pasaba con el Primo, me pasaba con el noventa por ciento de bebedores compulsivos de botellines y pelmazos afines, y, bueno, es un mal extendido y muy de hoy en día. Antes…en los años sesenta… ¿se hablaba tanto también? Y yo… ¿también hablo tanto? No creo. Por lo menos no me veo, no me descubro hablando de más. A veces digo verdaderos disparates, muchas veces hablo sin saber, pero creo que de manera breve, escuetamente. Disparates no pequeños pero sí breves. Aunque nunca se sabe, uno tiende a ser muy indulgente consigo mismo. Pero el Primo hablaba y hablaba — excepto cuando estaba sobrio, pero eso no era frecuente—. No es que fuera un borracho, no era eso, pero un botellín, uno solo, ya lo ponía en onda. No es que fuera alcohólico, no estaba enganchado, si no bebía no pasaba nada, pero después de tantos años bebiendo cervezas tenía una especial sensibilidad con el alcohol, y lo dicho, se bebía una cerveza y ya estaba puesto, alegre y parlanchín. Yo le escuchaba hasta que no podía más y desconectaba, me dedicaba a mirar a mi alrededor, a escrutar el cielo, contemplar a los gorriones, las palomas, los perros. Es verdad, cada vez me quedo más callado, con poca cosa que decir y menos que tocar (el saxofón). Y me estaba quedando también sin sueños. Cada vez soñaba menos por las noches, o no me acordaba, lo que fuera. No soñaba.

El Primo me recomendaba que me olvidara del puto viejo. No me

decía por qué, pero por lo visto aquel sujeto tenía su peligro.

—Además — seguía el Primo—, no sé por qué le llamas el Viejo si es más joven que tú.

—Cualquiera es más joven que yo, Primo. Pero no por eso deja de ser un puto viejo.

—Sí, ya… pero tú olvídate de él.

Pero yo no me olvidaba.

No me quiero colgar de nada ni de nadie, pero no me olvidaba. Y no era verdad que yo fuera más viejo que él. De eso nada.

—Sí, canijo, tú conoces a ese viejo. Ese Ricardo es un buen perla. Lo que yo te diga, primo. No es un señor respetable.

Joder con el Primo. Conoce a todo el mundo. La vida y milagros de todo el personal que pulula por los barrios bajos sevillanos.

—Lo que yo te diga, primo. Ese viejo es canela fina. Además… tú lo conoces, primo. Seguro que le has comprado droga más de una vez. Ricardo. ¿No te suena?

—¿Ese viejo? ¿Drogas? ¿Qué drogas? Lo confundes con otro.

—Tenía el garito al lao de los Multicines.

—¿Los de la Alameda?

—Ea. Estuvo una época vendiendo de todo, primo. Hace muchos años. Él no se drogaba, bueno… sí, esnifaba cocaína, pero lo controlaba bien. No estaba enganchao. Controlaba el dinero que entraba y el que salía. Y ganó mucho dinero. Coño, ¿no te acuerdas? Con la misma cara que ahora. No ha cambiado. Tenía tres o cuatro putas medio amadrinadas en su casa. La Chiqui. ¿No te acuerdas de la Chiqui?

Gané dinero con los Golfos Tripadores. Así que sí, claro que conocía a Ricardo Manuvench, le había comprado todo tipo de sustancias prohibidas; imposible calcular los miles de pesetas que me había gastado en aquel garito a la vera de los Multicines. A veces se lo compraba en el mismo garito, otras a la Chiqui en la verja de entrada del palacio de las Sirenas, donde aquellos años reinaban gatos y prostitutas.

—La Chiqui, claro. Una chiquita pequeña, muy menuda, muy sonriente y buena persona. De esa sí que me acuerdo. Hace muchos años.

—Una puta de Escacena.

—Escacena… a la vera de Paterna del Campo.

—Eso es. Yo creo que ya venía enganchada del pueblo, y ya sabes… como tantas otras, tuvo que prostituirse para pagarse el enganche.

—Y cayó en las garras de Ricardo.

—Ricardo era un cabrón de los buenos. Y lo sigue siendo.

Recuerdo una vez que la Chiqui, como les pasa a todos los enganchaos, se fumó toda la droga que Ricardo le había confiado para que se la vendiera a los yonquis de la Alameda. Y claro, Ricardo se puso hecho una furia. La Chiqui juraba que la habían atracado, que se lo habían quitado todo, pero Ricardo no se creía nada, es decir, le daba igual. Verdad o mentira, el caso es que había perdido la droga. Le metió dos guantazos y la encerró en un cuarto de la casa. Tres días para que se comiera el mono a solas y meditara sobre las consecuencias de engañar a Ricardo Manuvench. Hombre… no se podía engañar a Ricardo Manuvench así como así. Engañar a Ricardo era una quimera, un imposible. Cuando ibas a comprar se escuchaban sus alaridos desde la puerta de la casa, suplicando que la dejaran salir, suplicando una fumada. Pero Ricardo era de piedra. La pobre Chiqui podía escuchar cómo en la habitación de al lado los clientes de Ricardo preparaban las platas, escuchaba los mecheros encendiéndose, click, click, click, los escuchaba aspirar el humo de la heroína por los tubitos de papel de aluminio, los oía comentar la calidad de la droga, que si qué jaco tan bueno, que si crema de la buena, que qué bien corría la gota por la plata… y ella encerrada con los calambres poniéndosele todos los pelos de punta, vomitando la primera papilla, la pobre Chiqui, ya sabes cómo son los monos.

—Dicen que inaguantables.

—Pues eso.

—O sea que el Viejo este es un cabrón de marca.

—Pero de mala marca, el hijo de puta.

—Hostia, Primo… vaya historias. ¿Y seguro que ese Ricardo es el mismo viejo que me llamó la atención por llevar la perra suelta? No le pega.

—Seguro. Ahora se las da de educado, de persona respetable. Qué sé yo. No es el único. Es algo que les pasa a los tunantes. De mayores quieren pasar por señores respetables.

—Tienes razón, Primo. Conozco unos cuantos así. Conversos, les llamo yo. Y son los peores.

—¿A qué sí, primo?

EL «COLLAGE» Y EL REVÓLVER

Cayó por casualidad en mis manos un viejo revólver de seis tiros. El revólver del Pep.

El Pep era bastante amigo de mi amigo Fidel. Y Fidel estaba preocupado por los delirios del Pep. Aquella pistola iba a traerle disgustos. Yo me reía cuando Fidel me contaba las historias del Pep. Había que reírse, pero aquello guardaba cierto peligro. Era verdad que tenía una pistola y era verdad que la ofrecía a quien quisiera llevarse por delante a cualquier cabrón trajeado. Un peligro, ya te digo.

Se lo encontró un día sentado en los bancos de San Lorenzo, antes de que a la plaza le amputaran las palmeras. Fidel se acababa de tomar el primer café del día en el Servando. Iba el hombre tan feliz con sus dos collies dispuesto a darse un matutino paseo por el barrio cuando le vio, y quiso huir, retroceder, pero ya era tarde, imposible escabullirse.

—Eh, ciudadano… coño… no huyas, que te he visto *puiiit*.

No tuvo más remedio Fidel que detenerse, hombre, Pep, tú por aquí, ¿qué haces ahí sentado?

El Pep no se andaba con rodeos. Cuando quería algo iba al grano. Normalmente vivía a golpe de obsesiones, obsesiones que le venían por rachas. Cada tanto le sobrevenía la obsesión del *collage*. Tenía las paredes de su pequeño apartamento decoradas con un extenso *collage* que iba ampliando, iba creciendo poco a poco cubriendo paredes e incluso algunos sectores del techo. Recortaba imágenes de las revistas, personajes, rostros famosos, objetos… los mezclaba y pegaba en la pared y luego lo fijaba todo con generosas capas de barniz. El resultado resultaba llamativo a la par que agobiante, todos aquellos rostros, aquella gente, cubriendo las paredes de su apartamento, que además no tenía ventana al exterior, solo a un pequeño patinillo interior. El caso es que aquella mañana el Pep estaba bajo la obsesión del *collage*.

—Oye, ciudadano, ¿yo no te he llevado nunca a ver mi *collage*?

—Pues sí, Pep. ¿Ya no te acuerdas? Alguna vez he estado en tu casa y hemos visto tu famoso *collage*.

—Le he añadido unas fotos del Papa en su papamóvil que son la

hostia, ciudadano. Te invito a un pitillo en mi casa y les echas un vistazo. ¿Te hace?

Fidel, que es una buena persona, fue incapaz de negarse. De alguna manera el Pep le provocaba cierta compasión. Su soledad, sus obsesiones… sin contar que Fidel también era un empedernido anticlerical y le causaba simpatía la cruzada laicista de aquel hombre ya mayor, exalcohólico, porque el Pep tuvo su época de borrachera diaria con sus trompetillas y su discurso y sus obsesiones. Ya no. Ya no bebía. No podía. El hígado.

—¿Y qué hacemos con las perras?

—¿Hay qué hacer algo con ellas? Se vienen con nosotros *puiit*.

Y se fueron todos, hombres y animales, a contemplar el *collage* del Pep, que vivía muy cerca de la plaza, en la calle Eslava, ya te digo, un apartamento minúsculo y oscuro, con aquellas paredes invadidas por rostros, imágenes, personajes famosos, objetos raros… el *collage* del Pep.

Vivía en un segundo sin ascensor. El piso olía espeso. Se sentaron en el sofá. Las paredes acechaban, también desde algún sector del techo acechaban las imágenes, los rostros, las fotografías. El Pep sacó de sus bolsillos una pequeña china de hachís y los utensilios necesarios para confeccionar un canuto, un porro. Un *joint*, como los denominaba el Pep.

—Vamos a fumarnos un *joint*, ¿no, ciudadano?

—Claro, claro… lo que tú digas — concedió Fidel, allá sentado en el sofá, algo aturdido por aquel batiburrillo que le rodeaba, el olor espeso y la oscuridad—. Oye… hace mucho calor, ¿abrimos un poco la ventana?

—¿Tienes calor, ciudadano?

—Un poco, sí.

Se sonreía el Pep por las debilidades de su amigo.

—Qué mariquita estás hecho *puiiit*. Pero abre, abre. Abre si tienes calor.

Abrieron una de las dos ventanas del apartamento, un comedor, una habitación, un cuarto de baño y una cocina, todo ello en su mínima expresión. Y el *collage*.

Después de fumar el pitillo le mostró las últimas adquisiciones: fotografías del Papa en el papamóvil que había pegado junto al rostro de una antigua fotografía de Gorbachov. El *collage* crecía lento pero imparable como un tumor. Tras el *collage* pasó a hablarle de la pistola. Sin preámbulos.

—¿Yo no te he enseñado mi pistola?

—¿Tu pistola? ¿Tienes una pistola?

—Sí, ciudadano. Un colt del 45.

—Coño, Pep, no me jodas. ¿Será de pega, no?

No contestó. Se levantó del sofá, entró en el dormitorio y salió enseguida empuñando un negro revólver en la mano diestra.

—Está descargado, ciudadano. No temas.

—Joder, Pep… ¿es una pipa de verdad?

Extrajo el tambor por el lateral y lo hizo rodar. Efectivamente, estaba descargado.

—Seis balas. Seis cabrones menos en este mundo.

Cerró el tambor — clac— y se lo ofreció a Fidel.

—Toma, píllala. ¿Qué te parece?

—No sé lo que me parece, Pep. Que estás como una cabra. ¿Para qué quieres tú una pistola, hombre?

—Ya te lo he dicho. Para seis cabrones menos *puiit*.

Luego sacó de debajo del sofá una caja de zapatos. Dentro tenía la munición. Las balas. *Puiit*.

Fidel no acababa de creérselo. Toda su vida había escuchado las bravatas y los discursos del Pep, que no eran más que eso, bravatas, y cada cuatro bravatas *puiit* una trompetilla. Durante muchos años el Pep trasegaba cervezas, fumaba paquetes de Ducados y lanzaba sus discursos incendiarios antisistema, anticlerical, antitodo. Acababa siempre a altas horas de la madrugada muy borracho, pero eso sí, controlaba su cuerpo, no se desmadejaba nunca el Pep. Pero eso, que no pasaba de bravatas y trompetillas, así que esto de la pistola… no acababa de creérselo mucho. Pero ahora que estaba viendo como el Pep introducía una bala y hacía luego girar el tambor, empezó a sentir cierto temor, cierta alarma.

—¿Qué haces, Pep?

—Ciudadano… ¿a que tú nunca has jugado a la ruleta rusa?

Tumbadas a la vera de su amo las perritas collies respiraban tranquilas. No sentían motivos de alarma a su alrededor. Todo estaba controlado, incluso el hombre que emitía aquel zumbido extraño *puuiiitt*. Apoyó el cañón del revólver en su sien. Apretó el gatillo: click. No pasó nada.

—Ah, coño, es que no está cargado — dijo el Pep con una sonrisilla vigilando como al desgaire la reacción de Fidel que se había quedado petrificado, en verdad no había tenido ni tiempo de procesar lo que acababa de pasar. Pero cuando lo procesó sintió que la ira se le venía a la boca, a la cabeza, a los ojos… la ira. Qué hijo de puta aquel Pep, pero… ¡qué hijo de puta! No tenía ganas ni necesidad Fidel de tales sobresaltos. Se había quedado lívido, blanco, de cera… tardó en hablar, tardó en poder abrir la boca:

—Quillo… no ha tenido ninguna gracia — indignado Fidel.

—Ha sido una broma. Esa bala que metí antes en el revólver era de

juguete. Tenías que haberte visto la cara.

—Oye… Pep… tío. No me vuelvas a hacer eso si quieres que seamos amigos. Te lo digo en serio, no me hecho puta gracia.

—Vale… vale… no te mosquees, hombre. Perdóname *puiittt*.

Arturo Sallés se decidió una mañana cálida del mes de mayo. Vio al Pep en los veladores del Sardinero tomándose una sin y resolviendo el crucigrama del *ABC*. Eran las doce menos algo del mediodía, hacía un día magnífico. La iglesia, las palomas, un par de perros triscando frente a la administración de lotería.

—Pep… ¿me recuerdas?

—Te recuerdo perfectamente, ciudadano.

—¿Puedo sentarme a tu lado?

—Pues claro que puedes.

Enseguida acudió el camarero.

—¿Va a tomar algo?

—Ehh… no sé, un agua mineral, por favor. ¿Tú quieres algo, Pep? ¿Otra cerveza?

—¿Otra? No, no. No quiero nada.

—Entonces te acuerdas de mí.

—Sí, ciudadano. Tengo buena memoria.

—El caso es que…

—…quieres mi pipa.

—¿Tu pipa? bueno… no sé… sí, la pistola.

—¿Cómo estás?

—¿Cómo estoy?

—Sí, de lo tuyo, ¿cómo estás?

—Estoy jodido, Pep. Bien jodido.

—¿Te estás medicando?

—Qué va. ¿Para qué? Esto mío no tiene arreglo. No quiero más quimios, ni más porquerías, ni más médicos ni más su puta madre. Solo quiero llevarme por delante al cabrón que nos arruinó la vida.

—Ya… Pero es que…

—¿Qué pasa? ¿Te echas atrás?

—No. Es que sé que al final no te vas a atrever.

No hacía falta ser muy listo para adivinar que Arturo Sallés, pese al cabreo que arrastraba, era totalmente incapaz de matar a nadie.

—Tú tráeme la pipa y luego ya veremos si me atrevo o no.

No dijo nada, se quedó callado. Y luego, Pep Torrent hizo la cosa más juiciosa que hizo nunca en su agitada vida. Fue a su casa, recogió la pistola y encaminó sus pasos hacia el Servando, donde sabía que Fidel iba a estar en aquellos momentos del mediodía trasegando los

primeros botellines de la jornada. Pero en vez de Fidel se topó conmigo. Y así fue como heredé aquel revólver de seis tiros y su correspondiente munición.

No se lo dije a nadie, solo a Fidel y al Primo. Pero ninguno de los dos mostró ningún interés por el arma.

ALBERO SUCIO

La Alameda en todo su esplendor. En los bancos de piedra rara de color albero sucio la mujer en su silla de ruedas se abandonaba a la inconsciencia con la boca abierta y la cabeza reclinada mientras la dominicana hablaba largo y tendido por el móvil. La dominicana hablaba distendida, la anciana cerraba los acuosos ojos marrones y gastados. ¿Soñaba? Supongo que eso no lo sabía ni ella. ¿Soñaba la dominicana? Supongo que sí, que soñaba despierta cualquier sueño absurdo inalcanzable inasequible, cualquier sueño. Todos los sueños. Palomas y gorriones por los suelos de la Alameda, los pájaros ubicados en la realidad, mucho más de verdad que los sueños de la anciana o la charla de la dominicana que también perseguía sueños o quimeras. Los gorriones me parecían mucho más de creer, coherentes, reales y siempre hambrientos. Reales.

La Alameda en todo su esplendor. Yo también sentado en un banco de piedra rara color albero sucio. La tropa de la indigencia en un banco cercano: Pedro, el Portu, el Changüi, el Mamela, la Ruinas… voces nasales que se imitan unos a otros hasta conseguir todos el mismo timbre, el mismo tono, la misma voz aguardentosa, los mismos sueños pisoteados.

Me levanto, llamo a Inca que está olisqueando el alcorque de un álamo cercano, volvemos a casa.

Llamaron al teléfono fijo de casa. Propaganda o algo por el estilo. Una compañía telefónica me hacía una oferta. Le dejé hablar. Me gusta dejarles hablar: bla, bla, bla, ofertas, dinero, ventajas, ahorro… le dejé hablar a la señorita Azucena Montes creo que me dijo. Luego le dije que estaba loco.

—Mire, señorita Azucena, estoy loco, no sé si eso será un problema para usted, señorita Azucena. ¿Quiere que sigamos o cuelga y lo dejamos correr?

Y ella dijo: muchas gracias, caballero. Y colgó.

Me lo pasaba bien con la propaganda telefónica. Telefonías y casa de seguros y ofertas y regalos. Un día me tocó un jamón gratis, solo tenía que pagar los gastos de envío. Pero la señorita insistía en que era

gratis. Le dije que el jamón lo podía enviar principalmente a la Rue del Percebe a nombre de Mortadelo y Filemón.

La verdad es que cuando suena mi teléfono estoy siempre deseando que sean los de Vodafone ofreciendo sus ofertas, o los seguros de los muertos, con estos también me lo paso bastante bien:

—Es que en mi casa no creemos en la muerte. Somos inmortales. Y digo somos, en plural, cuando lo cierto es que estoy más solo que la una. Me pesa la soledad. Quizás si tuvieran un seguro para la soledad. ¿Tienen?

Y lo mismo, cuelgan tras darme las gracias. Hay que saber vivir la vida, aprovechar las oportunidades, aprovechar la impunidad que te regalan estos señores cuando te llaman a casa a cualquier hora. A cambio de las molestias tú les puedes decir las mayores burradas absurdas que se te ocurran. Un buen rato garantizado con los pelmas de la telefonía. Y con las mismas estoy deseando que se me presenten en casa los testigos de Jehová o de cualquier otra secta. Con esta gente también podría pasar unos raticos muy buenos. Les podría contar mi vida o por lo menos intentarlo hasta que se hartaran y se fueran por su propio pie, sin que nadie tenga que echarlos, hartos de mí y de mi verborrea. Esa sí que sería buena. Me lo puedo imaginar. Pero no vienen. No viene nadie. Ni los testigos de Jehová ni nadie. Nada. Nunca. Por eso agradezco tanto las llamadas de las compañías de telefonía, aunque sean por teléfono siempre acompañan algo, siempre se pueden echar unas risas con ellos. Aunque no sé si a ellos les hacen mucha gracia mis ocurrencias. Yo, desde luego, no los oigo reír. Qué pencos. Con lo gracioso que es un servidor.

Pongo música.

Música en soledad. Cierro los ojos. La *Tocata y fuga en re menor* de Bach a todo volumen, a toda leche, que tiemblen las paredes, sin piedad, queridos vecinos. Bach es implacable, innegociable. A toda hostia, vecinos, señora Concha, señor Didier. La señora Concha no dice nada, nunca me ha dicho nada. Tampoco don Mario, ni el francés. Más o menos me aguantan las sesiones matutinas con paciencia y buen humor. Luego, yo también aguanto las fiestas de Mariola en la azotea hasta las siete de la mañana, las televisiones con las ventanas abiertas en el largo verano sevillano, las broncas de la pareja del primero, productores cinematográficos dicen que son. Los aguanto. Los aguanto a cambio de estas mañanas subidas de volumen, Bach o David Bowie o B.B. King. La vida.

Todos aquellos sueños de haber sido un saxofonista de fama llevaban largo tiempo desvanecidos, pero ahora tomaba conciencia. Solo me quedaba estar solo. No me sentía angustiado, tenía momentos de estar muy a gusto, con sensaciones muy gratas en el estómago, en la garganta, en el cuerpo. No era la angustia. Era una sensación de…

no sé… que no aguantaba más humillaciones, mirar al suelo cuando me achantaban, llevaba toda la vida de tonto, de apocado, ¿sabes? Era algo que se me colaba dentro, que respiraba. Cuando sucedió lo del crítico tuve un conato de ello, pero luego pasó y todo volvió a la normalidad.

NUBOLARI

Yo maquinando venganzas por las calles de la ciudad. Seguro, seguro, seguro que había sido el viejo horrible quien había alertado a los Municipales. ¡Qué cerdo! Y luego había venido a refocilarse de su victoria: «Se lo avisé, ayer se lo avisé. Ese no es lugar para perros».

Ahora sí que se había buscado un problema el viejo estúpido.

Me obligué a pensar en Nubolari, el crítico teatral. No quería volver a cometer los mismos errores. Quizás otros diferentes. Pero no los mismos.

Pero todo apuntaba a que volverían a ser los mismos.

Carlo Nubolari era el crítico teatral de un periódico cultural de la provincia, el *Diario X*. Antonio Renedo y yo llevábamos muchos años siendo destrozados sistemáticamente por la pluma implacable de Nubolari.

Nubolari reproducía siempre el mismo comportamiento, los mismos pasos una y otra vez: llegaba a donde sea que fuera el evento cinco minutos antes de la función, saludaba al personal de la sala mientras entraba y se acomodaba en la última fila, lo más cerca posible de la salida para salir el primero en cuanto se acababa el espectáculo. Jamás se quedaba a aplaudir.

Renedo, Pañella, Bantulá y yo formamos un equipo de éxito. Renedo era el cantante, guitarrista y letrista y responsable de la puesta en escena de nuestros espectáculos. Yo me ocupaba de componer y dirigir la música, amén de tocar el saxofón y sintetizadores; Pañella y Bantulá en la batería y bajo eléctrico, amén de los coros y de manejar instrumentos varios: guitarras, vientos, exotismos, trompetas… Solo le reprocho a Renedo las interminables veladas que nos hizo pasar al grupo cuando nos obligaba a asistir a los festivales de poesía, o de *spoken word*, con aquellos poetas recitando sus poemas, qué castigo, en salas alternativas, cafés teatros, ferias del libro, en fin… El caso es que, debido a las letras de Renedo, nos habían encajado como grupo de rock poético y de vez en cuando nos invitaban a festivales de poesía y música. Entonces, había que cumplir y asistir a alguna que otra velada de poesía. Renedo escribía poemas y recitaba y le encantaba aquel ambiente de poetas. Yo no podía con eso. Lo malo es

que medio nos obligaba a asistir a aquellas veladas. Cómo les temía a los poetas cuando los veía salir a escena con su libro abierto por la mitad en una mano, la otra mano en el bolsillo, falsamente humildes y sensibles, tan artistas con su mundo interior que jamás me interesó un ápice. Nunca llegué a saber si a Renedo le gustaban realmente aquellos poetas, o se sentía obligado a asistir en una especie de visita devuelta — yo voy a tu recital para que tú vengas mañana al mío, y te traes a tus amigos de paso, como yo me he traído a los míos—. Sé que Pañella y Bantulá sufrían como yo en silencio y asumían como necesarias tales obligaciones sociales. Había que sufrir si querías figurar en la pandilla de los artistas. Se hacía necesario alternar y beber en compañía de quienes cortaban el bacalao. Pero a mí se me hacía un tostón interminable, y lo peor es que creo que se me notaba. Ya cuando me hice mayor y empezaron los achaques podía excusar mis faltas de asistencia con los argumentos propios de la salud. Estaba agotado, decía. Tuve que quedarme en cama, aseguraba. Qué pena, con las ganas que tenía de escuchar lo último del maestro Segurola. Qué pena, con lo bonitos que están esos versos, y lo bien que recita. Una lástima. Renedo me miraba de reojo y se reía por dentro. Será cabrón, se decía a sí mismo. Este hombre no tiene remedio.

Hasta que Renedo se cansó de mí, de mis borracheras, de mis informalidades, mis salidas de tono, mis excesos cuando quise ser el artista más radical, el más inconformista, aquel que ponía el dedo en la llaga, en fin… un puto coñazo. Así me definía mi mujer antes de abandonarme definitivamente: «Querido, estás hecho un puto coñazo». De otra manera que los insufribles poetas pero igualmente hecho un puto coñazo.

El alcohol no me sentaba bien.

Fue nuestro último trabajo juntos: *Fenicios*, un espectáculo cabaretero con libreto de Antonio Renedo y música de Bantulá, Pañella y un servidor. Por cierto, creo que no me he presentado. Mi nombre artístico es Adelardo Malagia, mi nombre real Abelardo Fernández.

La crítica salió dos días después. Si la actuación fue el sábado la crítica salió el lunes. Desastrosa. No me lo podía creer. ¿Éramos tan malos? Por primera vez en mi vida, dudé. Igual era cierto. No se salvaba ni el apuntador. Todo mal. La iluminación, mal. Los actores, peor. La música, pésima. El texto, lo peor. El crítico había sentido vergüenza ajena.

Maldito cabrón. Telefoneé a Renedo.

—¿Has leído la crítica de Nubolari? — Así firmaba: Nubolari, como el corredor de coches.

—Ahora mismo.

—¿Y qué? ¿Qué te parece?

—¿Que qué me parece? ¿Y a ti? ¿Qué te parece?

No era la primera vez que Nubolari nos hacía la crítica de un espectáculo. Todos, según él, no malos sino pésimos, horribles, insufribles. Y cada vez peor, y cada año más viejos, con menos gracia. Yo nunca le había prestado demasiada atención. Nunca había creído que sus críticas fueran acertadas. Yo estaba convencido de que nosotros éramos buenos. Pero ese día, esa mañana… por vez primera dudé. ¿Entraba en lo posible que fuéramos en verdad tan malos? ¿Tanto? Intenté verlo desde fuera. Ser objetivo. Tuve un atisbo de otra realidad, igual sí que éramos pésimos, peores, rematados. Ah, Nubolari… quizás Nubolari tuviera razón y todos estos años… ¡al infierno!

Pero mis palabras con mi socio eran otras:

—¿Que qué me parece? Que Nubolari es un… un…

Mejor no entrar al trapo.

Me callé.

—Mejor me callo — le dije a mi socio—. Prefiero no entrar al trapo.

—¿Piensas que es mejor dejarlo correr?

—Mejor. Sí.

—Pues yo no sé qué decirte. A mí me está tocando ya la moral.

—Ya… bueno… habrá que aguantarse.

—Coño, no sé qué decirte, por lo menos le podríamos hacer una canción.

—Una canción dedicada.

—Sí, tío. Hagámosle una canción.

—Tengo mis dudas.

—¿Piensas que es mejor no darle más importancia?

—Sí, más o menos. En todo caso, es mejor dejar pasar unos días para que se enfríe el calentón. Ahora, en caliente, no es bueno tomar decisiones.

—Ya. Luego, en frío, se te pasa la rabia y lo dejas correr, y nunca haces nada, y los mamones se aprovechan. Así es la vida.

Así hablaba mi socio. Normalmente era más reflexivo y prudente, pero aquel día la crítica del maldito Nubolari le había llegado muy hondo, quizás porque se sentía muy responsable de nuestro último trabajo: *Fenicios*. Él había sido el escritor de los textos y responsable de la puesta en escena, yo había compuesto la música. El texto, según Nubolari, había sido lo peor de lo peor. Literatura vacua, anodina, aburrida; lo dicho, vergüenza ajena.

Sinceramente, el texto de *Fenicios* había que reconocer que no era lo mejor que había salido de la pluma de Renedo. Y yo lo sabía. Y creo

que Renedo también. No siempre se puede ser genial. ¿Y es que acaso alguna vez lo fuimos? Geniales igual nunca. Y es que… hostias… puestos a ser sinceros… *Fenicios* no había sido un gran espectáculo. Ni de lejos. Pero de ahí a machacarnos con esa ira intensa. Porque es que se traslucía la ira en los comentarios de Nubolari. Rozaba el insulto. No, qué carajo, no lo rozaba, nos insultaba directamente, nos ofendía, no merecíamos trabajar en ningún lugar. Demasiado malos. Nubolari presuponía además que habíamos recibido alguna subvención de la Junta de Andalucía, lo que era absolutamente falso.

Finalmente decidimos dar un paso. Para mí fue una buena idea. Simplemente tomamos la crítica de *Fenicios* tal cual había salido de su pluma y le pusimos música. Hicimos con ella una canción con su solo instrumental, su estribillo y toda la pesca. Así, luego en nuestras actuaciones, al acabar el repertorio y a manera de bis le contábamos al estimado público que habíamos compuesto un tema con la crítica real de *Fenicios*, escrita por un tal Nubolari y publicada en el *Diario X de Andalucía*. La gente se mondaba de risa. Nubolari escribía —escribe— bien, tiene su gracia el cabrón, todo hay que decirlo, y escuchar aquella sarta de descalificaciones recitadas por Pañella y Bantulá con tanta gracia, aquella forma de ponernos a bajar de un burro… lo que os digo, el estimable se mondaba de la risa.

Y un día, una mañana de paseo por las calles del barrio, oh casualidades de la vida, me lo crucé en un callejón estrecho. ¿Nubolari? Yo tenía un pastor alemán, entonces les llamaban mixto-lobos. Inca todavía no había nacido. José se llamaba aquella fiera. Un mixto-lobo dominante y agresivo con los otros perros macho. Nunca se había mostrado peligroso con las personas pero aquella mañana, cosa inaudita, José le enseñó los dientes a Nubolari. ¿Por qué? Ah, joder, los misterios de la vida. Mi perro jamás había visto ni olido a Nubolari, era la primera vez que se cruzaban sus caminos, pero captó al instante que algo andaba mal con aquel hombre. De forma tan increíble como misteriosa debió captar la animadversión, el sentimiento en contra que yo, su amo, albergaba en contra de Nubolari, o quizás porque me quiso proteger, notó algo en contra, algo que no marchaba como era debido, nunca lo sabré. El caso es que José le enseñó los dientes, y cuando José enseñaba los dientes eran un espectáculo aquellas mandíbulas abiertas, aquel gruñido poderoso que le salía de lo más hondo de sí mismo, ¡qué pavor! Y por si fuera poco el perro iba suelto, sin amarrar, sin correa, sin bozal. Libre. Nubolari se quedó quieto, clavado, inmóvil. No sé si me reconoció, creo que solo tenía ojos para el perro.

—¿Me va a morder?

Fue lo único que se le ocurrió preguntar, si le iba a morder.

—Qué va — aseguré con total convencimiento—. Es inofensivo.

—¿Seguro? — logró articular sin apartar la vista de la fiera—. Haga usted el favor de ponerle la correa.

—Claro, no se preocupe que lo amarro enseguida.

Pero tardé una décima de segundo de más en cogerlo por el collar, una décima de segundo que fue crucial, porque cuando le eché mano ya le había hincado el diente en la pantorrilla. Demasiado tarde, señor.

Nubolari no me denunció. Tenía ciertos valores que le impedían acudir a la policía para dirimir sus cuestiones, sus conflictos. Aquella mañana, cuando al final pude controlar al perro, Nubolari quedó tendido en el suelo con la pantorrilla ensangrentada y yo me asusté muchísimo, creo que más todavía que el mismo Nubolari. Le ayudé a ponerse en pie balbuceando excusas, lo cierto es que me pesaba muchísimo aquel mordisco, yo no quería que nadie saliese herido, no sé por qué no sujeté inmediatamente al perro, pero es que José nunca había mordido a nadie. Tampoco yo le había nunca mordido a nadie y ahora es como si yo hubiera sido el agresor, así lo sentía. Tenía toda la sensación de que había estado en mi mano evitar la agresión. Y no lo hice. Nadie se dio cuenta, fue demasiado rápido. José sí supo lo que hacía en todo momento y mordió hasta que le dije basta.

Nubolari mostró su auténtico rostro aquella tarde. Yo estaba más asustado que él y finalmente fue Nubolari quien me tranquilizó, me aseguró que no iba a denunciarme, me reveló que era un amante de los perros, en fin… casi nos hicimos amigos, sin el casi, nos hicimos amigos, aunque nuestros trabajos siguieron sin gustarle. Nunca. Pero nos hemos hecho amigos y se ríe muchísimo con nosotros cuando escucha nuestra versión de la crítica de *Fenicios*.

Pero ahora, este tal Ricardo Manuvench es diferente, otro caso. Y por otra parte sé que Inca sí que es incapaz de agredir a nadie, ni hombre ni animal. Es una perra sumisa y muy perezosa, bastante cobardica además. La pobre Inca. Nada que ver con José, el perro lobo mordedor de pantorrillas.

PARTE SEGUNDA

PIES NEGROS

AMANECE EN LA ALAMEDA

Amanecía en la ciudad. Las primeras luces. Sentado a los veladores de Las Columnas, café con leche y tostada entera con tomate y aceite, Inca bajo la mesa esperando su trocito de pan, gruñona con los perros que se acercaban a pedir, o a saludar, o que simplemente se acercaban. Gruñona. Perra veterana ya, siempre alerta, la antena puesta, la mirada inteligente. Siempre hambrienta. Esta era la hora preferida de ambos, el desayuno y luego el paseo por la Alameda entre los árboles, amaneciendo, saludando a los habituales de todas las mañanas. Pero antes del paseo, ya te digo, el café, la tostada, la prensa. Me gustaba echarle un vistazo a la prensa deportiva, el fútbol. En Las Columnas tenían un buen surtido de periódicos, *El País, El Mundo*, el *ABC*, el *As*, el *Diario de Sevilla*…

En los veladores cercanos, los rumanos bebían sus cafés y devoraban con hambre sus tostadas, aparcados los carritos repletos de chatarra en el tramo central del Paseo. Siempre madrugadores, fumaban sus cigarrillos entre café y café. Ya nos conocíamos de todos los días.

—Buenos días, señor — me saludaban.

—Buenos días, señores — saludaba yo.

Me gustaba aquella hora del amanecer, me relajaba. Inca, una vez acabada la tostada, se iba por las otras mesas a pedir con su cara de pena. Ya la conocían en la cafetería, normalmente nadie se molestaba. De vez en cuando algún malaje torcía el gesto.

—Fuera, fuera… no tengo nada. Fuera…

—Perdone… ¿le está molestando? Inca… vamos, ven.

Inca remolona, perra veterana, acudía de mala gana a mi llamada.

A las ocho la luz tomaba ya otra calidad. El filo de la luna menguante le daba aires de mil y una noches al cielo de la ciudad. Era el mes de abril y las mañanas eran frescas y agradables. No tardaría en comenzar la música habitual de los pájaros de la Alameda, por allí andaban, en las ramas de los árboles que jalonaban toda la Avenida.

No tardó mucho en arribar el primer pedigüeño. Todas las mañanas rondaba por los veladores hasta que alguien le convidaba a un café con leche y una Coca-Cola. No pedía más. Era ciego y pedía

invariablemente un café con leche y una Coca-Cola, se ponía los auriculares de una pequeña radio, se sentaba a los veladores en una de aquellas sillas de plástico y sorbo de Coca-Cola, sorbo de café, movía el tronco adelante y atrás, trago de café, adelante, trago de Coca-Cola, atrás. Luego me enteré de que fue un gran pianista que había completado la carrera en el conservatorio. Por lo menos eso contaban de él.

Con los primeros rayos de sol arribaban los primeros indigentes, la gente que dormía en la calle bajo soportales y otros lugares medio resguardados de las inclemencias del tiempo. Generalmente cargaban sus mochilas a la espalda, sacos de dormir, esterillas, mantas, carritos de la compra y bolsas de plástico a raudales. Acampaban por los bancos de la Alameda y otros puntos cercanos, algunos se acercaban a Las Columnas, pedían sus cafés y sus copas de aguardiente, ponche, anís seco… Acto seguido entraban en los servicios de la cafetería a hacer sus necesidades y lavarse la cara, las manos… Algunos venían de mal humor, todavía medio dormidos, otros empezaban a sentir los efectos de los ansiolíticos y del alcohol y lanzaban sus primeros chascarrillos del día, pedían sus copas y sus cafés a los camareros que con una sola mirada los frenaban, tranqui, tío, que hay más gente por delante.

Yo conocía a muchos de ellos. A Pedro, conocido también como el Picapiedra, con sus inseparables Odín y la Cari, labradores cruzados; y al amigo portugués de Pedro, el Portu, de quien he olvidado el nombre. Otro ilustre era el Almansa — este frecuentaba más la plaza de San Lorenzo—, y Rosario y su compañero José, dueños del Tranqui, un enorme perro de raza indefinida; y el Chávez, y el Malaguita. Y Emilio, que estaba muy tronado, el pobre. Y Óscar Valor.

CADA INDIGENTE UNA HISTORIA

Por las noches hacía frío para dormir a la intemperie en las calles sevillanas. Pasadas las peores horas salía el sol y los indigentes sin techo se reunían frente al palacio de las Sirenas, en la Alameda de Hércules. Se sentaban apoyando sus espaldas en la fachada orientada al este donde daban generosos los primeros rayos del sol. El Primo acostumbraba a darse un paseo por aquellos predios. De momento nadie les había dicho nada, no les habían prohibido esa estancia, ese apoyar las espaldas en la pared de piedra, con los ojos cerrados, los rostros vueltos al sol, los perros tumbados a su alrededor. Hacía mucho frío, hostias. Dentro del recinto se celebraban reuniones, exposiciones, charlas, alguna vez los poetas de la ciudad recitaban poesías. Pero el grupo de indigentes era ajeno a todo ello. Nunca entraban en su interior, nunca traspasaban la verja de entrada. Solo apoyaban sus espaldas sentados contra el muro y alzaban sus rostros en busca de microgramos de calor. Yo aportaba por allí con el Primo. No tenía muchos amigos y no desdeñaba un ratito de conversación. Por supuesto, el Primo los conocía a todos ellos. Parentescos, amistades, historias, inquinas, peleas, emberrinchamientos… todo ello lo conocía el Primo. Y viceversa, todos sabían quién era Raimundo Gallote, más conocido como el Primo. Primo de todos ellos. Primo mío.

Con las espaldas apoyadas contra la fachada del palacio de las Sirenas, antaño ocupado por los gatos y hoy por los mirlos, por los jardineros, por los cursos de convivencia, jornadas de la mujer, charlas al sol de los artesanos. A las diez de la mañana solo las espaldas de los indigentes se apoyan en los muros del palacio y si tienen ganas y alguien que les escuche a veces cuentan sus historias repetidas. Dentro del recinto un jardín rodea el palacio, rosales, plantas ornamentales y las magníficas palmeras por cuyos troncos trepa la hiedra. Uno de los lugares favoritos de Inca, y donde tiene vedada la entrada. ¿Por qué? Porque lo dice ese cartel: «Prohibido perros».

En la entrada a los jardines, a la izquierda, hay como un pequeño pabellón donde se organizan recitales de poesía, conferencias, charlas, algún concierto, etc., etc. Esta tarde hablará el poeta malagueño

Antonio de Troya. Antonio escribe sobre la parte salvaje de la vida, el latido original, indomable del ser humano. Antonio le cantará a la libertad, a la naturaleza, al canto libre de los pájaros, y al aullido de los lobos. Todo ello recitado con voz grave y monótona y quizás algún guitarrista, tran, tran, tran, acompañando meloso y delicado. Uy, sí… cómo me hubiera reído con Pañella y Bantulá de los poemitas del tal Troyano, qué pena que ya nunca los veo, salieron de mi vida cuando dejé los Golfos Tripadores. Pañella, que era el más gamberro de los Golfos, les hubiera colado un perro en pleno recital. Un perro de esos que tenían el paso prohibido.

PEDRO

Conocí a Pedro gracias a mi perra Inca, labradora, ocho años. Pero cuando conocimos a Odín, Inca era un cachorro de menos de un año. Y Odín lo mismo. Cachorros los dos se hartaron de jugar hasta hacerse adultos y cambiar entonces de intereses y apetitos. Principalmente, a Odín se le despertó el apetito sexual. Inca, como hembra, funciona de otra manera. Dos celos al año de unos veinte días de duración. El celo. Cuando no está en celo Inca dice que no y es que no. Pero cuando está en celo tuerce el rabo al lado y deja paso franco.

Odín y la Cari eran los dos perros de Pedro. Madre e hijo. Lo que no importaba para que cuando Cari tenía el celo su hijo la montara debidamente con el resultado esperado de preñez y cachorros. Odín era un verdadero don Juan perruno presto a montar a todas las hembras del barrio que le apartaran el rabo a un lado. Pero su perra, la perra de la manada, era por supuesto la Cari, su madre y amante. Y el líder, el jefe de la manada, el gran Pedro.

Pedro vivía en la calle. Estuvo ocupando algún inmueble abandonado hasta que lo echaban. Recuerdo una casa en la calle Santa Ana a la que acabaron prendiendo fuego accidentalmente. Pedro y yo charlábamos cuando coincidíamos en la calle paseando a nuestros animales. En el caso de Pedro lo del paseo era continuo pues vivía en la calle, en un paseo ininterrumpido. Tenía su chiringuito de pedir en los primeros números de Tetuán, una calle peatonal destinada a los comercios: zapaterías, tiendas de ropa, farmacias, librerías, cafeterías… músicos de calle la mayoría de ellos con repertorios cuidados y gustosos de oír. Pedro se sentaba en un poyete con los perros tumbados a su lado. La gente decía que drogaba a los animales para que aguantaran todo el día a su lado, pero no era cierto. Tanto Cari como Odín estaban muy a gusto al lado de su amo. No necesitaban drogas para ello. Ningún perro necesita drogarse para estar tumbado al lado del amo las horas que hagan falta. Y además, Pedro no iba a malgastar drogas en sus perros. Antes que dárselas a sus perros se las tomaba él. ¿Estamos tontos o qué? Y así, sentado en un poyete de la calle Tetuán y en postura de meditación, se ganaba Pedro sus euros. La gente se le acercaba y le preguntaba por los

animales y de vez en cuando hacía amistad con alguien.

A mí me encantaba hablar con Pedro. Una vez me contó algunos sucesos de su vida. De cuando estuvo en Suiza trabajando en la nieve. Y cómo ahorró un pequeño capital y cómo lo dilapidó hasta el último céntimo a su regreso a España, íntegramente empleado en papelinas de heroína y cocaína. Luego, perdió la vivienda, el crédito, las amistades… y a la calle. El bueno de Pedro.

Pillaba unas cogorzas monumentales. Entonces era mejor retirarse discretamente porque le podía dar por la violencia y tenía una lengua que era para oírlo. Te podía decir barbaridades. Menos mal que nunca le dio por maltratar a sus perros porque hubieran sido las víctimas ideales. Pero no. Eran los humanos quienes le ponían de aquella mala leche.

Últimamente me daba por ir al palacio de las Sirenas, a apoyar mi espalda contra la fachada este, recibir los primeros rayos de sol con la gente sin hogar, los pies negros les llamaban en algún lugar. Los pies negros, los sintecho, los indigentes, por llamarlos de alguna manera. Era el primer paseo del día con mi perra Inca.

—Hola, Pedro. Buenos días.

—Hombre… hola.

Me saludó, acarició la cabeza de Inca. Ya se había tomado el primer trankimazín de la jornada y estaba contento, le venían las ganas de hablar, la euforia de vivir aderezada con un ansiolítico y un trago de cerveza. A las ocho de la mañana, incluso antes, a las siete treinta comenzaban ya con los litros de cerveza helados en medio de aquel frío ambiente del amanecer.

—Gracias, Pedro. Muy temprano para mí. — Agradecí el litro que me tendía pero realmente no me entraba la cerveza helada a las siete y media de la mañana. Me había hecho mayor.

También Pedro se había hecho mayor, pero a él no le sentaba mal la cerveza helada, todo lo contrario, echó un trago y se sintió rejuvenecer.

—¡Ahhh… qué rica tan fresquita! ¿De verdad que no quieres un trago?

—Te lo agradezco, Pedro. Más tarde.

Sonrió Pedro. En la puta calle, sin oficio ni beneficio. En la miseria, pero feliz en este momento del trago a las siete treinta de la mañana, cuando el trankimazín comenzaba a subir y su perro Odín le miraba con arrobo. Yo cada vez aparecía más temprano por los escalones de las Sirenas, me era agradable aquella hora en que iban apareciendo los primeros buscavidas, y descubrí con alarma que también al viejo Ricardo le había dado por darse paseos al amanecer el día, pero qué

coñazo, por favor. ¿Qué hacía ahí el puto viejo? Se quedaba apostado por allá cerca con su perro, sin acercarse demasiado, pero suficientemente visible, claro que sí, allí estaba el tío. Inca aprestaba las orejas. No estaba tranquila.

Aquella fresca mañana de abril Pedro estaba contento. El Portu bebía un trago de helada Cruzcampo, Mortadelo esperaba su turno de trago junto con la Pararrayos y la Niña Reyes, en sus tiempos la indigente más guapa de toda la Macarena. Inca, mi labradora, siempre a mi vera, escudriñaba los alrededores. Se llevaba muy bien con Odín. A Pedro se le desataba la lengua.

—Niño… canijo — nunca Pedro se aprendió mi nombre. Me llamaba, eso… niño, o canijo o compi—. Compi… ¿tú tocas el saxofón, verdad?

Salía el sol. Tenía un billete de cinco para el desayuno, Inca se tumbaba entre Pedro y yo, la temperatura era vigorizante. Sí, yo tocaba el saxo, pero cada vez menos. Eso me provocaba ciertos remordimientos.

—Ehh… sí, el saxofón.

—Compi… yo te he visto por Youtube con un grupo de rock. Guapísimo, chavalote. Muy guapo. Tenéis una banda de verdad. La hostia, ¿eh?

—Sí, y si quieres…

—Yo también toco, ¿sabes? — Me interrumpió sin piedad. Iba a decirle que si quería podía escucharnos en un CD que… bueno, qué más da. El caso es que me interrumpió y ya no me devolvió la palabra en un buen rato. Pero me daba igual, la mañana estaba radiante y por lo menos Pedro no era un aburrido. Además, lo que no era usual, hablaba bien, vocalizaba y se le entendía. Seguramente de pequeñito había asistido a la escuela. En fin, que se dejaba escuchar con agrado. También Inca puso sus orejas en modo escucha. Aquel tono de voz monocorde nos ponía al borde de la agradable ensoñación.

—Yo también toco, ¿sabes? Tengo una armónica, ¿te enteras?, y algún blues cae… el *Himno a la alegría*… Cómo me gusta la música… Compi, el sueño de mi vida… Yo tengo dos sueños, compi. Dos sueños. El primero: Una mansión, que me toque lo que te dije, los catorce, la loto, el gordo, el decimini… y compi… me compro una mansión que flipas en los Montes de Toledo. Y el otro sueño, el segundo sueño, un estudio de grabación en esa mansión de los Montes de Toledo, ¿te enteras?, un garito forrao de cartones de huevos insonorizao y dos o tres compis que entiendan del tema y que se traigan las guitarras. Yo de joven tocaba en la rondalla de mi pueblo. Yo soy de Toledo, al lado de Navacerrada. Navacerrada te suena, ¿no?, y mi mamá me regaló una guitarra para tocar en la rondalla y me enseñé, yo solo, desde la prima do mi sol do, el blues, compi, el blues, qué guapo, flipo con los

blues… Carlos Santana, qué guapo, compi, Eric Clapton, Hendrix, chavalote, y Bob Dylan con la armónica. Qué guapo, ¿te enteras? Y Bob Dylan con la armónica. Qué guapo. Ese es mi sueño, mis dos sueños, compi, ¿sabes?, porque yo tengo sueños siempre he tenido mis sueños, ¿no?, y yo digo ¿por qué no?, ¿por qué no puedo soñar? Amigo, pues… yo tengo esos sueños y si no me se cumplen en vida pues quién sabe a lo mejor cuando… cuando… cuando palme, ¿no?, cuando me muera si voy al cielo y… ¡hostia qué flipada!… El cielo. Y está todo ahí, la mansión de los Montes de Toledo, los chavalotes con las guitarras, todo lo que quise, todo lo que quiero, lo que nunca he tenido, porque yo nunca he tenido nada, ¿sabes?, nunca. He trabajado de todo y nunca he tenido nada, he trabajado de camarero, compi, de lavaplatos, he recogido la pera en Lérida, la vendimia en Perpiñán, ¿te enteras? De jardinero, de peón de albañil, repartiendo publicidad, he trabajado de todo y nunca he tenido nada, y luego me enganché, y luego me desenganché, y entonces me hice borracho y no me arrepiento, ¿sabes?, de nada, y a lo mejor cuando, cuando, cuando… eh… esto se acabe, si palmo y voy al cielo y, ¡hostia qué flipada!, compi, me veo en la mansión con los chavalotes ahí en el garito de los Montes de Toledo y Jimi Hendrix quemando la guitarra, compi, quemando la guitarra, compi. En los Montes de Toledo, compi, yo también quemaré todas las guitarras. Quemaré todos mis sueños, compi, le meteré candela a todo a la mansión a los Montes de Toledo, a los chavalotes y al blues, sobre todo, compi, al blues. Por la cara.

¿Por qué se pelearon el Portu y Pedro?

Pedro no quería hablar de ello. Decía que ya no se acordaba. El Portu también se mostraba reacio. Un día me confesó que había metido las manazas en el macuto de Pedro en busca de unos trankimazines. Fue de madrugada, el Portu no podía dormir, estaba muy ansioso, necesitaba algo que le calmara aquel nervio. Pedro roncaba en el saco de dormir bajo los soportales de la calle San Eloy. Todos dormían, los perros, Pedro, Zenia (la amiga brasileña del Portu). Todos dormían menos el Portu. Nunca supe su nombre, el Portu, casi dos metros, no era mal tío, por lo menos no demasiado violento para lo que se estilaba en el ambiente. Metió las manos en macuto ajeno y Pedro se despertó al instante, demasiados años en la calle para no tener las antenas siempre a punto, así que abrió un ojo y lo pilló infraganti. Discutieron, el Portu negaba, decía que Pedro lo había soñado, por favor, qué se creía, él no era un ladrón.

—Quillo, Pedro (ese «quillo» dicho con acento portugués), me estás ofendiendo.

Discutieron. Despertaron los perros, despertó Zenia, y cuando Pedro tenía público se crecía. El Portu lo envió a cagar.

—Quillo, de verdad, Pedro, vete a cagar. Yo no te he quitao na.

Pedro no podía dejar pasar aquella ofensa, sobre todo cuando estaba Zenia mirando, así que salió del saco enarbolando el cúter del que no se separaba ni durmiendo y ¡ras! le metió un viaje en la femoral, chorro de sangre espectacular. Eran las cinco de la madrugada. Hubiera muerto si el mismo Pedro no le hubiera improvisado un torniquete en el muslo que de momento le contuvo la hemorragia. Ambulancia y al hospital.

Una historia para no dormir.

Y un año y medio al talego.

VEINTE CÉNTIMOS PARA UN CAFÉ

El hombre que se pone de rodillas camina doblado como una alcayata. Nos tenemos cierta simpatía. Siempre le doy alguna moneda, y le sonrío y le pregunto «¿cómo te va, hombre?» y él me cuenta algún lance de su vida, por ejemplo que le pegó fuego a su casa porque se quedó dormido con el cigarrillo encendido y prendió en el colchón. Dice que se tiró por la ventana del comedor y dio con sus huesos en el patinillo interior un par de pisos abajo. Luego, cuando salió del hospital, se cayó en la calle y le pilló una moto y de rebote se dio en la cabeza contra un bolardo de los que jalonan toda la avenida de la Alameda, y… bueno… aquí estaba, doblado como, como… eso… una alcayata, con la mirada fija en el suelo, contando historias. Tuvo una temporada en la que caminaba con una Coca-Cola y le daba sorbos. Pensé que lo de la Coca-Cola era alguna estrategia para pedir, pero qué va, simplemente le había dado por la Coca-Cola.

—Es que no puedo beber alcohol, canijo — me aclaró la cuestión —. No puedo beber alcohol — repitió—. ¿Un traguito de Coca-Cola?

—Gracias, hombre, te lo agradezco, pero acabo de tomarme un café con leche.

Eran las ocho de la mañana en los veladores del Columnas. No me apetecía una Coca-Cola tibia.

Había una serie de factores importantes en mi relación con la indigencia del barrio. Era importante ejercer la intuición con ellos. Unos te caían bien, otros te caían mal. ¿Por qué? Eso era lo de menos. Ya lo he dicho: la intuición. Cuando alguien no te gustaba era importante no abrirle la puerta: si le dabas una moneda, si le sonreías, si te disculpabas… le abrías la puerta de tu confianza y se te colaba en casa. Si te mantenías firme, si mantenías la puerta cerrada, las cosas quedaban claras y no había conflicto. Si la persona te caía bien, si te gustaba su sonrisa, su manera de pedir, entonces le abrías la puerta, le dabas una moneda y se establecía una relación gustosa. Por mi parte era como una inversión. Nunca se sabe qué te puede aportar la relación con un indigente de la calle.

La gitana del romero era caso aparte. A mí me daba miedo, francamente. La había oído maldecir y de su boca salía verdadero

veneno, pavorosas maldiciones. A mí nunca me maldijo. Lo dicho, nunca le abrí la puerta, jamás le di ni mi confianza ni una moneda, las cosas estaban claras entre nosotros. Ella, por supuesto, no se daba por vencida y cada vez que me veía insistía, pero yo le decía que no y se limitaba a mirarme con mala cara, no pasaba de ahí. Si le hubiera abierto la puerta para luego cerrársela otro día… entonces hubiera cundido el mosqueo y surgido las maldiciones. Así funcionábamos los indigentes y yo en los barrios de Sevilla. Y no me iba mal. Tenía buenas relaciones con el hombre que se ponía de rodillas y te pedía veinte céntimos para un café. Alguna vez le sugerí que no se arrodillara:

—No te arrodilles con la gente, hombre. No te humilles.

—¿No, mi arma?

—Claro, hombre. No tienes por qué humillarte.

—¿Por qué, mi arma? ¿Es malo humillarse?

No entendía aquel hombre dónde estaba el aspecto negativo de arrodillarse. Él, desde luego, no se sentía mal arrodillándose. ¿Y por qué no se iba a arrodillar? ¿Dónde estaba escrito que eso fuera malo? A mí me caía bien aquel hombre. Le pregunté cómo se llamaba.

—Juan Carlos — me dijo.

Un día me lo encontré por las cercanías de San Lorenzo. Me contó que acababa de cobrar una paga, que todos los meses le pagaban cuatrocientos euros, y para corroborarlo se sacó la cartera, extrajo un billete de cinco euros y me lo entregó.

—Toma, mi arma, que usted siempre es muy generoso conmigo. Para que se invite con sus amigos.

Y me regaló aquel billete de cinco. Por supuesto se lo acepté y me convidé con mis amigos.

NO NOS GUSTA LA PALABRA GORRILLA

Un frío que pela y ni un puto automóvil. Curro lo pasa mal. Los días de fiesta — hoy es domingo— la gente no madruga, «solo madrugan los mataos», reflexiona Curro. Las monjas tampoco dan señales de vida. Vivir se hace desagradable. Las monjas del convento le dan bocadillos de mortadela que no están mal, cada bocadillo lleva cuatro rodajas de mortadela, luego se fuma un cigarrito, lo que le echen, si es rubio mejor. Pero hoy domingo las puertas del convento están cerradas hasta por lo menos las ocho y media, los gorriones no asoman la cabeza, el sol no sale, no pasa un triste automóvil. Ganas le dan de volverse a sus cartones, envolverse con las mantas, pero sabe que no podría dormirse otra vez, sabe que la ansiedad lo expulsaría del 127 abandonado que ejerce de hogar, de nido. Si fuera lunes, o martes, o cualquier otro día laborable de la semana, ya habría aparcado cuatro o cinco coches en el tiempo que lleva aquí de pie, pasando este frío que le hace tan desagradable la vida. ¿Y si se tirara puente abajo? Por el puente de la Barqueta, que está ahí mismo, y no al agua, sino contra el cemento de la orilla. ¡Qué hostia! ¿Dejaría de pasar frío? No lo sabe. Las monjas ya le han dicho que ha de tener paciencia, asín que… fue una vez que, tras una de esas mañanas gloriosas de frío y desesperanza, Curro le preguntó a una de las hermanas, la que prepara los bocadillos de mortadela, si no sería una buena solución tirarse por el puente de la Barqueta contra el cemento al lado del río, por donde pasean los enamorados al atardecer y corre algún que otro colgado, ¡hop, hop!, para mantener la forma, perder kilos, cuando hay maneras mucho mejores y más placenteras de perder peso. Él, sin necesidad de ir más lejos, ha perdido kilos a porrillo desde que se dedica en cuerpo y alma al rebujao, asín que… bueno, pues la monja se le quedó mirando un ratito y luego le preguntó si es que le pasaba algo: «¿Te pasa algo, Curro?». Y Curro le dijo que no, que lo único que pasaba era mucho frío por las mañanas, algunas tanto frío como para desear no seguir vivo, pero le da miedo morirse, no sabe por qué, pero le da miedo, le acojona tirarse puente abajo, asín que… no sé si me entiendes. Ese día Curro no le dijo a la

monja que además de frío también pasaba mucho mono, porque Curro se calla lo del mono, no se lo dice a nadie, es más, se cree que nadie en el barrio sabe lo suyo con la heroína, o mejor dicho, con el rebujao, qué rico el rebujao que te quita el mono, el frío y la tristeza. Y los kilos, todo a la vez. Curro quiere pasar por formal para así poder criticar furibundamente a todos los colgados que abundan en el barrio sin que nadie le diga: «Curro, no critiques a los colgaos que tú también lo estás un rato largo». Y es que lo suyo con el rebujao es de otra pasta, nada que ver con los enganchados que pululan con esas miradas torvas, llenos de mierda y mala leche, dispuestos a quitarle el dinero al primer incauto que se les cruce por el camino. No, él toma rebujao para quitarse el frío, eso para empezar, y luego porque a él no le hace daño, sabe cómo fumarlo sin que le perjudique, hay gente que la droga no le daña el organismo, pero son pocos, él y unos cuantos más que conocen el secreto de ser fumadores de basuko sin joderse la salud, hombre, asín que… y es que Curro nota que la rebujina de caballo y coca le sienta estupendamente, le quita el frío y le estimula para trabajar con entusiasmo; Curro es aparcacoches, «gorrilla» dice la gente, pero él se siente más guarda, o aparcador, nada de gorrilla. Había un vecino que le llamaba «el guarda», y Curro se sentía entonces satisfecho, se sentía haciendo un servicio a la sociedad, y si acababa de fumarse un rebujao, entonces el sentimiento era ya absoluto y empezaba a sentirse importante. Cuando fumaba rebujao se sentía alguien, entonces las cosas valían la pena, y se le quitaba el frío, porque para sentirse un don nadie muerto frío, para eso no valía la pena vivir. El caso es que él no cree estar en la categoría de los don nadie, él es un hombre informado, sabe leer y de hecho lee periódicos mientras come sus bocadillos de mortadela (si no hay trabajo, claro). El conde deja los diarios atrasados en los contenedores de basura frente al convento, y Curro aprovecha y lee el *ABC* entre bocao y bocao, así sabe que la droga tiene sus peligros, lo ha leído más de una vez, pero él sabe cómo esquivarlos, él no es cualquiera, él sabe que la droga, incluso antes de ser fumada, es muy peligrosa. Es peligroso comprarla, eso para empezar, el barrio está cada vez más difícil, los sirlaores abundan y cuando menos te lo esperas aparece la policía, a ver, la documentación… Nada, nada, hay que ser como Curro para poder sortear los peligros con esa donosura. A él le conoce todo el mundo, los sirlaores saben que con él no se juega, y la policía le respeta porque él fuma rebujao para quitarse el frío, él no es ningún delincuente, no hay maldad en su manera de fumar droga, se quita el frío, se siente alguien, lee periódicos, asín que… no sé si me entiendes.

Y en eso está cuando ve venir a Pepito el Colgado que aparece por la esquina de Santa Ana anunciando que le acaba de fichar el Sevilla por una porrada de millones. Habla a voz en grito, eufórico, se ríe, lo

han fichado y se acabó el mamoneo. Hurga en sus bolsillos, saca algunas plateadas monedas de euros, cuatro pavos. Pepito no tiene frío. La teoría de Curro es que la chaladura es tanta que no padece, ni frío ni calor. Pepito viene hoy muerto de risa, algo le ha hecho gracia y empieza a clarear el día, los primeros trinos de la mañana, Pepito no escucha a los pájaros, le dan lo mismo. Es un misterio dónde duerme Pepito. Curro, desde luego, no lo sabe. Quizás no duerme. Aparece algunas mañanas, como hoy, por Santa Ana, o por la plaza de San Lorenzo, o lo ve venir desde el final de Santa Clara, las largas greñas apelmazadas botando sobre sus hombros, la barba gris, canosa y alborotada, las uñas como negros cucharones, por Dios, Curro también lleva las uñas sucias, lo admite, la vida está muy mala y ha perdido el cortaúñas, pero hombre… esos cucharones, Pepe, hombre… Pepito se mira las uñas, largas y negras negrísimas. «Sí que tienes razón», reconoce, se mira las uñas de la mano, las cuatro monedas descansan en la palma de esa mano. La otra mano la lleva en el bolsillo de los pantalones, no la saca, ¿para qué? Curro sigue con la mirada al frente, siempre al norte, por donde no aparece un puto automóvil. Está desfallecido, tiene mucho frío, mucho mono, mucha desesperanza que casi se toca, casi sólida, casi se ve. En cambio ese pobre idiota está radiante porque le ha fichado el Sevilla. Eso dice. Curro ni siquiera le escucha.

—¿Qué te parece, Curro? Que dicen los del Sevilla que se ha acabao el mamoneo. Que se ha acabao el mamoneo, Paco. Quieren un diez, ¿sabes? Un puto diez, como Maradona.

Curro le gastaría alguna broma acerca del brutal positivo que daría en la prueba del *doping*, pero no está para bromas, ve los cuatro euros en la mano de Pepito y se lo llevan los demonios, con dos euros más ya tendrían los seis necesarios para conseguir un paquetillo de rebujao a medias. Tendrán que ir al Políngamo, porque en la Alameda ya no quedan camellos de heroína. Ahora hay que emigrar a la periferia. A los políngamos, a las Tres Mil, al Vacie…

—Bueno, qué… ¿ponemos entre los dos para comprar uno a medias? Con un par de euros que pongas nos da para un paquetillo a medias.

—No tengo un duro, Pepe — reconoce muy a su pesar el gorrilla Curro, el chaquetón cruzado azul marino, la cara redonda y roja descarnada por el frío, como las manos, los nudillos, las orejas, todo lo descarna el frío.

—Coño, Curro, ¿ni un euro? — se desencanta Pepe, la calle solitaria, ni un alma, ni un coche que aparcar.

—Ni un duro, Pepe — asegura Curro.

Esta mañana están todos calentitos en sus camas, los hombres con sus mujeres, las mujeres con sus hombres, hoy es domingo y no hay

laburo, no madrugones, nadie busca huecos para aparcar sus bugas y Pepito muestra sus cuatro monedas en vano.

—Coño, por dos pavos…

Una miseria, dos pavos, pero hay que tenerlos… Asín que… Es en estos momentos de crisis cuando las líneas entre lo correcto y lo no correcto se difuminan y peligran. Curro intuye que si quitarle el monedero al primer ser que se le ponga a tiro no es correcto, tampoco lo es que él esté ahí, hecho mierda, muerto frío por dos euros miserables que faltan para la dosis. Piensa en don Mario, don Mario está ahora mismo en su casa de la calle Hombre de Piedra, ahí mismo, a cien metros de donde Curro se muere de asco, calentito, su mujer a su diestra, el niño en el dormitorio de al lado, la estufa caldea el hogar, la cafetera deseando que se levanten los humanos para ser puesta al fuego y cumplir sus funciones: café humeante. ¡Qué bien huele el café! Listo para ser el acompañante de una sabrosa tostada. Don Mario… ¡qué bien se lo monta! Y debe tener dinero a porrillo. Fijo. Tanto que para él qué son seis euros. Nada, seguro que tiene miles en su cuenta. No le queda otro remedio. Eso se nota solo con ver a la gente. Se nota cuando alguien tiene miles de euros calentitos en la cuenta. Pero pídele a don Mario seis euros y verás… y no es que don Mario sea un roña, que no lo es, pero no se le dan seis pavos al gorrilla de Santa Clara. ¿Por qué? Ah, porque no. Para que no se acostumbre, o porque no es lo habitual, o porque si le diera seis pavos al guarda de Santa Clara tendría que hacer lo mismo con Pepito, o con la Toñi, o con todos los colgados del barrio, que no son pocos. Para don Mario esos seis euros que no va a regalar a ningún colgado no son nada, una minucia, ¿qué le representan? En cambio, a Curro y a Pepito, en estos momentos, les solucionaría la mañana, acabarían con el frío, con el monazo, con la ansiedad y hasta con los malos pensamientos que en estos momentos asoman por los circuitos cerebrales del guarda de Santa Clara. Entonces… ¿por qué?, se pregunta Curro, el chaquetón cruzado, la mirada en la lejanía, la calle solitaria y amanece y trinan los pájaros.

Y ya puestos a pedir… ¿por qué no podía él haber sido un don Mario?

Porque no.

Asín que…

JULIO VERNE

Fue el Colgado quien dio la primera voz de alarma. Lo encontré en la calle Santa Clara con una edición en pasta dura del *Viaje al centro de la Tierra*, de Julio Verne. Seguro que se lo acababa de encontrar en cualquier contenedor.

—Quillo, mira que guapo… *Viaje al centro de la Tierra*.

—Ya lo he leído, Pepito. Muy bueno, pero ya lo he leído.

—Cómpramelo.

—Qué va. No tengo un pavo, Pepe. Además, ya te he dicho que ya lo he leído. Y más de una vez.

Pasó sin transición a decirme que en la calle Santa Ana estaban pasando cosas horribles.

—Cucha, Adelardo… ahí en la calle Santa Ana están matando a la gente.

—¿Cómo dices, Pepito? ¡¿Matando a la gente?!

—Creo que sí. Al Curro lo han matao.

—¡Pero… coño, Pepito!

—Es muy fuerte, ¿verdad?

—Joder, Pepito… ¿y tú cómo lo sabes?

—Porque a mí también me quisieron matar. Faltó poco.

—¿Te quisieron matar? ¿Quiénes?

—Esos dos tipejos que rulan por el barrio.

—¿Sí? ¿Tú los conocías?

—Ellos me conocían a mí.

—¿Y dices que han matado a Curro?

—Sí, quillo. Al Curro lo han matao.

Mentira o verdad… eran palabras terribles. No lo decía de coña, ni le veía yo más colgado que otras veces. Estaba sereno y lo decía con toda lucidez. No sabía yo qué pensar.

Pepito y yo nos conocíamos de hacía muchos años. De cuando no estaba tan colgado. Yo le tenía aprecio. Pepito era buena gente, muy pesado y siempre pidiendo un pavo, unos céntimos, o queriéndote vender cualquier cosa que se hubiera encontrado en la calle. Pero incapaz de cualquier malicia.

—Bueno, qué… entonces… ¿no te interesa el libro?

—Pues no.

—Pues déjame un pavo, enróllate.

—No, si yo me enrollo, pero no te puedo dejar un pavo.

Llevaba el libro en un bolsillo del gabán. Hacía calor, pero Pepito no era sensible a la temperatura. Nunca tenía frío, ni calor. El caso es que de pronto me entraban ganas de releer a Verne porque los escritores siglo xxi me aburrían casi todos y no daba con una novela que me enganchara. Un novelón. Por otra parte, era verdad que no tenía dinero ni para aliviar a Pepito.

ÓSCAR VALOR

Por las mañanas se me hacía duro levantarme. Sabía que en cuanto me pusiera de pie y me lavara la cara empezaría a sentirme un poco mejor. Pero esos momentos eran duros. Inca vigilaba tumbada en su cama el momento exacto de salir a la calle. El primer paseo, el mejor paseo del día. Pero yo me levantaba y me sentía solo. Adela era solo un vacío. No estaba. Y los niños lo mismo. Solo vivía el silencio en aquel piso de la calle Guadalquivir. No tenía comunicación al exterior. Cosa de quince días atrás agarré mi móvil nuevo regalo de mis hijos en mi último cumpleaños y lo arrojé con furia al Guadalquivir desde el puente del Alamillo, al agua patos, ¡pluf! No fue una ofensa en contra de mis hijos, todo lo contrario. No fue una acción en contra de nadie. Simplemente es que no me llamaba nadie, nunca me llama nadie y poco a poco me voy ofendiendo, voy entendiendo que nadie me recuerda, que no soy nadie, nadie me necesita, nadie tiene deseos de estar conmigo una tarde, una noche en el cine, nadie. El móvil siempre apagado. El móvil que no suena nunca. El orgullo que se pone a mil. Móvil al Guadalquivir.

Iba olvidando mi mundo anterior. De pronto veía las cosas tan diferentes y cambiaba mi opinión sobre el mundo, las personas, las relaciones, los cuelgues varios.

Solo me quedaba el Primo. Por la mañana temprano y con el estómago vacío lo busqué por los bancos de la Alameda, nadie, demasiado temprano. Las 7:30. Abrían Las Columnas, servían los primeros cafés, las primeras tostadas, el rico olor del pan tostado, los cruasanes recién traídos del obrador… No tenía un par de euros, ese era el problema, me daba vergüenza volver a dejar fiado. Retrocedí hacia Las Sirenas. Clareaba ya el día. Tenía ganas de hablar, de sentarme un rato a tomar los primeros rayos de sol, y si pudiera ser con un café calentito, entonces hubiera sido ya el paraíso, pero bueno… no pedía tanto. Podía pasar sin el café.

En la fachada este, donde está la puerta de entrada al palacio, los indigentes apoyaban sus gastadas espaldas contra el muro.

El Primo hablaba con gran familiaridad con todos ellos. Hay gente que desde el primer momento te llama la atención, te son gratas sus

maneras, su sonrisa, su mirada. Eso me sucedió a mí cuando el Primo me presentó a Óscar Valor. Me gustaba ese nombre y apellido. Sonaba a héroe de cómic. Y era agradable charlar con él. Me gustó. De momento solo eso. Hombre… no me lo hubiera llevado a casa, no le hubiera concedido de momento un grado de confianza absoluta, porque no lo conocía, no sabía quién era, ni a qué se dedicaba, solo sabía que me había gustado, me caía bien, estaba a gusto a su lado. Óscar nunca se hacía pesado, nunca te pedía nada, solo un rato de charla al sol y si le invitabas a un pitillo pues mejor que mejor. Yo no lo sabía, pero Óscar había movido muchos kilos de hachís del campo de Gibraltar a Sevilla y Córdoba, había tenido mucho dinero y una vez, hace ya algunos lustros, estuvo enamoriscado de la Chiqui, aquella puta de Escacena. La arrancó de las zarpas de Ricardo Manuvench y se la llevó con él a La Línea de la Concepción. Fueron los mejores años de la Chiqui, hasta que se engancharon a la heroína, se arruinaron y tuvieron que salir huyendo de la Línea perseguidos por los acreedores. La vida es circular.

—Hola, yo soy Adelardo.

—Yo, Óscar. Te conozco. El Primo habla de ti.

El Primo le contaba a la gente que yo tocaba el saxo.

Y sí, hubo un chispazo con Óscar, un buen rollo. A veces sucede.

Y fue el mismo día que lancé el móvil al río, harto de que no me llamaran, herido en mi orgullo, ¿nadie estaba por mí? Pues a tomar por culo, el móvil al Guadalquivir. Se acabó la preocupación de si me llamaban o no (que era siempre que no).

¡Pluf!

No me vio nadie. Lo lancé desde el Alamillo, creo que ya lo conté. Me repito, hostia. Me hago viejo.

Una mañana conseguí levantarme con un billete de diez euros en el bolsillo, así que recluté por el camino al Primo y a Óscar y les invité a desayunar en Las Columnas. Era temprano, hacia las ocho de la mañana, las mesas estaban a media ocupación, encontramos un buen sitio cercano a las estufas porque hacía frío y se estaba a gusto a la vera del calor. Pedimos lo normal, sin extravagancias, tres cafés y tres tostadas y tres vasos de agua. Los camareros de Las Columnas agradecen la normalidad, extravagancias las menos. Y mucho menos si las extravagancias las piden tres muertos de hambre cual éramos nosotros, si bien hay que decir que para ser tres desgraciados en Las Columnas se nos trataba con categoría de personas, y eso se agradece. Ya alborotaban los gorriones entre los veladores de la cafetería cuando tomamos asiento el Primo, Óscar y yo.

—Yo me voy a tomar en tu honor una entera con manteca colorá

— anunció el Primo que tenía siempre un hambre feroz.

—¿Y tú, Óscar?

—¿Puedo pedir un zumo?

—Mientras no nos pasemos de los diez euros puedes pedir lo que te rote. Pídete un zumo, claro. No te cortes. Y pídete también una tostada si tienes hambre.

Llegó el camarero con una media sonrisa. Yo creo que le caíamos bien y mal a la vez y no sabía muy bien cómo tratarnos. Por un lado estaba Óscar, un indigente declarado al que se le servía el agua en vasos de plástico. Luego el Primo. El Primo no entraba en la misma categoría de la indigencia pero estaba todo el santo día con ellos, y se dedicaba al trapicheo, todo el mundo lo sabía. Así que había tratarlo bien pero con cierta prevención. Y por fin, un servidor. Los camareros de Las Columnas — y el dueño—, sabían que yo era o fui el saxofonista de un grupo de éxito que sonaba por la radio y que a veces salíamos por televisión. Sabían que tenía una familia, mujer e hijos, aunque últimamente no se me veía nunca con ellos. Bueno… el que estuviera aquella mañana desayunando con el Primo y con Óscar Valor tampoco significaba mucho o nada. Los artistas siempre se permiten ciertas licencias, veleidades o extravagancias o como lo quieras llamar.

—Yo quiero un café con leche, tostada entera con manteca colorá y zumo de naranja — pidió Óscar con una sonrisa. Ese zumo lo iba a disfrutar… Dios… cómo le gustaban los zumos de naranja en el desayuno.

—Compi, este zumo te lo voy a agradecer toda la vida. Me has hecho feliz por unos momentos.

—Pues yo encantado. Disfruta que mañana no sabemos si habrá zumo o qué coño habrá.

—Eso mismo digo yo — remachó el Primo—. Qué coño habrá.

Emitió ciertas señales de impaciencia el camarero y me apresuré con el pedido:

—Sí… para mí café con leche y tostada entera con mantequilla y mermelada de fresa.

Óscar Valor seguía con sus recuerdos de la Chiqui y su chulo Ricardo Manuvench.

—Yo estuve mucho tiempo temiendo a Ricardo. Que me pillara un día y me inflara a hostias por haberme llevado a la Chiqui a la Línea. Pero nunca pasó nada y ahora ya no le tengo miedo. Creo que es capítulo olvidado.

—No te fíes, Óscar. Ese tipo es una víbora. O peor, porque las víboras sí que olvidan, creo, supongo.

—Nunca se sabe.

Ya empezaba a mostrar mucha impaciencia el camarero.

—Ay, perdona, que estamos con la cháchara. Lo mismo para mí, café con leche y tostada entera con manteca colorá.

Por fin marchó el camarero remugando su descontento. No le gustaba nada que le hicieran esperar. Y creo que nosotros le gustábamos menos.

Les conté la conversación mantenida con Pepito el Colgado en la calle Santa Clara.

—Dice Pepito el Loco que han matado a Curro, el de la calle Santa Clara.

—Ese tío está loco — saltó rápido Valor—. ¿No ves que le llaman Pepe el Colgado? Por algo será.

—Hace unos cuantos días que no se le ve.

Colgado pero no tanto. Hasta el más colgado, tiene su don.

MIEDO

Quizás sí que alguien se dedicaba a meter miedo a los sin hogar. Alguien se dedicaba a difundir rumores muy preocupantes de que alguien se dedicaba a pegarles palizas, a quemarlos mientras dormían al aire libre. También se decía que envenenaban a sus perros con salchichas rebosantes de matarratas. Consulté eso con el veterinario y me confirmó unos cuantos casos de perros envenenados que él había tratado en su consulta. Algunos pudo salvarlos, otros murieron sin poder hacer nada por ellos.

Un indigente conocido en la Macarena como el Ruso había aparecido ahogado con señales de haber sido torturado. Y bueno… durante un par de días fue muy comentado, y surgieron algunas paranoias, rumores, inquietudes… En los bancos frente a las Columnas se formó un corrillo con el Picapiedra, Óscar Valor, el Portu… El Primo lo había predicho, hacía días que lo estaba avanzando: «Niño, aquí pasa algo. No es solo el Ruso. La gente desaparece y no nos estamos dando ni cuenta. Estamos amamonaos, nos están extinguiendo en nuestras propias narices». Así decía: «extinguiendo». Picapiedra se ponía fino: «¿Extinguiendo? No, hombre. Extinguir se refiere a animales, o a especies. A nosotros nos están eliminando».

—O mejor todavía — afinaba con humor el Portu—. Nos están dando por culo.

El Pep, que se acababa de integrar en el corrillo también tenía su desaparecido propio: «¿Y del Rumano qué me decís?».

—¿De qué rumano? porque hay mil — precisaba Pedro Picapiedra.

—Joder, el Rumano, el que empuja el carrito…

—Coño, Pep… como no des otro dato.

—Irse a tomar por el culo. Yo sé lo que me digo *puiiit*.

—Lo que tú digas, Pep.

—*Of course*, ciudadano. Lo que yo diga, siempre.

Y así nos pasaban los días. Pero yo no olvidaba al puto viejo. Por ahí andaba, lo vi algunas veces paseando con su Chuli tan tranquilo, y él también me vio y hasta me saludó con mucho retintín.

—Hooola, señor. ¿Todo bien?

—Hola.

Maldito Ricardo Manuvench.

Al fin y al cabo yo también había aparecido en su vida así, de repente, el Viejo tampoco sabía quién era yo. ¿Quién lo sabía?, ¿quién me conocía? Yo creo que pasaba bastante desapercibido y ahora me daba cuenta de que eso era bueno, empezaba a ser bueno, a servir a mis intereses. Pero yo no tenía intereses. ¿Qué quería yo?, ¿qué necesitaba? Nada, seguir pagando el alquiler todos los meses, la luz y el agua y poco más. Bueno, pues dentro de poco ya ni eso. Se me acababan los recursos y muy pronto iba a ser incapaz de poder reunir esos seiscientos euros que me costaba el alquiler de mi cuchitril en la calle Guadalquivir. Y luego… joder… el panorama no era bonito. Y lo peor es que me pillaba mayor. Y debilitado. Me asomé al balcón, la calle estaba tranquila, el frutero canturreaba mientras preparaba sus cajas de fruta, patatas, tomates, lechugas… daba gusto verlo tan motivado con su tienda, sus clientes… no eran ni las siete de la mañana, amanecía, pronto comenzó el concierto de los pájaros, mirlos, gorriones, estorninos, tórtolas.

—Vamos, Inca. A la calle a dar un paseo.

La perra se puso de pie inmediatamente, se estiró largamente y se dispuso a esperar a que yo reuniera todos los cachivaches, bolsas para las heces, correa, ¿cartera?, ¿para qué?, no tenía un duro, qué penuria, Dios mío. Ni un puto euro.

LA GUERRA QUÍMICA

Entonces me levanto por la mañana en la puta casa solitaria. Me sienta mal tanta soledad. Mentiría si dijera otra cosa, si dijera que no echo de menos a mi Adelita. A mi familia. ¿Te lo puedes imaginar? Hace poco más de un año por el pasillo de esta casa navegaban mis hijos, Adela se sentaba en ese rincón del sofá, veíamos las noticias. Estaba acompañado.

Esta mañana me levanté temprano como siempre. Entré en el cuarto de baño y al encender la luz la vi, también ella me vio, me calibró durante unos instantes, la primera impresión que obtuvo de mí es que era demasiado grande, una criatura enorme, poderosa, invencible. Por suerte para mí, ignoraba el efecto que causaba en mi sistema nervioso, o en mi cerebro, o no sé dónde, pero me causaba un impacto que no aprovechaba porque no era consciente de él. Yo estaba descalzo, plantado en el centro del cuarto de baño. Sabía que estaba en los azulejos, detrás de la toalla, inmóvil, esperando a que algo se moviera para salir pitando tras la taza del wáter, donde la escobilla le prestaría también cierta cobertura para la definitiva huida a regiones inalcanzables. La podía haber aplastado con la misma toalla, pero no me agradaba tal alternativa porque luego hubiera tenido que tirar la toalla con el espachurrado cadáver a la basura. Antes que nada pensé que debería calzarme porque si la tenía que pisar… hubiera sido incapaz de hacerlo con el pie desnudo. Necesitaba calzar unos buenos zapatos. Y empuñar también una revista, o un periódico, es decir, armarme convenientemente para la batalla que se avecinaba. Para la escaramuza. Así que retrocedí, salí del baño, volví a mi habitación dormitorio, me calcé, escogí el periódico del pasado lunes y volví al baño. Allí seguía, en los azulejos tras la toalla. Podía ver parte de su cuerpo. Diseñé una estrategia sencilla. Moveré la toalla — pensé— y en cuanto salga de su protección… le endiñaré con el periódico, o si cae al suelo la pisaré sin piedad. Eso es todo. Y así lo hice. Agité la toalla, saltó al suelo y se perdió a la velocidad del rayo tras el retrete. No hubo tiempo ni para el periodicazo ni para el pisotón. La adivinaba entre la escobilla y la taza. Quedaba la alternativa de la guerra química, unas buenas dosis de Baygon hubieran acabado con ella y con su descendencia. Pero me

disgustaba la idea de envenenar el aire. Porque, además de ella… ¿cuántos seres morían en cada emisión del letal insecticida? Incluso nosotros nos envenenábamos cual daños colaterales. Adela me reñía cuando yo me mostraba remiso al empleo del Baygon. A ciertos seres no les queda otra que ser exterminados a cualquier precio. ¿Y qué culpa tienen ellos de ser ellos? ¿O ellas? Además, la muerte por inhalación de insecticida debe ser horrible. Lo es. Horrible y larga agonía. Me causa ciertos escrúpulos. Matar a pisotones, vale, pero el veneno nunca fue de mi agrado.

Finalmente no eché Baygon. Salí del baño y allá la dejé. Antes de cerrar la puerta a mis espaldas le rogué que se fuera de la casa porque si la volvía a ver y no podía ejecutarla de implacable pisotón, recurriría al Baygon, esta vez sin dilemas morales, ni empatías ni más su puta madre. Apretaría la válvula del insecticida y envenenaría la atmósfera, y no sería además la primera vez que lo hiciera, ni probablemente la última.

Cómo te echo de menos, Adelita. Si estuvieras aquí, conmigo, esa cucaracha ya estaría muerta, o agonizando, que ya os he dicho que la muerte por insecticida es demasiado lenta.

La cucaracha no ha vuelto y yo se lo agradezco de todo corazón. No me agrada pisar a nadie ni a nada. Esos pisotones propinados con toda violencia para tapar el desagradable sonido del animal reventando… si puedo evitarlo, mejor para todos. Así que te lo agradezco de corazón, cucaracha. Y no vuelvas. Y será mejor para ti.

Cuando acabo de despachar con la cucaracha suena el timbre de mi casa. Una de las pocas cosas que siguen funcionando y por ende dando el coñazo, el timbre de la puerta de mi casa, ruidoso, antiguo, desagradable. Pero funciona, lo que ya es un mérito en este piso de la calle Guadalquivir donde les cuesta sobrevivir a las bombillas y a todos los chismes en general.

Rrriinggg. El puto timbre.

Me asomo al balcón. Pepito está abajo, en la calle. ¿Qué hora es? Joder, no son ni las ocho y media de la mañana. ¿Será posible? ¿Ya está Pepito ahí pidiendo dinero?

—¿Qué pasa, Pepe? Es muy temprano — digo somnoliento y bostezo y me hago el dormido hecho polvo, aunque ya estoy bastante espabilado y despierto.

—Adelardo, compi. ¿Puedes bajar?

—Hostia, Pepe. Pues no, no puedo. Ni tampoco tengo un euro, ni un céntimo, ni nada de nada, así que…

—Adelardo, compi. Baja. Van a matar a Óscar Valor.

PARTE TERCERA

CABRONES

RICARDO MANUVENCH

Ricardo Manuvench en el sofá de su comedor. Cercano a los setenta años. Pelo blanco y abundante, voz aflautada, uno sesenta y cinco, fornido, ágil. Un piso en la calle Parra, segundo con ascensor. Dueño de la cafetería Madrid. Desayunos, copas por la noche.

Ricardo. Un negocio turbio le proporciona suculentas ganancias.

El sucedido con aquel hijo de puta en la Alameda le había alterado. Conocía a ese tipejo de vista, todos los días le veía paseando con su perra labradora temprano por la mañana, nunca le había llamado la atención por llevarla suelta, sin amarrar, pese a lo mucho que se alteraba su perrillo con las perras que iban por libre meneando el trasero y dejando sus gotas de orina por doquier. Nunca le había dicho nada, pero aquella mañana cuando la vio jugando con otro chuchillo en el recinto infantil… en fin… su Chuli quiso salir corriendo hacia el parquecillo donde triscaban los perros, pero es que también él se sintió alterado, qué coño, le habían entrado ganas de partirle la cabeza al tipejo y a su perra de pomposo nombre. No sabría decir porqué, pero no le gustaba aquel hombre, y su perra menos todavía. ¿Quién le pone Inca de nombre a su perra? Los pomposos como aquel pomposo hijo de puta pomposo. Echó una sonrisa, se había hecho gracia a sí mismo con lo del pomposo. Qué gracioso eres, Ricardo. Y no pomposo. Ahora eran las 10:30 de la mañana de un soleado 24 de abril. La televisión apagada, todo en silencio. ¿Qué hostias te pasa, Ricardo? Casi le daba temor sentir todo ese odio. Pero es que no soportaba tanta gentuza, gentuza así en general. Gentuza sus vecinos, gentuza los indigentes de la Alameda, gentuza toda esa clase política que estaba volviendo el país del revés, gentuza sus hermanos con quienes llevaba años sin hablarse, gentuza sus cuñadas. Gentuza su exmujer. Gentuza, sí, gentuza sus dos hijos. También. No se cortaba en decirlo: gentuza sus hijos. Por eso, no le pesaba aligerar el mundo de tanta gentuza, no le pesaba darles su merecido. Él se había pasado la vida currando, había levantado un negocio, la cafetería Madrid, y había tenido empleados, había ofrecido puestos de trabajo, riqueza, negocios, dinero… nadie se lo había agradecido jamás. Todo lo contrario, problemas, problemas, problemas… nunca nadie estaba

contento, todos querían más. Sus propios empleados, joder, su propia gente le había denunciado por incumplimiento de contrato, porque siempre querían más y más y más. Joder, no lo aguantaba. Y luego estaba el asunto de los perros. A él le gustaban los perros, bien lo sabía Dios, adoraba a su perrito Chuli, era un encanto. Pero su Chuli no se metía con nadie, no ladraba a los otros perros, y por supuesto le recogía las cacas, y por supuesto lo llevaba siempre amarrado. Se daba cuenta de que estaba obsesionado con el asunto de los perros, sí, obsesionado, ¿y qué?, así eran las cosas. Era lícito obsesionarse con esos perrazos sueltos por las calles de la ciudad cagando a diestro y siniestro y aterrorizando a los perros más pequeños, esos chuchos… merecían un escarmiento. Hombre, más lo merecían sus amos, pero claro, envenenar personas era más complicado, si bien… él tenía otros métodos, no con veneno pero sí con… se obligó a no pensar demasiado en ello. A lo mejor se había pasado un poco últimamente. Joder, joder, joder… se obligó a no pensar en ello… ¿Eso eran remordimientos? Nunca. Algo le sucedía en el alma. No era una sensación nueva, ya llevaba así… bueno… toda la vida. Sintiendo la necesidad de poner a las bestias en su lugar. Impartir su ley. Pese a que a veces resultara tan duro y doloroso. Ya no había marcha atrás. Respiró hondo. A tomar por culo. Empuñó el mando a distancia del DVD. Pulsó el *power*, aparecieron las primeras imágenes, un hombre amarrado a una silla, no era una película de ficción, un hombre desnudo amarrado a una silla. Tampoco era un documental. Joder, joder, joder… aquel hijo de puta… qué feo era. Apagó el DVD cuando empezaban los alaridos. Ya tenía suficiente.

ALPÁÑEZ Y CABO VARAS

No eran absolutos desconocidos, tanto Carolino como Martín era gente del barrio. Aparecieron un día por las calles de la Macarena, se les empezó a ver por los veladores de la Alameda, paseando, comprando en las tiendas del barrio.

Carolino Alpáñez vivía ahora con sus padres. El viejo estaba hecho polvo, no contaba. Poco a poco iba contando cada vez menos, iba dejando de hablar, se alejaba cada vez más, poco a poco, y Rosario, la madre, tomaba el mando, sabía hacerlo, sabía mandar. Le hacía la vida más fácil a Alpáñez: la comida, la ropa siempre a punto, todo, incluso cincuenta euros si no tenía un duro para salir. Pero eso ya no pasaba. Desde que entró a trabajar en lo de Ricardo no le faltaba el dinero. Su madre observaba. No le gustaba lo que veía. Le gustaba más su hijo cuando no tenía un duro y le mendigaba cincuenta euros para salir. Ahora empezaba a cargarle su sonrisa prepotente, su dárselas de independiente. Alpáñez caminaba sobrado por la vida, así decía él, «sobrado». Y su amigo, ese Cabo Martín Varas, era otro infeliz que no le aportaba nada a su Carolino. Seguro que era maricón. Por mucho que viviera con esa chica. Maricón fijo. En fin, que no le gustaba el cariz que iba tomando aquella relación, aquel trabajo que decía tener en la Cafetería Madrid. Sabía perfectamente que su Carolino jamás iba a dar el callo como camarero. ¿Trabajar? Ja, ja, ja. Como mucho de matón, o de puto.

¿Camarero? No me hagan reír. Era su madre. Nadie podía engañarla con su Carolino.

Un día le soltó una hostia, Carolino a su madre, digo, ¡zumba!, en toda la cara. Un bofetón de Alpáñez os digo yo que os deja viendo chiribitas, pero Rosario se recuperó pronto, se sacudió como los perros y se lanzó contra su hijo echando espumarajos por la boca. Horas después, mientras cenaba la sopa de todas las noches, Carolino no podía dejar de admirar a esa mujer, capaz de plantarle cara, hostiarse con su hijo y servirle luego la cena, esta sopa apetitosa y rica de comer, slurppp, sorbían los Alpáñez el caldo, slurppp, sin recato, sorbiendo bien fuerte, qué rica está esa sopa, menudas las hostias que se reparten en el hogar de los Alpáñez. Juan, el progenitor de

Carolino, se había ido a la cama sin comer siquiera el postre. Hasta los cojones de todo en la vida.

Un día se les había acercado Ricardo Manuvench cuando tomaban sendas copas de anís seco en la cafetería Madrid, en el barrio de San Lorenzo.

Les dijo ser el dueño de aquella cafetería. Se sentaron a los veladores y estuvieron charlando. Les propuso un trabajo.

Ricardo Manuvench era propietario de un bajo en la calle Santa Ana, cercano al convento de las Madres Carmelitas. Había que subir una persiana metálica, entrar, atravesar un pasillo oscuro, un pequeño patinillo con macetas con plantas secas y consumidas que nadie regaba ya, aire de abandono absoluto. Luego otra puerta, había que bajar unos escalones y se accedía a un semisótano. Allá era el sitio. Un par de sillas de enea. Cámaras de vídeo en sus trípodes. Siniestro total. Daba un poco de miedo. No era un sitio agradable. Vibraba mal. Malas vibraciones y mal olor. Ah, y un equipo de música para tapar los alaridos. Os podéis imaginar.

Tengo esa curiosidad. ¿Cómo coño les entraría Ricardo a ese par de individuos? ¿Qué les diría? ¿Cómo se lo diría?

¿Cómo se le dice a esas personas: tengo un trabajo para vosotros, se trata de que grabéis en vídeo a ciertos individuos a los que hay que torturar previamente?

Tengo esa curiosidad. ¿Sabía Ricardo que iban a aceptar de inmediato? Más o menos se lo podía imaginar. Ricardo los tenía controlados. Martín Varas aseguraba haber sido Cabo Primero en el Ejército español, de ahí su apodo, Cabo Martín. Por supuesto, no era verdad. Aquellos años los había pasado Martín en Sevilla Uno. La cárcel. Compañero de chabolo con Carolino Alpáñez.

Una tarde fueron a visitar el garito. Todavía no le habían dado el consentimiento, la confirmación total de que aceptaban el encargo. Carolino era el portavoz de la pareja. Cabo solía estar siempre de acuerdo con las decisiones de Carolino.

Calle Santa Ana. A la vera del convento de las Madres Carmelitas. Un día de lluvia a finales de invierno. Subieron la persiana metálica no sin esfuerzo. Un sitio extraño. Un patinillo. Una puerta al fondo y escalones. Bajaron los escalones. El garito.

—Bueno… pues es aquí. Esto — prendió la luz Manuvench de un pequeño interruptor en la pared—. Hombre… ahora está como está.

Ciertamente, estaba sucio, con chismes rotos y abandonados aquí y allá, amén de que olía fatal, a cucaracha.

—Claro, claro… — se hacía cargo Carolino de cómo estaba

aquello.

—Hace siglos que no viene nadie por aquí y está lleno de polvo. Pero… en fin… hay que fregar y barrer y adecentarlo un poco y echar Baygón.

—Pero… eso quién va a hacerlo. Digo, lo de barrer y fregar —preguntó Cabo con media guasa.

—No… eso lo tenéis que hacer ustedes. Aquí no puede venir ya nadie más que vosotros y, bueno… los… llamémosles invitados especiales.

—¿Ah, sí? ¿Nosotros? ¿Gratis?

—Vamos a ver… eh… perdón, no recuerdo tu nombre.

—Cabo. Me puede llamar Cabo.

—¿Cabo? Pues escucha, Cabo. Y tú también, Carolino. Esto ha de quedar claro. Yo pongo este local con las cámaras de vídeo, las dos sillas y el equipo de música. Pongo todo eso y la pasta. Y ahora ustedes os lo ponéis como os dé la gana. Como si no queréis pasar la escoba, como si lo preferís todo lleno de polvo y mierda. A vuestro gusto. Yo en eso no me meto. Pero ya os lo dije antes: aquí no puede venir nadie más que ustedes y los invitados especiales.

—¿Y quién escoge a los invitados especiales? ¿Usted, nosotros?

—De momento, yo. Eso no quiere decir que no me podáis proponer algún candidato. Pero le tengo que dar el visto bueno. ¿Estamos de acuerdo?

—Más o menos… más o menos… — se acariciaba Carolino la barbilla y parecía dudar un poco, lo justo—. Pero, por ejemplo, puede pasar que usted nos proponga un candidato a la silla de enea y que a nosotros no nos parezca bien, porque no sé… porque lo conozcamos y nos caiga bien, qué sé yo, puede pasar, ¿no?

—Mira, Carolino… te aseguro que eso no va a pasar. Te digo yo que todos los candidatos a la silla te van a parecer de perlas. Ninguno de los que yo escoja te va a resultar simpático. Aquí solo vamos a traer escoria. Gentuza. Nos alegraremos de sacarlos de en medio. Esto será como un servicio a la sociedad.

—Ya, pero, insisto, ¿y si pasa?

Ricardo Manuvench era inflexible. Necesitaba serlo para mantener tal negocio.

—No, Carolino, no vamos bien. Tus simpatías o tus opiniones… te las he comprado. ¿Entiendes la idea? En fin… todavía estamos a tiempo de no hacer trato. Si no os parece bien… pues… cada uno sigue su camino y aquí no ha pasado nada.

—No, no… Olvídelo. No he dicho nada. No hay problema. En fin… creo que nos vamos a entender de maravilla.

—Eso mismo creo yo.

—¿Y eso, cómo nos lo va a pagar? ¿Una cantidad establecida por cada sujeto que llevemos a la silla de enea? ¿Una cantidad fija al mes?

—No sé… Tengo que pensarlo. En todo caso estoy absolutamente seguro de que os parecerá suficiente. Más que suficiente.

—Ya, pero… tenemos que saber lo que nos va a pagar antes de dar nuestro consentimiento. Entiéndalo. Es que…

Es que.

—Y… bueno… ¿qué tenemos que hacer con esos… invitados?

—Ya. En principio creo que grabar su muerte.

—¡Coño! — dijo Cabo con cierto espanto—. ¿Matarlos?

—Sí. Torturarlos y matarlos.

Hizo una pausa. Enfocó los ojos de Martín, luego los de Alpáñez.

—Es en serio. Tortura y muerte. ¿Os sentís capaces?

Hubo un silencio. Alpáñez hizo un gesto de desdén.

—Por supuesto.

Asintió Ricardo.

—Os digo que pago muy bien, y si tenéis un poco de sentido de la justicia os vais a sentir satisfechos de acabar con la escoria, porque esos van a ser vuestros invitados, la escoria.

Martín Varas hizo un gesto.

—¿No te sientes capaz?

—Claro que se siente capaz.

Alpáñez decidió aquel día por los dos.

Se pusieron de acuerdo. Era verdad que Ricardo pagaba bien. El trabajo era comprometido, pero si se hacía bien no tenía que haber problemas. No era difícil llevar a aquellos desgraciados a la silla de enea. Los desnudaban, los esposaban y ataban a la silla. Los enfocaban con varias cámaras en diferentes ángulos. Lo grababan todo. Paso de describir las torturas, no sé si más adelante se hará necesario para la narración. Espero que no.

CAROLINO EN LA TIENDA DE MANUEL

Carolino Alpáñez está contento. Alpáñez respira y los músculos se tensan bajo su camisa, las articulaciones funcionan engrasadas, la sonrisa surge fácil entre sus labios. Hoy se siente agradable, incluso los vecinos, de ordinario adustos con él, le saludan más amables. Sí, escucha música en su mente y, como diría mi abuela que en paz descanse, se le alegran las pajarillas, cosa peligrosa esta de que se te alegren las pajarillas, porque si tienes un punto de natural vicioso te entran inmediatamente ganas de darle gusto a esas pajarillas y para ello nada mejor que beberse un buen rioja, o unas cuantas cervezas heladas, o si no te gusta el alcohol, esnifar unas rayas de cocaína (esto te sale ya un poco más caro) o acudir al sufrido canuto de hachís. Así que esta mañana a Alpáñez se le alegraron las pajarillas mientras camina por la calle Santa Clara, se cruza conmigo que acabo de salir de la tienda de alimentación de Manuel con mi aceite y mi aspirina y alguna cosa más, y es él quien entra ahora en los ultramarinos con la intención de que el tendero le prepare un bocadillo de chóped con tomate y aceite más una lata de Cruzcampo. Sin bebida no somos nada. Y qué pena que no se pueda fumar en el interior, porque se está de fábula en la pequeña tiendecita, Alpáñez se siente bien, recogido. Pero Manuel no le mira bien, no le sonríe con cariño, ni sus palabras son demasiado amables, lo justo, lo mínimo que se despacha para atender a los clientes poco estimados. Manuel lo tiene calado, no le gusta, sabe que es un prepotente. Detecta un punto de peligro. Afuera, mientras yo me alejo por Santa Clara rumbo a mi piso en la calle Guadalquivir, llega Curro el gorrilla dispuesto a aparcar algunos coches a cambio de las primeras monedas de la mañana.

—Hola, Manuel — saluda Alpáñez contento.

—Buenos días. Usted dirá — remarca el tendero el tratamiento de usted para establecer claras distancias.

—¿Me puedes preparar un bocadillo? Una viena con salchichón, tomate y aceite.

—Claro.

—Y una lata de Cruzcampo. Fría.

—Muy bien.

Manuel escoge un salchichón ya mediado para pasarlo por la máquina de cortar y extraer unas finas lonchas de embutido. Corta también unas rodajas de tomate para añadir al bocadillo y finalmente lo adereza con sal y aceite de oliva.

La boca agua.

—¿Se lo va a comer ahora?

—Ahora, sí.

—Y su lata de cerveza. ¿Necesitará una bolsa de plástico?

—Casi que sí.

Manuel envuelve la viena en fino papel para bocadillo y la deposita junto con la lata helada en la bolsa de plástico. Le cobra lo establecido. Un precio justo y asequible. Alpáñez recoge la bolsa, se marcha murmurando una especie de despedida. Curro está aparcando un Opel Corsa cuando Alpáñez sale de la tienda. El hombre del Opel le entrega una moneda a Curro y hace algo que deja asombrado a Carolino Alpáñez. Le confía las llaves de su coche. No ha quedado bien aparcado del todo, puede dificultar la salida de otro automóvil y entonces ahí estaría Curro para mover el coche, cambiarlo de sitio para no originar un atasco o el problema de un coche sin salida, llegar tarde al trabajo… todo eso. Pero Alpáñez no entiende como el dueño de un coche, un señor normal, le confía las llaves de su coche a un… a un hecho polvo, un yonqui, un tirado en la calle… O sea, que no contento con darle una moneda por su *trabajo* de gorrilla que ni es trabajo ni es nada — es un incordio que debía estar prohibido— ni sirve más que para dar por culo al sufrido conductor, encima le confía alegremente el vehículo.

Sale de la tienda. No dejará de estar contento por tal nimiedad. Si el dueño del Opel Corsa es un gilipollas que decide hipotecar su vida, su coche y su felicidad, allá él. No dejará por ello de ser feliz. Por lo menos esta mañana. Olvida el Opel Corsa y se centra en Curro. Todos los días en el mismo sitio, rondando por las mismas esquinas, efectuando los mismos gestos, gastando las mismas bromas, impregnando el barrio con su mal olor, atentando contra el buen gusto ciudadano, siempre mal vestido, lleno de manchas, dando mal ejemplo a los espíritus débiles. Ejemplo de molicie, de vagancia. Bueno… y qué le importaba a él. Tampoco Alpáñez era un trabajador nato — lo admitía—, pero en todo lo demás, por lo menos iba limpio y se mostraba atractivo, o eso creía él. Y se buscaba la vida sin tener que mendigar nada a nadie. Y eso era lo principal, no sentirse un detritus, creérselo uno mismo el primero. Y actuar en consecuencia. Bueno, pues eso, que se centra en Curro. ¿Se merecen los detritus seguir ahí en Santa Clara aparcando vehículos? ¿O, por el contrario, lo nombra candidato a la silla de enea? De cualquier manera, primero tendrá que consultarlo con Ricardo Manuvench. No le gusta que se tomen

decisiones sin su conocimiento. Se enfada. Y Ricardo es un mal cabrón cuando se enfada.

Cuidado.

EL GUIRI

Pálido y fantasmagórico. El mejor cliente que Ricardo Manuvench tuvo en toda su vida. Se gastaba fortunas en coca y en caballo aunque luego, misteriosamente, no pareciera estar enganchado a ninguna sustancia. El Guiri se mondaba de risa cuando Manuvench encerraba a sus putas en el cuarto de los monos castigadas un par de días sin droga, sin comida, sin compañía y un vaso de agua tibia cada doce horas. Al Guiri le excitaba profundamente sentir la desesperación de las putas. Sugirió a Ricardo taladrar un agujero en la puerta y colocar una mirilla para controlar lo que ocurría en la habitación donde castigaban a las prostitutas que metían la pata. Verbigracia: fumarse la droga en vez de vendérsela a los yonquis de la Alameda, lo cual era su cometido.

El Guiri se asomaba por aquella mirilla y disfrutaba viendo a las chicas penar con aquellos horribles monos que les ponían al revés el sistema nervioso, el estómago, la musculatura y todo en general, el horrible síndrome que las descomponía para mofa y befa del Guiri.

Una mañana, llegó el Guiri a lo de Ricardo con ganas de usar la mirilla. Era muy temprano. Ricardo madrugaba, a las seis de la mañana ya estaba en solfa, levantado y vendiendo paquetillos a los yonquis que no dejaban de aportar día y noche billetes en ristre. Negocio redondo. Las chicas dormitaban en un cuarto interior.

Aquella mañana el Guiri no venía solo a comprar sus dosis de droga. Ya lo he dicho, venía con ganas de mirilla.

—Ricardo, amigo, se te saluda.

Entró en el garito. Un pequeño salón comedor con una mesa camilla donde Ricardo pasaba las horas tumbado en el sofá, viendo la televisión y vendiendo las papelinas de droga. Las chicas trabajaban fuera, tanto para ejercer de prostitutas como para vender los paquetillos que Ricardo les confiaba. El Guiri le pidió a Ricardo que encerrara a alguna chica aun cuando no hubiera hecho nada que lo mereciera. Solo por el placer de escucharla gritar. Ricardo se negó. No le parecía justo.

—¿Justo? — frunció la frente el Guiri—. ¿Justo? Vamos a ver, Manuvench… No me jodas.

Al Guiri no le gustaba no ser complacido. Se frustraba infinito cuando no se le concedían sus deseos. Ricardo se daba cuenta de que el Guiri torcía el gesto, pero eran sus putas, nadie le podía obligar a maltratarlas si él no quería, o no tenía ganas. Ni siquiera ese sujeto.

—Bueno — suavizó un poco la expresión el Guiri—, está bien, bien… bien… te entiendo, no la encierres. Pero es que te iba a proponer un negocio.

—¿Un negocio?

—Mira… se trata solo de poner un par de cámaras en la habitación donde encierras a la puta. Y eso… la metes ahí un par de días, o tres, sin droga ni comida y un vaso de agua al día como mucho; y lo grabas todo. Y ya está, luego me das las cintas que hayas grabado y yo te doy te doy un cheque al portador. Y pago muy bien.

—¿Un cheque? Ni hablar. Lo que me pagues me lo pagas en efectivo.

—Y si te metes en la habitación y le endiñas un par de correazos… eso subiría el sueldo. Mira… están pagando verdaderas fortunas por algunas cintas… ehm… subidas de tono.

—¡Coño! ¿Cuánto?

—Pero claro, hay que hacer algo más que meterles un par de correazos.

—¿Ah, sí? ¿Y qué hay que hacer?

Ya no existe el establecimiento a la vera de los Multicines.

Pasaron los años y Ricardo no se acababa de decidir a entrar en el negocio de las cintas. Pero luego lo pensó mejor. Y conoció a Alpáñez y Cabo Martín. Y llevaron al garito de Santa Ana a la primera víctima el 24 de diciembre de 2014.

Nochebuena.

Qué putada para el Ruso.

EL RUSO

Apoyada la espalda en la fachada este del palacio de las Sirenas, el Ruso evocaba su historia, sus experiencias vitales. El Ruso era de temer, aunque a mí me trataba bien y me respetaba. Yo hacía ver que me caía bien, pero sé que tenía a los más indefensos aterrorizados, caso Juan Carlos o caso Pepe el Colgado. Ambos cobraban todos los meses una paga no contributiva, todos los meses tenían que personarse en una sucursal de la Caixa para cobrar y tenían que andarse con mil ojos porque el Ruso acechaba todos los días diez de todos los meses por las sucursales del barrio, presto a quitarles los casi cuatrocientos euros de la paga sin compasión, zas, dos hostias, dame eso, desgraciao, y los cuatrocientos para el bolsillo del Ruso. Un verdadero hijo de puta.

Pero a mí me gustaba escucharlo, tenía labia el cabrón del Ruso. Había pasado dieciocho años de su vida en la cárcel por la muerte de una anciana y tenía muchas ganas de hablar con cualquiera. Él se sentía un gran aventurero con un par, desafiante que plantó cara al puto gobierno, a los putos guardias, que le partió la nariz a un funcionario de prisiones y finalmente pilló el VIH y no se alteró, ni siquiera el bicho le supuso un problema, un desafío, el Ruso estaba aquí para lo que estaba, siempre en planta, en posición de combate.

—A mí qué me vas a contar. Yo soy un hombre educao, ya ves, dieciocho años en la cárcel. Y aquí está el tío. En mi sitio, dieciocho años en el talego y otros tantos con el VIH. Con el bicho, para que me entiendas. ¿Qué te parece? Y lo que te estaba diciendo, sin perder nunca el paso, ¿sabes?, derecho como una vela. Conmigo no han podido, tú… conmigo se han comido una mierda. Yo siempre he ido por derecho… me cayeron dieciocho años por lo de la vieja y los pagué, ¿y qué?, aquí está el tío para pagar lo que haga falta, dieciocho años… pues nada, se cumplen y a tomar por culo. Conmigo no pueden, hombre. Luego lo del VIH que te contaba. ¿Qué pasa?, si hay que tener el bicho se tiene. Aquí está el tío, ¿y qué pasa?, no pasa nada. Si vas por derecho no pasa nada. Y lo de la mujer lo mismo. Yo no quería cargármela, fue un tirón mal dao, así que eso tiene poco apaño. Un poco lo veo yo como cuando el león se come una gacela…

¿es porque es un hijo de puta?, pues no, es porque tiene hambre. Y yo no te voy a decir que tenía hambre porque, la verdad, hambre no tenía, pero mira compi, tenía un mono que eso era peor que el hambre, tú lo sabes, qué te voy a contar, ¿no, compañero? Y yo calculé que con aquel bolso me quitaba el mono… la pobre… conste que a mí las viejas y las gacelas me caen de puta madre, y los leones también me agradan. Los leones. Todos me caen bien, pero aquel día me tocó la parte del león. En fin, que ni siquiera me pude quitar el mono porque me trincaron enseguida, qué mala suerte tuve aquel día, qué día tan nefasto, me cago en mis mulas todas. Y luego me trincaron y en el chabolo me tocó en suerte nada menos que el Caraburro, que hablaba el tío que yo nunca he oído a nadie rajar así como ese menda, con esa capacidad. Fue muy duro lo del Caraburro, porque yo hablo, no diré que no hablo lo mío, pero el Caraburro hablaba más que yo de aquí a Manila y todo lo que te diga es poco. Siete años de cháchara continua pueden con cualquiera, ¿no es verdad? Pues conmigo no han podido, siete años aguantando al Caraburro y aquí está el tío, a mí qué me vas a contar. Ni el bicho, ni la ley, ni el Caraburro han podido conmigo. Y mira que yo casi prefiero que me den dos hostias a tener que aguantar la cháchara del Caraburro. Al final, después de aguantarlo siete años le tuve que meter un día para que se callase, compañero, porque es que no podía más. No se callaba y yo ya no podía más. Ahora desde que le metí hablaba menos, el pobre, parece que se lo pensaba un poco antes de comerme la cabeza, porque el Caraburro es que te come la cabeza, qué tío más pesado, qué pelma. Pero luego se hacía de querer el hijo de su madre, se hacía de querer, tenía sus detalles. No era malo del todo. Como yo, que tampoco soy del todo chungo. Hombre… si te tengo que robar te robo, y si te tengo que meter, te meto, la verdad, antes que tú estoy yo, y el que diga lo contrario miente. Y el que no afana es porque no puede. Yo puedo, y por eso robo. Y por lo mismo, te meto. Pero luego soy buena gente, pídeme lo que sea y si puedo te lo doy. Yo mal fondo no tengo, pero cuando necesito algo lo tomo. Como haces tú y tú y como hacemos todos si podemos. Para mí la clave de todo, el quid de la cuestión, compi, es la supervivencia al precio que sea. Por derecho. La vida es asín.

Ese era el Ruso. La diferencia con Alpáñez es que el Ruso no se regocija con el sufrimiento ajeno. Él toma lo que necesita. Alpáñez es un sádico que disfruta causando dolor. Se ríe. Ji, ji, ja, ja.

Ahora tienen al Ruso en la silla de enea. No les ha costado mucho sentarlo ahí. Lo atrajeron con la promesa de cien euros por una sesión de fotografías. El Ruso era vanidoso y además del dinero le sedujo la idea de ejercer de modelo fotográfico. Él se sentía guapo y atractivo. No era muy viejo, no llegaba a los cincuenta y tenía buen cuerpo.

Lo captaron antes de comer en el Albergue cercano al Pumarejo. Fue el 24 de diciembre, se abrió la veda y comenzó la caza.

—Oye… ¿nos permites un momento?

Venían con sus cámaras al hombro, sus macutos, su aire de fotógrafos modernos, cola de caballo Alpáñez, una gorra de los Beasty Boys cubriendo el cráneo mondo de Martín Varas. No se ocultaban de nadie, toda la tropa los vio hablar con el Ruso pero nadie fue capaz de relacionarlos luego con su desaparición. Ni siquiera le dio nadie por desaparecido. Simplemente un día dejó de verse por el barrio, dejó de acudir al comedor. Mejor para todos, en verdad. Mejor para Juan Carlos el hombre que se arrodilla para pedir veinte céntimos, mejor para Pepe el Colgado, mejor para todos los enclenques que todos los días 10 de todos los meses — día de cobro— tenían que andarse con mucho cuidado para no darse de frente con el Ruso y ser despojados de su miserable paga no contributiva. Sí, mejor. Y si no aparecía nunca más… muchísimo mejor.

—¿Qué pasa?

—Mira… es que somos fotógrafos del *National Geographic* y estamos haciendo un reportaje sobre la gente sin hogar.

Alpáñez calló, miró a su alrededor y vio a toda la tropa de la indigencia mirando con curiosidad, escuchando con mucha curiosidad las palabras de aquellos fotógrafos.

—Mejor si nos vamos de aquí. ¿Te apetece una cerveza?

—Siempre — contestó el Ruso con una sonrisa—. Y si son dos, mejor.

—Bien. Pues vámonos aquí al lado, al mercado ¿te parece bien?

—Me parece estupendo.

—Por cierto — le tendió Alpáñez la mano—. Yo soy Carolino. Y este es mi compañero, Martín Varas.

—Encantado — se estrecharon las manos—. Yo soy el Ruso. Vamos, que me llaman Ruso.

—Encantado, Ruso — saludó también Martín Varas.

Subieron por Relator hasta la calle Feria por donde tomaron para el mercado. Se sentaron en una mesa libre en el Pitacasso.

—Aquí estaremos tranquilos.

Le contaron lo de siempre, un reportaje para una revista, cien euros al contado y mejor si se hacía ya.

—¿Ahora?

—Sí… ¿por qué no? ¿Tú puedes?

—Hombre…, ahora iba a comer.

—¿A comer? Te invitamos luego a comer en un restaurante a la carta, como los señores. ¿Te parece bien?

El Ruso, cual pajarillo inocente, cayó en la trampa a la primera.

—¿Qué os pido para beber? — preguntó Cabo. No había camarero fuera en las mesas en el Pitacasso y había que ir a pedir dentro.

—Cerveza.

—Lo mismo.

—¿Fumas?

—Pues sí. Sí que fumo.

Un canuto bien cargado para hacerle sonreír. Todo está bien ahora. El Ruso es feliz.

Era muy fuerte y creía que vivía alerta, poco menos que invencible. Cuán errado estaba. Tras las cervezas se levantaron para lo de las fotos. Cruzaron Feria, tomaron por Peris Mencheta, la Alameda y Santa Ana donde el garito.

El Ruso entró confiado en aquel bajo, abrieron, rasss, la persiana metálica y les asaltó el pestazo químico del Baygon contra las cucarachas.

—Coño… apesta a Baygon.

—Ya ves… tuvimos que desinsectar el garito, pero hemos extinguido a las amigas.

«Las amigas», así les llamaba Alpáñez, las amigas cucarachas.

Entraron. Cabo pulsó el interruptor — click—, la habitación de la ignominia se iluminó. Se iluminó la silla de enea, la mesa con los instrumentos de tortura, las cámaras en sus trípodes. El equipo de música con los poderosos bafles para ocultar los alaridos. Todo calculado.

—¿Esto qué es? — receló de pronto el Ruso. Algo estaba mal allá dentro. No le gustaba lo que veía, mucho menos la sonrisa de hiena que le apareció a Alpáñez en el rostro, de pronto era otro, de pronto aquella cara transmitía otras intenciones. ¿Y dónde estaba el otro? Le había perdido de vista en aquella habitación y cuando quiso reaccionar ya era demasiado tarde y una llave inglesa venida por la espalda impactó en su coronilla y lo dejó fuera de combate.

Pasadas las Navidades encontraron su cuerpo a orillas del Guadalquivir a su paso por Coria, en muy mal estado. Hablaron de él en las noticias de la tres. Algo se habló también en Canal Sur, poca cosa, y en los sucesos del *ABC*. Un indigente conocido en la Macarena como el Ruso había aparecido ahogado con señales de haber sido torturado.

MACHO ALFA

Ricardo Manuvench gustaba de sentarse en los veladores del Corral de Esquivel. Se sentaba con su infusión de menta poleo y ponía la antena. ¿Cómo aburrirse escuchando las conversaciones ajenas? Abundaban los artistas en el Corral. Decían que la Alameda era lugar de bohemios y artistas de todos los pelajes. Ricardo aprestaba la oreja y escuchaba con disimulo. Por las mañanas se servían desayunos, por la tarde los cafés después de comer, por la noche las cervezas y el alcohol. Ricardo ponía la antena y escuchaba. Con el alcohol se desataban las lenguas, era más fácil disparatar, la gente se sinceraba. Conversaciones sobre películas — ¿has visto esta, has visto la otra?—, conversaciones sobre libros, vídeos en la red, series de la HBO, Netflix. Ricardo escuchaba y escuchaba. A tal hora tenemos ensayo en los corralones del Pelícano; a tal hora en tal sitio y tal día tenemos bolo en Castellón. Ricardo había cambiado mucho desde que vendía dosis a mil pesetas en el garito a la vera de los multicines de la Alameda. Él pensaba que se había refinado. Bueno… quizás sí, pero más que refinarse se había hecho mayor. Hace unos años no se hubiera sentado a escuchar las conversaciones ajenas porque los demás le importaban una mierda. Sí que había cambiado. Ahora, aunque siguiera siendo capaz de las peores atrocidades, sentía curiosidad por los sentimientos ajenos, por lo que decían los demás. Le llamaban mucho la atención las relaciones que veía o sentía o creía ver o sentir entre la gente que frecuentaba el Corral. La gente se trataba con cariño, con deferencia, muchas sonrisas, palabras de afecto que, bueno, más o menos parecían sinceras. Ricardo despreciaba todos esos melindres pero en su fuero interno había algo que le llamaba la atención. Él no tenía amigos así, es decir, amigos, lo que se dice amigos… no tenía. No se lo decía a sí mismo claramente, pero quizás le hubiera gustado ser tratado así, con esa especie de cariño, no sabía si falso o verdadero, pero en todo caso le atraía, le parecía placentero. Esos abrazos, esos apretones de manos… nunca había tenido esas experiencias, o sea, nunca había tenido un grupo de amigos que de verdad o de mentira se apreciaran, o por lo menos lo hicieran ver. En sus relaciones siempre primaba el negocio por delante, por encima. El negocio. El beneficio. Y con las mujeres ya ni te cuento. O se las usaba para el placer o para el

negocio. ¿Amor? ¿Aprecio? ¿Enamorarse? Siempre había despreciado tales conceptos, siempre se había burlado de los amantes, de los enamorados y del amor. Todo eso era mentira, falacias, debilidades. Risa. Pero ahora algo había cambiado. Por primera vez en su vida sentía curiosidad por las conversaciones ajenas al negocio, por aquella gente que se abrazaba, que se decían cosas amables, se daba cuenta de que formaban otro segmento social, otra manera de relacionarse, tan diferente a la gente que él trataba. Por ejemplo, sus empleados, Alpáñez y Cabo Martín. Él no era un psicópata, no era un Alpáñez, por favor. Bueno, sí, alguna vez molió a correazos y a patadas a la pobre Chiqui. Pero es que se lo merecía, hostias, es que le robaba la droga y tenía que escarmentarla. No podía disculparla, no podía mirar hacia otro lado. Así es este negocio, el respeto es fundamental. Si no te respetan estás acabado.

Ricardo Manuvench observaba a las mujeres que aquella noche se sentaban a las mesas del Esquivel. Ciertamente no tenían aspecto de putas, pero de alguna manera él hubiera dicho que eran más putas que las gallinas, con sus falditas cortas y su manera desprejuiciada de hablar con los hombres, de besarse incluso entre ellas. Mucha bollera veía por allá. Y siempre con aquella naturalidad, como si no pasara nada, riendo y bromeando. Joder, él venía de otra casta, de otra educación, de otra manera de entender la vida donde los tíos eran tíos con dos cojones y las mujeres eran mujeres y cerraban el pico cuando Ricardo hablaba. Así lo había conseguido él en su vida y no iba a renunciar. Como decían ahora en todos los documentales: él era el macho alfa. Quien quisiera discutírselo tenía que batirse el cobre. No conocía a nadie que tuviera tales intenciones. Ni siquiera Alpáñez, que era una bestia sanguinaria. Ni siquiera Alpáñez.

EL PESCADOR PESCADO

A las 10:45 Curro sigue sin resolver. Aterido de frío, el estómago revuelto. Calambres, dolor, la electricidad le pone los pelos de punta. No hay descanso. Mono implacable.

A las 12:30 ya no puede más. Llega al límite. Mono intolerable. Le roba el bolso a una anciana. No utiliza la violencia, se lo quita con suavidad, incluso le pide perdón, la vieja, aterrada, le da el bolso sin oponer resistencia. Curro se ha puesto el pasamontaña y lleva el rostro oculto, pero la anciana reconoce su voz.

—Curro… ¿Curro? ¿Eres Curro, verdad?

—Qué va. ¿Curro? No sé quién es Curro.

Pero la mujer reconoce la voz de Curro, incluso los andares, el tipo, la ropa… por mucho que se haya puesto el pasamontañas Curro no consigue camuflar su personalidad, su voz.

A las 14:30 dos secretas de la Nacional lo buscan por Santa Clara y alrededores. Curro debe andar por las Tres Mil o por los Polígonos Norte o Sur quitándose el odioso mono. Ya volverá.

Pero Curro no vuelve.

—Venga ya, Curro. Sabemos que le has quitado el bolso a esa vieja. Reconócelo, tío.

Lo tienen desnudo, amarrado a la silla de enea.

Alpáñez le cruza la cara de un bofetón, ¡zass!

—Cuanto antes confieses antes te soltamos. Solo queremos tu confesión, ¿para qué? Eso es cosa nuestra. Ni siquiera te vamos a entregar a los maderos. Solo es para nosotros, para nuestros archivos personales. Para asegurarnos de que no vas a volver a delinquir.

Silencio. Curro mirando obstinadamente al suelo.

—Yo no le he quitao na a nadie.

¡Zasss!, bofetón. Alpáñez se retira un paso atrás. Cabo Martín toma la palabra.

—Mira… hombre… es que resulta que te hemos visto, es que sabemos que has sido tú, no hay manera de que nos engañes, porque te hemos visto, Curro. Controlamos el barrio, sabemos lo que pasa a

cada momento, no hay manera de que te vayas de aquí sin que reconozcas que lo has hecho. Tienes que responsabilizarte, ¿sabes?, de aquí no te vas a ir de rositas, chaval. ¿Entonces?

—¿Entonces… qué? -pregunta obstinado Curro.

¡Zasss! También Cabo tiene la mano dura. Curro queda viendo estrellitas por unos instantes. Ahora ve con preocupación cómo Alpáñez se le acerca con unos alicates en la mano. Ya no es preocupación, empieza a ser miedo, empieza a sentir terror.

—Por favor, vale, vale. Está bien. Le he quitao el bolso a la vieja, se lo he quitao, vale.

—Pues resulta que no — dice Alpáñez—. Que no vale. No vale quitarles nada a las ancianas. Es inadmisible.

—Inadmisible — reitera Cabo Martín.

—Vale, sí. Lo siento. Os juro que lo siento. De hecho yo nunca le había quitao na a nadie nunca. Es la primera vez. Y no me ha gustao, me he sentío fatá. Preguntarle a la señora y os dirá que ni le he pegao ni na, y que hasta le he pedío perdón.

Les entró la risa a Alpáñez y a Cabo.

—Que le pidió perdón, dice el tío cabrón. El asustaviejas, el chorizo profesional, el puto caco.

—El caco… Eso sí que ha tenido gracia.

—Imagínatelo, Cabo. Imagínatelo diciendo: perdone usted, señora, pero le voy a robar el bolso educadamente.

—Eso… educadamente. Con modales.

Se reían a carcajadas imaginando la situación, pero sobre todo se reían a carcajadas viendo la cara de terror de Curro el gorrilla.

—De verdad que fue así, por mucho que os riais.

—No, hombre, si no nos reímos.

—Qué va.

—Es que tienes mucha gracia, Currito. Hay que reír contigo.

—Me parece a mí que Currito no le ve la puñetera gracia. ¿Verdad Curri? — decía Alpáñez risueño y comprensivo a la par. Cabo también sonreía. Alpáñez también tenía su gracia a veces. No siempre.

Luego, Alpáñez, el no siempre gracioso, abrió los alicates y comenzó la función. Y las cámaras de DVD grababan y grababan.

Y aquí me detengo.

PEPITO EL COLGADO

Tuvo Pepito el Colgado la mala suerte de que, una de esas mañanas que le contaba a Curro lo suyo con el Sevilla FC, Alpáñez estuviera justo allí, en ese momento, cuando acababa de aparcar su Renault en la calle Santa Clara. Pepito estaba desbordante, lo acababa de fichar el Sevilla por unos cuantos millones de euros y ahora se dirigía a las oficinas del Sevilla para que le dieran un adelanto, y luego, por la noche, lo celebraría con todos sus amigos, entre ellos Curro, por supuesto. Con una media sonrisa Curro miraba a Pepito. Ya había escuchado muchas veces la historia del fichaje, todo aquello de que necesitaban un diez de calidad y lo de los millones de euros.

—Quillo… es que me han dicho que me guardan el número 10, que me lo reservan para mí. El tío ha flipado conmigo, con mi toque de balón.

—Claro, claro… pero… Pepe, dime una cosa, ahora, en estos momentos, ¿no tienes cinco o seis euros para darnos un homenaje antes de que te vayas a cobrar el cheque? Digo. ¿No?

—No tengo un duro, mi alma. Pero luego, por la noche, o por la tarde…

—Claro, luego. Pero luego es luego. Yo digo ahora.

Alpáñez escuchaba a los dos compañeros lampando por cinco o seis euros. Cuánta miseria, santo Dios. Le hubiera sido sumamente sencillo sacar un billete de cinco euros de su cartera y solucionarles la mañana a los dos pringaos. Pero le provocaban un poco de asco. ¿Qué necesidad había de solucionar nada a nadie? ¿Por qué? Luego, tuvo una idea. Aquella historia del fichaje del Sevilla… tenía su gracia. Podía ser un buen guion para contarlo desde la silla de enea. No sabía cómo, pero allí había material para montar algo gracioso en la sala de tortura. Ja, ja, ja. Le hizo gracia la idea. Se fue caminando por Santa Clara hacia el Gran Poder barruntando posibilidades en su cabeza. Sí, allí había material para montar una buena escena con Pepito el Colgado en la silla de enea hablando de sus delirios con el Sevilla FC. Hizo un gesto de asco. Le repugnaba aquel sujeto con las uñas negras y el pelo pegado, brillante de grasa. Le daría dos hostias para desquitarse. Con sumo gusto. Tranquilo, ya se las dará. Y más de dos.

El infierno le dará. Es decir, que lo llevará a visitar el infierno. El infierno no se da, es un sitio al que hay que ir, o que te tienen que llevar. Todo eso pensaba Alpáñez mientras caminaba por Santa Ana hacia la Alameda, alejándose ya de los dos gorrillas y de los delirios de Pepito el Colgado. Y se sonreía Alpáñez. Si se le ocurría algo gracioso podía ganarse algunos puntos con Manuvench, al que le cuesta la misma vida sentirse satisfecho con los trabajos de Alpáñez y Cabo Martín, siempre tiene algún pero, siempre hay algo que no le gusta, un inconveniente, algo que hicieron mal. Siempre.

MATARRATAS

Conocía al tipo ese de la labradora. Lo tenía más que calado. A principio llegó a creer que era un tirado más de la calle, un borracho, lo había visto coger unas melopeas tremendas, pero no, luego pudo constatar que era más bien uno de esos artistillos que frecuentaban el Corral. Se saludaba con los habituales, todo el mundo lo conocía, incluidos los dueños del establecimiento. Él y su perra Inca. Averiguó también que tocaba el saxofón en un grupo de música. No sabía por qué, pero le tenía inquina. Y más todavía a su perra. Cuando tenía el celo aquella labradora alborotaba a su Chuli, le quitaba hasta el hambre, se le escapaba a la mínima ocasión. Lo ponía en un estado de excitación imposible de sujetar, de aguantar, de aliviar. El pobre Chuli. El veterinario le aconsejaba la castración, pero a Ricardo le daba pereza gastarse la pasta en una operación para el perro. No sabía cuánto le podía costar, pero joder, seguro que le salía por un ojo de la cara. Mejor que operar a su Chuli sería quitar de en medio a aquella perra lúbrica. Eso le podía salir casi gratis. El precio de un matarratas.

Cuando quería sabía mostrarse encantador. Ricardo Manuvench entró en la droguería con la mejor de sus sonrisas. En el mostrador el droguero le atendió con profesionalidad y simpatía.

—¿Qué se le ofrece?

Ricardo le contó que se le había colado una rata en su bajo de la calle Teodosio, hacía unos días. Le había puesto un cepo, pero la rata aquella se las sabía todas. El droguero asentía, era cierto que las ratas eran muy listas. Sabía un montón de historias sobre ratas. Lo que les daba fuerza absoluta es que se trataba de animales sociables y solidarios, capaces de sacrificarse las unas por las otras, de atenderse y de ayudarse. Si él le contara… Pero Ricardo empezó a mostrar signos de impaciencia. Todo aquello era muy interesante pero se hacía tarde y tenía muchas cosas que hacer. Además era mentira, no había ninguna rata en su bajo de Teodosio, es más, tampoco vivía en la calle Teodosio. Pero Ricardo era astuto y taimado, peor que las ratas, que no son ni buenas ni malas.

—Sí, perdone, es que tengo un poco de prisa. Entonces… ¿qué me recomienda?

—Bueno… tengo este matarratas… — le mostró una rectangular caja de cartón con una rata dibujada en la superficie dando las últimas boqueadas—. Lo mejor es que el animal desaparece al envenenarse, pluf, ni cadáveres ni nada. Desaparece. Se va por ahí a morirse.

—Está bien, está bien.

Ricardo examinó la caja del matarratas.

—¿Y cuánto dice que cuesta?

—Esto es barato, caballero. — Le dio vuelta para ver su precio en una de las solapas.

Ricardo pagó y salió de la droguería.

Qué pesado — mascullaba Manuvench para sus adentros—, casi me cuenta la vida y milagros de las ratas.

Llegó a su casa en la calle Parra. Tomó el ascensor. Al segundo. Sacó de sus bolsillos las llaves, abrió y entró en el piso. Su perrito vino a recibirlo, un par de ladridos y saltos a su alrededor.

—Quita, quita, que me vas a dejar caer.

Dejó la bolsa con la caja del matarratas sobre la mesa del comedor y se sentó en el sofá. Respiró hondo.

—Ahora sabremos si es verdad que es tan eficiente como asegura el pesado del droguero.

Estaba hasta los cojones de ciertos perros del barrio. No dejaban vivir tranquilo a su mascota, su perrito chulo, su Chuli. Le ladraban sistemáticamente porque era pequeño y poca cosa. Y además se cagaban por las aceras, y además estaba aquella labradora de la otra mañana en los columpios de la Alameda. Cada vez que se ponía en celo a Chuli se le iba la cabeza y no había manera de controlarlo. Aquella perra empezaba con sus movimientos de rabo a un lado y al otro y lo ponía a mil, y Chuli dejaba de comer, de jugar, de ser el de siempre, y a poco que pudiera se le escapaba. Y no era la única perra en celo. Había más y se cagaban por las aceras, estaba seguro de que buena parte de los mojones que encontraba todos los días en su calle eran de aquella puta labradora, o por lo menos su dueño tenía toda la pinta de no haber recogido nunca un mojón. En fin… que iba a hacer una prueba, y si quitaba del barrio unos cuantos de aquellos perros cagones, si los quitaba de en medio pues eso que llevaría ganado. ¿Eso era sadismo? Un poco, sí. Le daba igual. En fin, ahora no iba a dar marcha atrás por sentirse un poco tío raro. Llevaba toda la vida sintiéndose diferente al resto, así que… bueno… si conseguía que los mojones en las aceras decrecieran, pues ya habría logrado algo bueno.

Se levantó del sofá y entró en la cocina. Preparó una cafetera y mientras se hacía en el fuego abrió la nevera y extrajo de ella una ristra de salchichas de cerdo. Qué apetitosas. Con un cuchillo las rajó con cuidado y en las incisiones fue introduciendo buenas dosis de

matarratas. A lo mejor las ratas eran muy listas y difíciles de envenenar, pero estaba seguro de que aquellos perros voraces y tragaldabas no se iban a andar con demasiados miramientos cuando encontraran aquellas apetitosas salchichas bajo los bancos de la Alameda, donde siempre se encontraban restos de bocadillos, pizzas y otras porquerías que la gentuza abandonaba en vez de depositarlas en las papeleras como era lo debido. El droguero le había contado que las ratas son muy desconfiadas, no es fácil conseguir que se coman el veneno.

—Cuando lo prepare lávese bien las manos para que la rata no lo huela. Es curioso porque se comen cualquier cosa que haya tocado usted, cualquier cosa, cualquier alimento, pero cuando usted le pone una trampa, o comida envenenada, entonces… como detecte cualquier olor raro… la rata desconfía. Qué cosa, ¿verdad?

Pero eso eran las ratas, que eran mucho más listas que los perros. Ricardo sabía que los perros de ciudad son mucho más fáciles de envenenar. No desconfían. Sus vidas son fáciles y regaladas y no tienen motivos para la desconfianza.

Preparó una buena ristra de salchichas con buenas dosis de matarratas, luego apartó la cafetera del fuego y se tomó un café con leche en la cocina. A Ricardo le subyugaban los cafés con leche. Eran las diez y media de la mañana. Salió al comedor, se sentó en el sofá a pensar. ¿Cómo lo haría? Sí, caminaría hasta los bancos de la Alameda, al sector de la indigencia, así lo llamaba él. El sector de la indigencia. Los bancos frente a los columpios de los niños. Por cierto, los indigentes acostumbraban a tener perros, perros de todos los tamaños, perros que solían llevar sueltos, sin amarrar, perros que le ladraban a su Chuli y que se cagaban por todas las aceras, perros horribles como sus dueños. Bueno, bueno… sentado en el sofá respiró hondo. No soportaba a esa gentuza. ¿Qué culpa tenía nadie de las miserias ajenas? Cada uno se buscaba lo que tenía. Los borrachos eran borrachos porque les salía del nabo, joder, nadie les obligó nunca a trasegar litro tras litro de Cruzcampo o Don Simón, daba igual. ¿Por qué no trabajaban? Porque a nadie le gusta doblarla, amigo. Es más fácil sentarse en los bancos a beber hasta la inconsciencia, y si te falta un euro para un litro… qué fácil es pedírselo al primer incauto, o al segundo o al tercero, al final siempre hay un primo que te dará ese euro. Él, desde luego, no le daba un euro a nadie ni que se le pusiera de rodillas (que por cierto, uno de aquellos indigentes había tomado la costumbre de arrodillarse para pedir unos céntimos por compasión), él no era un estúpido, toda su vida había trabajado para no tener que pedirle nada a nadie. Qué rabia le daba cuando la gente se rascaba el bolsillo y en nombre de una falsa compasión, o buenismo, o lo que fuera, le daban ese euro al pedigüeño. Pero no seas idiota, hombre,

¿no ves que te está llevando al huerto? Ni quiere ese euro para comer ni para otra cosa que no sea el puto litro, o para droga o pastillas o lo que sea. Le daba tanta rabia el pedigüeño como el dadivoso que se las da de bueno y no es más que un primo, un julai. Se lo llevaban los demonios. Si la gente fuera como él, como Ricardo, si nadie les diera nunca un duro a esa gentuza no habría problema, al final tendrían que doblarla, hostias, y eso es lo que pasaba, que no querían doblarla.

Ricardo, amén de otros negocios, había abierto un bar en el barrio de San Lorenzo, en la calle Miguel Cid, la cafetería Madrid. No era un patán cualquiera. Todo eso pensaba en el sofá del comedor. Estaba relajado, le entró un poco de sopor. Cerró los ojos. No era momento para dormirse. Se levantó y se puso en marcha.

Ricardo era un tipo metódico. Cerró la llave de paso del agua, quitó la luz en el conmutador general, repasó el butano, las ventanas… Todo comprobado, metió la ristra de salchichas envenenadas en una bolsa del Corte Inglés y, tras cerrar con doble vuelta de llave la puerta de su casa, tomó el ascensor y bajó los dos pisos que mediaban al exterior. Salió a la calle, respiró con agrado una bocanada de aire fresco. Aquel era un buen día de primavera para sentirse bien, y muy bien que se iba a sentir. Caminó por la calle Relator hasta la Alameda de Hércules, torció hacia los columpios. Se sentó en uno de los bancos cercanos. Era temprano, ni había niños ni padres con sus niños. No muy lejos, en otra de aquellas bancadas se pasaban el litro un grupo de indigentes. Sacó un par de salchichas de la bolsa de plástico y disimuladamente las depositó al lado de uno de los álamos que jalonan el paseo. Bien. Se levantó. Dejó otro par de salchichas bajo un banco, otro par de salchichas bajo otro banco, otro par en el alcorque de tierra que rodeaba otro árbol, ¿un álamo?, no sabía. Ni puta idea de los nombres de los árboles. Álamos debía de haberlos, claro. Se sentó a los veladores del kiosco de Los Leones, donde sirven desayunos todas las mañanas. Pensó que sería un buen observatorio. Un par de perros triscaban sueltos por las cercanías del kiosco. Conocía a uno de ellos, sabía hasta su nombre: Odín. Pasó un hombre con un par de collies, les lanzaba una pelota y el que parecía más joven la recobraba una y otra vez incansablemente. Llegó el camarero. Pidió café y media tostada con tomate y aceite. Joder, le estaba entrando hambre. No tardó mucho en acercársele un perro sin dueño, sin correa, a mendigarle un trocito de tostada. Se le plantó al lado a mirarle con pena. Tentado estuvo de darle una patada en el hocico, pero no quería dar la nota. Mejor esperar con paciencia. Eso sí, buscó con la mirada al dueño del animal. Al poco apareció una muchacha.

—Tintín, Tintín, ven, no molestes. — Miró con una sonrisa a Ricardo—. Disculpe usted, es que es un tragón de mucho cuidado.

Ni se dignó mirarla Ricardo. La muchacha amarró a Tintín, un chucho sin raza de tamaño medio, y se lo llevó.

Al poco apareció otro chucho suelto por los alrededores, levantó la pata y orinó sobre el álamo, entonces descubrió la salchicha en el alcorque que rodeaba al árbol. Ostras, una salchicha. La olisqueó y sin más fue a engullirla.

—¡Fran! — No le dio tiempo, apareció su amo—. ¡Fran! ¿Qué te tengo dicho de comer nada por la calle?

—Uf, casi… — murmuró Ricardo—. Casi.

Llegó el camarero con el café y la media tostada.

Sin mediar transición se le acercó un indigente a la mesa.

—Caballero, veinte céntimos me faltan para un bocadillo.

Ni le contestó.

—Caballero… se lo ruego por compasión. — Y se le puso de rodillas, hop, y juntó sus manos en actitud de oración, o de súplica—. Caballero, se lo pido por piedad.

Era uno de los indigentes que frecuentaban la Alameda y alrededores. Utilizaba la técnica de ponerse de rodillas y pedía siempre lo mismo, veinte céntimos para un bocadillo.

Otro perro se acercó a la salchicha que casi se merienda Fran. Ricardo miró con odio al indigente. No le dejaba concentrase en su labor de vigilancia.

—Oye, déjame en paz, por favor. Largo.

—¿Largo?

—Que te vayas.

El chucho igual que hiciera el can anterior olisqueó la presa envenenada. Algo no le gustó porque se fue al trote sin catarla.

—Pero qué pasa — se desesperaba Ricardo. Tanta desconfianza no era propia de un perro. Tomó un sorbo de su café. Entonces aparecí yo. Bueno, aparecí yo con mi perra Inca amarrada a una bonita correa azulgrana.

Ricardo puso cara de extrañeza.

—¿Me permite? — señalé una silla vacía en la mesa donde el viejo desayunaba.

—Pues… estoy desayunando, ¿qué pasa? — Manuvench me miraba con alarma—. Oiga, mire, lo siento si el otro día le multó aquel municipal. Pero es que yo no tuve nada que ver.

—No, no… no vengo a… es decir… eso es agua pasada, pagaré mi multa y a otra cosa mariposa.

No tenía ninguna gana Ricardo de atenderme en aquel momento. Por el rabillo del ojo seguía vigilando las salchichas abandonadas bajo los bancos de la Alameda.

—Es que, ¿sabe?, llevo observándole desde que llegó usted aquí, y he visto como dejaba salchichas aquí y allá. — Señalé vagamente los alrededores donde Ricardo había dejado las presas envenenadas.

—¿Pero qué dice? ¿Qué habla?

—Pues eso, que se le han caído algunas salchichas de esa bolsa del Corte Inglés. ¿Qué raro, no?

—Oiga, voy a llamar a la policía si no me deja en paz.

—Eso, eso, llame a la policía. No se corte. Pero eso es lo de menos, he venido a decirle otra cosa. ¿Sabe? Antes, cuando el indigente le pidió veinte céntimos para un bocadillo, ¿lo recuerda?

Ricardo sacó su móvil y amagó con marcar el número de la policía. Pero no llamó.

—Digo que antes, el indigente que le pidió veinte céntimos, ¿recuerda?… mientras usted miraba para otro lado, le ha metido diez gotas de LSD puro en el café con leche. Son diez pastillitas mínimas, micropuntos se les llamaba en su tiempo. Con uno solo usted podía tener un viaje de ácido durante más de ocho horas. Imagine diez.

—¿Pero qué me estás contando, hijo de puta? Eso es mentira.

—Sí, claro, mentira.

—Pues claro que es mentira.

—Lo mejor es que se vaya echando hostias a urgencias. Es mi consejo matutino. Diez pildorillas de LSD… bueno… va a tener usted el viaje de su vida.

Ricardo le miró con incredulidad.

—Voy a llamar a la Policía.

—Mejor llame a urgencias, ya le digo.

A lo mejor eran aprensiones pero Ricardo empezó a sentir sensaciones extrañas en el estómago, y un regusto raro que se le subía a la boca. La calidad de la luz cambiaba por momentos. Y los sonidos… los sonidos… los sonidos…

…se quedaban encallados en el aire.

—¡Hijo de puta! ¡Te voy a matar!

Miró a su alrededor pero yo ya no estaba. Cerca de él, sentados en los bancos de piedra, los indigentes se desgañitaban de la risa. Quiso levantarse pero no podía, estaba clavado en la silla.

—Dios, Dios, Dios…

Y de repente se le volteó el mundo entero, el cielo ocupaba el lugar del suelo, y el suelo estaba en las nubes, quería levantarse, pero… ¿hacia arriba o hacia abajo? Se levantó de la silla pero no había suelo que pisar y se lo tragó el abismo, ¿o era el cielo? ¿Pero qué cielo? No había cielo, solo abismo arriba y abajo. Y al poco rato ya ni arriba ni abajo, solo abismo. Y angustia brutal y terror. Se iniciaba un mal viaje de LSD. Un descenso al infierno. Se le aflojaron todos los esfínteres.

¿Se estaba cagando?

Entonces despertó. Se había quedado dormido en el sofá, estaba bañado en sudor y angustia. Y orines. Joder, joder, joder… había sido un sueño. Se le había escapado el pipí como a los seis años. Sobre la mesa del comedor reposaba la bolsa del Corte Inglés con su carga mortífera de salchichas envenenadas. Estaba conmocionado, había sido tan real… Recordó el sueño con todo detalle. Aquel hijo de puta con la perra labradora, y aquel otro que pedía invariablemente veinte céntimos, y que se arrodillaba entre las mesas donde pedía. Hostias, hasta recordaba con todo detalle el sabor del café con leche, jamás había tenido un sueño tan real. Qué coño sueño, una pesadilla.

Se levantó del sofá, tomó la bolsa del Corte Inglés, no se lo pensó más y salió a la calle tras cerrar el agua de paso, comprobar la bombona de butano, todo en orden, móvil, cartera, llaves y a la calle con sus salchichas.

Caminó por la calle Relator hasta la Alameda de Hércules, torció hacia los columpios. Se sentó en uno de los bancos cercanos. Tenía hambre. Le apetecía desayunar su café y sus tostadas en el kiosco de los Leones, pero esta mañana le estaba dando miedo porque todo se parecía demasiado al sueño que había tenido en el sofá del comedor. Joder, ¿se estaba dejando achantar por un sueño de mala muerte? Su puta madre, sí, se estaba dejando achantar. Pero tenía hambre. Podía ir a cualquier otra cafetería, podía ir al Aguilar, o al Piola, o a la Norte, pero no, ¿por qué? ¿Por un sueño de mala muerte? Ni hablar. Él era Ricardo. Ricardo Sin Miedo, Ricardo Manuvench. Se levantó del banco y se sentó a un velador del kiosco de los Leones. Automáticamente se le pasó el hambre. Vino el camarero.

—Café con leche y media con tomate y aceite.

—Ahora mismo.

—Y un vaso de agua, por favor.

Puso sobre la silla vacía a su lado la bolsa con las salchichas envenenadas. Todavía no se había decidido. ¿Las iba a poner esparcidas por la zona? ¿Sí? ¿Iba a hacerlo? No sabía. Al rato llegó su café y poco después las tostadas. Entonces vio al hombre joven con la gorra y los dos collies. El hombre lanzaba la pelota y el perro que parecía más joven iba tras de ella una y otra vez, incansable. El collie más viejo caminaba al lado de su dueño, muy tranquilo. Ricardo palideció. Giró la cabeza para ver cómo el hombre con sus perros se alejaban hacia las columnas norte de la Alameda. Se quedó como embobado viendo correr al collie más joven una y otra vez, con aquella envidiable vitalidad. Mirando, mirando…

—Señor… oiga, señor…

Mirando a los collies con su dueño caminar hacia las columnas,

hacia el río…

—Señor, oiga, señor…

Como en el sueño, igual, el perro más viejo caminaba con aquella cadencia de perro veterano.

—Señor… oiga, señor…

No podía negarlo. Era exactamente igual que en el sueño. Aquel hombre con la gorra que ya casi desaparecía ahora de su visión…

—Señor, oiga, señor… veinte céntimos me faltan para un bocadillo.

¡Se giró de golpe! ¡Zas! Pero… ¿cuánto tiempo llevaba allí? Claro, llevaba ya un rato con la cantinela del señor, oiga señor, y, embobado con los collies y el hombre de la gorra, no se había percatado de que tenía al menesteroso que se ponía de rodillas a su lado. ¡Hostia puta!

—Señor, se lo pido por caridad — Juan Carlos se arrodilló con agilidad y juntó sus manos—, por caridad, veinte céntimos me faltan para un bocadillo.

Ricardo miró con muchísima aprensión su café con leche. Miró al indigente arrodillado. Había tenido tiempo suficiente para echar cualquier cosa en su café. Por otra parte, dudaba mucho de que aquel rufián tuviera diez gotas de LSD para echárselas a nadie en el café. ¿Pero qué? Mejor no comprobarlo. ¿Había bebido desde que tenía a aquel sujeto a su lado? Sintió pánico. Ira.

—¡Vete de aquí, hombre! ¡Fuera! ¿Quieres que llame a la policía? ¡Fuera de aquí, cojones!

Llegó el camarero. Eran las once en punto de la mañana. Joder, joder, joder… ¿estaba sufriendo un *deja vu*? Hostias, era como en la pesadilla que acababa de sufrir en el sofá de su casa. Joder, joder, joder… tuvo un acceso de pánico.

—¿Qué pasa, le está molestando?

—Sí, cojones. Me está molestando.

—Venga, Juan Carlos, no molestes más al señor y vete ya de aquí.

En la bancada cercana los indigentes se pasaban el litro de cerveza y se descojonaban de la risa. ¿Por qué se reían tanto, carajo? Los perros sueltos triscaban por las cercanías, Juan Carlos no se iba, seguía de rodillas

—Veinte céntimos para un café, se lo pido por caridad.

No aguantó más, se levantó como alma que lleva el diablo y se fue abandonando café y tostada, sin pagar, sin mirar atrás, a toda carrera, presa de un ataque de pánico. Dejó la bolsa con las salchichas abandonada en el kiosco de los Leones.

—Caballero, caballero… se deja usted…

Pero Ricardo no era un caballero.

Los camareros comentaban la jugada.

—Oye… ¿te has fijado en ese menda?

—Sí. Algo le ha pasado.

—Además se ha ido sin pagar.

—Cojones, Juan Carlos, ¿todavía no te has ido?

—Mira, salchichas de cerdo. Tienen un aspecto estupendo. ¿Las quieres para ti, Juan Carlos?

Nada era gratuito. Ricardo no creía en nada, en nadie, en Dios ni en la Virgen, ni en la vida eterna, pero estaba convencido de que la existencia tenía sus ritos y sus misterios, tampoco era todo materia y pare usted de contar. Existía en la vida algo parecido a la suerte, al azar, y de alguna manera había también un ojo que te vigilaba. Ricardo despreciaba ese ojo. Si le vigilaba una de esas deidades en las que no creía era cosa que no le quitaba el sueño. Bueno, él procuraba no cortarse jamás, con ojo o sin ojo, lo mejor era hacer lo que uno quería hacer, ni bueno ni malo, no había buenos y malos en esta película. No sabía cómo explicarlo, así que lo mejor era ni pensarlo. Era consciente de su crueldad, era algo que no se podía ocultar, estaba ahí, con él, la crueldad. A veces se sentía fuerte y aguerrido, atractivo, Ricardo el Cruel. No le temblaba el pulso, no tenía dudas, ni conflicto interior. A veces llegaba el momento de la crueldad, de la sangre, el momento hondo del dolor, y él sentía algo parecido a alimentarse. Cómo había cambiado Ricardo desde que vendía droga al por menor por las calles de la Macarena. Había adelgazado, parecía que se hubiese refinado. Algo de eso había. La naturaleza era cruel y él lo aceptaba de buen grado.

Ricardo era el hombre más descreído del mundo. Por supuesto, no creía en Dios, ni en ningún tipo de creencia sobrenatural. Ni en premoniciones, ni en ningún tipo de mística, ni en espíritus, ni adivinaciones, ni en ovnis, ni en fenómenos paranormales. Ricardo no creía en nada. Solo en lo que tocaba, solo en el dinero, en follarse a alguien, en la cocaína, en las respuestas del cuerpo y en sus necesidades: en el dolor, en dormir, en comer, en reírse de los tontos. A Ricardo que le dejaran de gilipolleces, que bastante tenía ya con las gilipolleces habituales de la vida. Pero lo que soñó el otro día en el comedor de su casa… aquel sueño… nunca le había pasado nada igual. Nunca había soñado nada tan… coño, que parecía que lo había vivido en la realidad, en esta misma realidad. Hasta le pareció experimentar los efectos del LSD. Diez gotas, diez dosis de ácido. Menos mal que solo fue un sueño. Justamente el ácido era la única droga que no toleraba. Le tenía miedo desde que tuvo de joven un mal viaje. Un malísimo viaje que le fundió los plomos por un tiempo. No se quiere ni acordar. Así que solo de pensar en que le pudieran poner diez dosis en el café… se pone malo.

—Hijos de puta…

Sabía, intuía que el sujeto de la perra labradora tenía algo que ver. Aquel mismo individuo con el que había tenido el altercado en el recinto de los columpios. Y, por supuesto, también el indigente que se ponía de rodillas. Los dos. A los dos los quería en la silla de enea.

RICARDO FURIOSO

Ricardo estaba furioso. Estaba en su cafetería Madrid a las 13 horas. Alpáñez y Martín Varas le acompañaban tomando un vermut con unas olivas y almendras saladas.

—Qué ricas las almendras — comentó Martín Varas, y luego le dio un sorbo a su vermut. Ricardo pensaba en otra cosa.

—Quiero en la silla de enea al individuo ese que se pone de rodillas para pedir.

—Sí… sabemos quién es. Ese que va como jorobao, ¿no?

—Ese. Y a un menda que va mucho por la Alameda con una labradora que suele ir sin amarrar.

—Como no nos des más datos…

—Bueno… yo os diré quién es exactamente. Un tipo así de mi edad o un poco mayor que yo. No tiene aspecto de pobre, de estar en la puta calle.

Ricardo Manuvench se sinceró con sus subalternos, ¿por qué no? Les contó lo de las diez gotas de LSD. Aunque le diera algo de vergüenza. Sin embargo ellos no se atrevieron a contarle a su jefe la batalla perdida contra la gitana del romero, porque eso sí que daba vergüenza, eso sí que fue ignominioso y sonrojante.

LA GITANA DEL ROMERO

Era una mujer joven, pero no lo parecía con ese delantal y esa ropa de gitana de extrarradio, la dentadura regular y el pelo encanecido.

Era una de las pedigüeñas habituales del barrio. Arribaba por las tardes y se caminaba todos los bares y cafeterías y garitos desde un extremo a otro de la Alameda. Era gitana, se llamaba Rosario, caminaba deprisa, sin pararse a charlar con nadie, siempre sola y seria y como con mala hostia. Su estrategia era el romero. La voluntad por una ramita de romero.

Personalmente no me gustaba la gitana del romero. Tenía muy mala lengua. Cuando se frustraba de su boca podían salir maldiciones realmente pavorosas. Mejor no escucharla. No salía gratis, podías quedar apesadumbrado hasta que te ibas a dormir. Nunca salió de mi bolsillo una moneda para la gitana del romero. Ella lo sabía, lo sabíamos ambos, era perfectamente consciente de que yo jamás me iba a derrotar y me iba a meter la mano en el bolsillo. Ni la más mínima duda. Aun así, seguía viniendo a la mesa donde estuviera sentado solo o con mis amigos tomando una cerveza, y seguía insistiendo con la ramita de romero, que si para un bocadillo, que si los churumbeles tenían que comer, que si el romero nos iba a traer la suerte… Era una especie de fórmula: churumbeles/ comida/ romero/ monedas/ suerte. Y si no le dabas nada en el momento te dejaba la ramita en la mesa para que te lo pensaras y luego volvía por si te lo habías pensado, y si seguías en tus trece sin darle nada, recogía la ramita de romero, zas, de un manotazo, con una mala cara… y lanzando esas maldiciones que ya te digo, mejor no escucharlas porque metían miedo. No era bueno escuchar tales salvajadas. El mal existe.

Vivía en el Polígono Sur. Todos los días tomaba un par de autobuses que la dejaban en el centro y efectuaba siempre la misma ruta desde la Catedral hasta el Corte Inglés, cinco minutos de descanso en los bancos de la placita a la vera de los grandes almacenes, se fumaba un Winston, meditaba sobre lo que veía, los rostros de la gente privilegiada — solo había que ver sus ropas, sus zapatos, sus hijos, su habla—, todo estaba claro en esta vida, los que olían a

mierda eran los apestados y los que a perfume los afortunados. Y no había remedio, nada que hacer, solo cagarse en la puta madre de cualquiera, de todos, los unos por desgraciados, los otros por privilegiados. Era verdad que tenía churumbeles, dos hijos ya mayores que rulaban por ahí Dios sabe dónde, y otros dos — niño y niña— pequeños de ocho y diez años que una vecina llevaba todos los días a la escuela. Y su marido, el temible Venceslao, que afortunadamente no se dejaba ver mucho por casa. Venceslao era una rémora.

La expresión seria, no le sonríen los labios, ni la mirada, nada en su cuerpo sugiere algo amable. Yo jamás la vi sonreír. Tampoco le di jamás una moneda, mantente lejos de mí, Rosario con tu mala hostia. La gitana venía a la mesa, no perdonaba ni una sola vez, ella hacía su recorrido y nada que hubiera en él la hacía variar. No me daba ninguna pena su discurso de víctima, ni sus churumbeles hambrientos, nada en ella provocaba en mí sentimientos de empatía. Rosario no sonreía nunca, y yo tampoco nunca le sonreí a ella. Cuando venía miraba para otro lado. Ella soltaba su retahíla, yo miraba a otro lado.

Llevaba un delantal con dos bolsillos, en uno guardaba las monedas que iba consiguiendo, en el otro guardaba el romero, las ramitas ya pasadas de fecha, desmochadas, que habían dejado de oler a romero. ¿Dónde consigues ese romero viejo, Rosario?

La gitana apareció un mediodía por los veladores de la Norte, en la Alameda, donde Carolino y Martín Varas esperaban sendas cervezas y hacía calor. Estaban callados, serios y enfrascados en sus móviles. Aquel mediodía ni Carolino ni Martín Varas estaban por el romero ni por la gitana. Hacía mucho calor y la cerveza se retrasaba. No era un buen momento para la venta de romero. Pero la gitana era totalmente ajena a las circunstancias exteriores, su misión era colocar una ramita de romero.

—Cómprame una ramita, mi arma, dame argo pa comprar un poco de pan. Una monea… veinte céntimos.

—¿Una moneda? Creo que no. Por favor. Otro día.

La gitana volvió a la carga:

—Una ramita de romero, mi arma. El romero trae la suerte.

—Sí, bueno. Por favor… — quiso zanjar Carolino Alpáñez.

—Unos céntimos, para un bollo de pan — no se daba la gitana por vencida.

—No, no… de verdad. Otro día.

—¿Otro día?

—Mañana. Ven mañana. Hoy no puede ser. De verdad — dijo Martín con palabras suaves.

—Pero mi arma… solo te pido…

—¡Que no, hostia, que te ha dicho que no! — la interrumpió

Carolino Alpáñez con ira—. ¡Mañana!

—¿Mañana? Tiene guasa. De aquí a mañana te pué salir un cáncer en la cabeza, desgraciao. Por no comprarme una ramita de romero. De aquí a mañana te vas a arrepentir de no haberte gastao un céntimo, ¡malaje, esaborío!

—¿Malaje? ¿Yo malaje? ¡Anda, tira de aquí que todavía me voy a mosquear yo contigo! ¡El cáncer te va salir a ti de la hostia que te voy a meter!

Se iba encendiendo Carolino Alpáñez mientras hablaba cada vez más enfadado. La gitana se fue farfullando maldiciones.

—¿Malaje yo? — se indignaba Alpáñez—. ¿Cáncer en el cerebro?

Aquel deseo de muerte en la boca de la gitana… qué mal le sentó a Carolino. Se lo había deseado con toda la mala leche del mundo. Y Carolino sintió miedo.

Se fue la gitana, llegaron las cervezas, Carolino y Cabo habían quedado muy serios, la gente los miraba, habían alzado la voz más de lo conveniente. También los camareros se habían percatado del sucedido. La gitana jodida aquella les había amargado las cervezas. Bueno, no tanto, seguían estando frescas y apetecibles.

—Menos mal de las cervezas.

—¿Sabes? No se ha dado cuenta, pero le he sacado una fotografía. Mira.

Le enseñó Cabo una fotografía recién sacada con su móvil Samsung. Allá estaba la gitana con su romero deseándole un cáncer a Carolino.

Quince minutos después llegó Ricardo a la Norte y se sentó con ellos. La Norte era un sitio habitual de reunión.

—Ricardo ¿qué pasa?

Se saludaron. Manuvench les traía un sobre con dinero en efectivo. Discretamente se lo entregó a Alpáñez.

—Esto es vuestro.

Alpáñez se guardó el sobre. Quedaron en silencio.

—Contadme, ¿qué hacéis?

—Pelear con la basura.

—Qué novedad.

—Acabamos de tener un rifirrafe con una gitana, ahora mismo, una que vende romero con mucha mala lengua.

Raudo sacó Cabo su móvil para enseñarle la fotografía que acababa de obtener. Llegó el camarero. Ricardo pidió su cerveza.

—Una caña.

—Ahora mismo.

Ricardo observó la fotografía.

—Conozco a esa perla — dijo desdeñoso Ricardo—. No me gusta esa mujer.

—Ni a mí. Quedaría bien en la silla de enea. A ver si el romero le traía suerte.

—Ya… pero… ¿sabes, Carolino?, esa gitana no es fácil. Igual es mejor dejarla tranquila.

—¿Sí?

—Su cerveza, caballero — depositó la cerveza helada el camarero en la mesa. Ricardo bebió con placer.

—Ahhh… qué rica.

Alpáñez sonreía.

—Pues yo estaba ya pensando en amarrarla a la silla de enea. Esa gitana es una lacra.

Cabo no decía nada. Acabó su cerveza, miró a su alrededor para ver si divisaba al camarero.

—Hay que llevar mucho cuidado con la gente que se lleva a la silla de enea. Y esa mujer, te digo yo que es pura dinamita. Conozco el percal.

Alzó el brazo Cabo para llamar la atención del camarero.

—Me trae otra cerveza, por favor.

—Y otra para mí — se sumó Alpáñez.

—Y yo también otra. Y algo para picar, ¿no? — completó Ricardo el pedido.

Pero pasados unos días convencieron finalmente a Ricardo.

—Le decimos que somos fotógrafos profesionales de una revista. De cualquiera. Y que queremos hacer un reportaje sobre el pueblo gitano.

—Sí… y que nos ha gustado su cara, su cuerpo…

—Y que queremos hacerle una entrevista, unas fotos.

Sentados otra vez en la Norte, en las mesas de afuera, mes de mayo, la hora del crepúsculo. Tenían un plan. Martín Varas recordó la línea de acción:

—Le damos cincuenta euros, de momento, para engolosinarla. Y le decimos que le daremos otros cincuenta si se aviene a que le hagamos unas fotografías en nuestro estudio, ahí al lado y sin salir del barrio. No creo que se niegue, ¿no?

Ricardo se mostraba escéptico.

—Sospechará.

—¿Sospechará de qué?

—Hazme caso. Sospechará.

—No, Ricardo, hazme caso tú por una vez en tu vida. Cien euros

son un cebo muy apetitoso.

—Bueno… ojalá me equivoque, pero esa gitana se la sabe muy larga. Ya veremos.

La volvieron a localizar unos días después, en los bancos de la Alameda, sentada, parecía que descansando. Cabo se le acercó, la gitana lo reconoció inmediatamente, pero hizo ver que no recordaba nada.

Se sentó a su vera.

—Hola. ¿Me puedo sentar contigo?

Rosario lo miró un momento, no dijo nada, alzó los hombros, le daba igual, que se sentara donde le diera la gana.

—Sí, mira, es que queríamos pedirte perdón, mi compañero y yo. El otro día…

—¿Qué pazó el otro día?

—¿No recuerdas ahí, en las mesas de La Norte?

—Yo no me acuerdo de na.

—Sí… que nos enfadamos un poco.

—No zé.

Miraba para todos lados, como recelosa. Alpáñez esperaba cercano, fumando un cigarrillo.

—¿No te acuerdas de mi compañero?

—No.

Se acercó Alpáñez al banco donde descansaba la gitana y le tendió la mano:

—Hola… soy Carolino Alpáñez. Encantado de saludarte.

La gitana, muda. Miró a Alpáñez, no a los ojos. Simplemente lo miró. Y al final le dio una mano floja y la retiró enseguida. Siguió Alpáñez su pequeña perorata.

—Bueno, mira… el caso es que nosotros somos fotógrafos, de esos de las revistas.

—¿Qué paza? ¿Me vas a dar argo?

—Mejor que eso. Mira, el otro día… aunque de momento nos enfadamos todos un poco… ¿sabes?, justamente nos gustó eso de ti. Tu carácter, tu raza, tu casta.

—Ya te he dicho que yo no recuerdo na del otro día.

—Mujer… ¿no te acuerdas de nosotros? Bueno, casi mejor. Me explico: Martín y yo somos fotógrafos del *Reader Digest*. Queremos hacer un reportaje sobre el mundo gitano, sobre los gitanos de Sevilla que estáis en la calle buscándoos la vida.

Rosario no se enteraba de nada. Es decir, no escuchaba. No le interesaba en lo más mínimo la historia de aquel payo, pero aceptó un billete de cincuenta euros como adelanto y se comprometió a una

mañana de fotografías en el local de Santa Ana, aquí al lado, detrás de los multicines de la Alameda. Ella decía que no entendía nada. O lo hacía ver. Eso nadie lo podía saber. Jamás se sabía cuándo mentía o cuándo era sincera. De ambas formas la gitana del romero te miraba torcido. Pero desconfió desde el primer momento. Nunca acabó de creérselo. ¿Fotógrafos? No se lo creía. Ni siquiera sabía muy bien a qué se referían aquellos sujetos.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Nada. Solo venir con nosotros aquí al lado, a nuestro estudio en la calle Santa Ana. ¿Sabes dónde está, no?

—No zé.

Y se quedaba callada. Cavilando. Olía el peligro. No se creía nada de aquellos dos. Pero le habían dado cincuenta euros. Eso estuvo bien. Por otro lado recordaba claramente el incidente acaecido dos o tres días antes en los veladores de la Norte. Aquello también fue real. Bueno… si la cosa se ponía fea se sentía suficientemente fuerte para merendárselos. A los dos. Y finalmente accedió. Dejaron el banco y fueron a un cajero, sacaron otros cincuenta euros con la tarjeta Visa, se los mostraron.

—Cuando acabemos la sesión serán tuyos. ¿Estamos de acuerdo?

La gitana no decía nada. Marcharon hacia el bajo de la calle Santa Ana.

Entraron, todo a oscuras, caminaron hasta el garito. Martín pulsó el interruptor y se hizo la luz. Una habitación, cámaras de vídeo en sus trípodes, cámaras de fotos, la silla de enea, un par de focos.

—¿Aquí no barre nadie o qué?

—Tiene que venir la chica a limpiar — dijo Alpáñez mientras le sacaba el polvo a la silla con un trapo.

—Mira… emmm, ¿cómo te llamas?

—Rozario.

—Rosario. Pues siéntate ahí, Rosario, en esa silla.

Se sentó en la silla. Martín, como al descuido, quiso ponerse a espaldas de la gitana, pero esta se giró en la silla siguiéndole el movimiento.

—No, no te muevas, Rosario, mira al frente — pidió Alpáñez mientras trajinaba ya en una cámara de vídeo frente a la silla de enea.

Pero Rosario no le perdía la vista a Cabo Martín Varas.

—No te pongas a mis espaldas que me pongo nerviosa.

—¿Nerviosa? ¿Nerviosa por qué?

—He dicho que no te pongas a mis espaldas.

Alpáñez acabó de preparar la cámara.

—¿Pero Rosario, mujer, qué te pasa? Siéntate bien, ponte cómoda que vamos a empezar. Tranquila. ¿Nunca te hicieron una fotografía?

Todo pasó con suma rapidez, a la velocidad del rayo. Era imposible engañar a la gitana. Rosario veía la verdad en los ojos marrones de Martín Varas, incapaz de ocultar sus emociones. Incapaz de generar la sangre fría necesaria frente a la mirada feroz de la gitana

—Este tío está mal de la cabeza. Mira… me voy… no quiero los cien euros — dijo la gitana y se levantó de la silla.

—¿Pero qué te pasa? ¿Por qué te vas? No te hemos hecho todavía…

—He dicho que me voy.

—Y yo te digo que no te vas, copón.

Se le acabó la paciencia a Alpáñez, se acercó hasta la posición de la gitana y sin más historia fue a cruzarle la cara de un bofetón, se acabaron las historias y los disimulos, pensó Carolino y fue lo último que pensó antes de que aquel vendaval de furia se le echara encima mordiendo, golpeando, arañando, jurando por todos los muertos propios y ajenos y ojalá te mueras de un cáncer en el culo maricón de mierda. Quiso Martín ayudar a su socio y entró a matar con una llave inglesa. No era fácil golpear a la gitana que le trabó el golpeo, lo agarró por el antebrazo, empujó con todas su fuerzas derribándolo. Tampoco le iba mejor a Alpáñez al que acababan de dejar ciego de un ojo, sintió un dedo penetrarle hasta el cerebro, luego, no sabe cómo, cayó al suelo, sintió que le pisaban la cara, escuchó jurar en una lengua antigua, desconocida, irreproducibles juramentos pavorosos, Martín Varas aterrizó ahora sobre él, se liaron los dos cuerpos, hostia, hostia, hostia puta, ¿pero esto qué es? No podían deshacer el lío de los cuerpos. La ira, la supervivencia, la rabia jurando en aquella lengua incomprensible, antigua y diabólica. Maldiciones gitanas. Qué pánico. Se retorcía eléctrica y bufaba como un gato una explosión de adrenalina, segundos escasos para dejarlos fuera de combate y sin entender nada, y luego se escabulló. Con los cincuenta euros que le habían dado más con los otros cincuenta que al final birló del bolsillo de Martín Varas. No hubo tiempo para más. Alpáñez en el suelo no se levantaba, no hablaba, no se movía.

—¿Carolino… estás bien?

No, no estaba bien. Joder, estaba fatal. ¿Había perdido el ojo izquierdo?

—Casi me salta un ojo, hija de puta.

Casi. No se lo saltó porque no quiso.

Jamás se lo contaron a nadie. Por supuesto, Ricardo Manuvench no tenía que saberlo nunca. Joder, qué vergüenza. Aquella mujer los había derrotado a los dos. Les había dado lo suyo. Era un demonio, era el diablo, estaba poseída y tenía aquella fuerza sobrenatural.

Quizás algún día la pillaran desprevenida por la espalda y pudieran hacer justicia, vengarse. El problema ahora era volver a la zona de los bares, la Norte, el Corral, si se encontraban con la gitana del romero… ¿qué podía pasar? Encima les había levantado aquellos cincuenta euros, más los cincuenta que ya le habían dado… ¿debían denunciarla? Eran suyos.

—¿Y ahora qué? ¿Qué hacemos? — preguntaba muy exaltado Martín Varas—. Nos ha robado. ¿La denunciamos? Vamos a la comisaría y la denunciamos antes de que nos denuncie ella a nosotros.

—No creo que nos denuncie, Martín. Lo malo será cuando nos demos con ella de frente.

Pero a Martín Varas le daba miedo la posibilidad de una denuncia, que abriera su boquita y contara su experiencia en la calle Santa Ana, que diera las señas del garito y llevara hasta allí a la Policía. ¿Podía pasar? Hombre… la gitana del romero es imprevisible. Cuesta imaginarla denunciando a nadie a la Policía. No es su estilo. ¿No? Tampoco la conocemos tanto, ¿qué sabemos de ella? Prácticamente nada. Conclusión: sería bueno sacarla de escena. Antes de que se le ocurra cualquier desatino, antes de que se le ocurra abrir la boca. ¿Qué se lo impide? Nada. Si le conviene hacerlo, lo hará.

JUAN CARLOS

Juan Carlos, el hombre que se arrodilla para pedirte veinte céntimos para un café, está en la cantina del mercado de abastos, la plaza, lo echan de la cantina, merodea ahora por los pollos Juanma, también el pollero lo mira malamente y tiene que emigrar, vuelve a la cantina, al arrimo del muro húmedo de la iglesia del Omnium Sanctorum, pared de piedra de hace no sé cuántos siglos. Juan Carlos se arrodilla frente a la gente que deglute tapas en los veladores. Alguien le dice que no se arrodille, que es indigno arrodillarse. En general, a la gente le produce fastidio el arrodillamiento de Juan Carlos.

—No te arrodilles, tío, no te pongas de rodillas para pedir dinero, ni para nada.

—¿No, mi arma? — dice extrañado Juan Carlos—. ¿No me arrodillo?

—No te arrodilles, hombre. No le gusta a la gente.

Juan Carlos queda en silencio unos segundos. Luego pregunta

—¿Y por qué, mi arma?

—Pues porque… es indigno. No sé.

—¿Es indigno, mi arma?

Y no dice nada más. Qué perra ha cogido la gente con el rollo de que no se arrodille. Qué manía. ¿Por qué les molesta tanto? Juan Carlos no le hace daño a nadie con sus arrodillamientos. Espera que el mismo hombre que le ha mentado lo de la indignidad le descifre el porqué de la indignidad, y de paso le dé algunas monedas. Veinte céntimos, dice que necesita para un café. Pero ya nadie le hace caso, los comensales vuelven la cabeza, ni caso a ese colgado. Además acaba de llegar el condumio. Las tapas. Suculenta brocheta de langostinos, boquerones, sardinas plancha, ortiguillas. En la cantina del mercado se come pero que muy bien. Juan Carlos cambia de escena. Otro velador.

Juan Carlos es un pajarito delgadísimo y frágil. Camina en una sola dirección: veinte céntimos le faltan para un café. Junta las palmas de sus manos en posición de rezar, de súplica. Está perdiendo el pelo, pero todavía mantiene algunas guedejas desordenadas que surgen aquí y allá. Un café, solo le faltan veinte céntimos para un café, mi arma, tampoco pide tanto, veinte céntimos, lo que sea. ¿Dónde está la

indignidad? El hombre que le reprochaba a Juan Carlos el arrodillamiento ya se ha olvidado de Juan Carlos, a otra cosa mariposa, ya se está tomando su cerveza fría que está estupenda, helada y espumosa. ¿Eso es digno? ¿Atiborrarse de cerveza es más digno que arrodillarse? Juan Carlos no sabe. Él no se siente indigno de nada ni nadie, no señor. Se acerca al corrillo de bebedores de cerveza, aunque ya no está el hombre que le reprochaba a Juan Carlos que se pusiera de rodillas. Pero Juan Carlos no se percata. Se acerca y les suelta su pequeña perorata:

—Caballeros… veinte céntimos me faltan para un café. Por favor, por favor, por favor, por favor.

Los bebedores del corrillo niegan con la cabeza y aseguran no tener ni un duro para darle.

Juan Carlos se queda enfrente de ellos con la chepa que le ha salido desde que tropezó en la calle y casi se quebró el cuello contra un bolardo de piedra en la Alameda. Estaba predestinado a ello. Primero se tiró por una ventana cuando le pegó fuego al colchón donde dormía y las llamas se extendieron al piso y, en fin, saltó por la ventana al patinillo interior. Un primero de altura. No se mató, pero estuvo ingresado un tiempo, y a la salida del hospital fue cuando se dio contra el bolardo. Cruzó la calle, resbaló y, ¡pumba!, cabezazo contra el bolardo.

¿Qué hace Juan Carlos con las monedas que consigue? Yo nunca le he visto tomando un café, ni una cerveza, ni nada; nunca le he visto tomando nada, ni falta que me hace.

Aparecieron de la nada, de pronto ahí estaban, los dos fotógrafos con sus cámaras al hombro, su mochila, su cabeza rapada uno, su coleta el otro. Se acercaron a Juan Carlos que en esos momentos estaba entre veladores y ya el dueño de la cantina venía flechado a decirle que se fuera inmediatamente, no se podía molestar a los señores clientes. Pero antes que el dueño, llegaron ellos, los *freelance*, con sonrisas de oreja a oreja a proponerle a Juan Carlos un trato. Yo les llamaba así, los *freelance*, simplemente porque llevaban sus cámaras de fotos de buena calidad y los suponía fotógrafos haciendo reportajes que luego vendían al mejor postor. Profesionales independientes. Libres. Pero la verdad es que ni puta idea de quiénes eran. *Freelance* desde luego, no. Y fotógrafos, menos.

Como siempre hacían, le propusieron hacerle unas fotografías en su estudio ahí a la vuelta.

—Oye… ¿te apetece tomarte una cerveza con nosotros?

Juan Carlos, que ya se iba de aquellos lares, frenó en seco. ¿Una cerveza?

—No bebo alcohol, mi arma. No puedo con la medicación.

No era andaluz, se le notaba en el habla. Un acento indefinido. Pero se le había pegado lo del «mi arma».

—Pues un refresco, lo que quieras… ¿podemos hablar contigo en un lugar tranquilo?

Alpáñez, a su lado, parecía un titán grande y musculoso. Aquella gran coleta de cabello negro y espeso, cámara de fotos al hombro, sonrisa de oreja a oreja. Juan Carlos lo detectó al instante. Era mentira. No sabía qué, pero era mentira. Algo. Todo. Mentira. No tenía ganas de refrescos. Cabo Martín se mantenía callado. Juan Carlos no tenía sed. En verdad no tenía ganas de compañía, ni de fotos, ni de dinero. Le entraron muchas ganas de irse a su guarida, encerrarse en su habitación y apagar la luz. Necesitaba estar a oscuras. Todo ello pasó por su cabeza en décimas de segundo. Cabo, que era mucho más sensible que su compañero y detectaba antes las irregularidades, se dio cuenta de que algo no marchaba. La sonrisa falsa de Alpáñez no bastaba para llevarse al huerto a aquel pobre diablo.

Pobre diablo. Le llegó a Juan Carlos ese sentimiento. Esa cara de pena que de pronto puso Cabo Martín para acercarse a Juan Carlos fue casi peor que la sonrisa falsa de Alpáñez.

—Podríamos ir al Rincón Verde, aquí detrás del mercado.

Juan Carlos se detuvo, no decía nada, ni sí ni no.

—Mira… — Cabo le dedicó una mirada amistosa— ¿cómo te llamas?

—Juan Carlos.

—Juan Carlos… encantado — Cabo le tendió la mano—. Yo soy Martín Varas, pero mis amigos me llaman Cabo.

—Y yo soy Carolino. Encantado.

Se estrecharon las manos. Blanda y sin apenas fuerza la de Juan Carlos.

—¿Por qué no vamos al Rincón y nos sentamos cómodamente? Queremos proponerte algo, Juan Carlos. Estoy seguro de que te va a interesar.

—¿Ahora? — Juan Carlos miraba al suelo con su cabeza gacha.

¿Qué coño estaba pasando que los indigentes se mostraban tan remisos? Joder, nada los motivaba, ni siquiera el dinero. Solo querían vaguear y consumir las drogas más baratas, el tinto Don Simón y los tubos de trankimazín. Droga barata y alcohol en las tiendas de los chinos y en las farmacias. No necesitaban más. Así que les costaba mucho convencerlos con la promesa de dinero fácil. Además, desconfiaban. Era mosqueante ganar de forma tan fácil el dinero. Algo chirriaba por ahí, algo que les provocaba la desconfianza inmediata.

Como las ratas, detectaban la trampa sin saber cómo ni cuándo ni dónde. Pero había una trampa y había que andarse con cuidado. Con mucho tiento.

—Bueno… es que ahora no puedo, mi arma. He quedao con mi hermano. ¿Podemos dejarlo para mañana?

—Pues no. Mañana no va a poder ser. Es una lástima porque te ibas a llevar cien pavos casi por la cara, pero si no puedes, pues nada.

—No puedo, mi arma.

Y se dio media vuelta y se fue despacito, sin mirar atrás, sin pausa, despacio, despacio, pasó entre los veladores de la cantina, salió a la calle Feria, cruzó, siguió por Peris Mencheta, despacio, despacio, llegó a la Alameda, se paró, miró atrás, no los vio, miró a los lados, no se les veía, respiró aliviado. Sin saber por qué se dio cuenta de que estaba aterrorizado. Respiró, recobró la normalidad, ufff… Qué mal ratico. ¿Se había tomado hoy la medicación? No lo recordaba, pero esos niveles de paranoia en su mente solían producirse los días que olvidaba trasegar los fármacos que le mantenían en la realidad. ¿Paranoia? No sabía. A lo mejor no eran paranoias. Aquellos sujetos no le habían gustado nada. Aquellos cien euros prometidos… no se creía nada. ¿Quién iba por ahí regalando los euros a cientos? Nadie. No seas ingenuo, Juan Carlos. Nadie regala nada. Lo decía la canción. De los Ilegales, creía recordar. Mira, todavía era capaz de recordar temas de los Ilegales. Quizás sí que se había tomado la medicación.

En la cantina del mercado, Alpáñez y Martín Varas habían pedido unas pijotas y las esperaban con sendas cervezas heladas acomodados en la barra. Vieron alejarse a Juan Carlos entre las mesas y lo perdieron de vista al salir a Feria.

—¿Qué nos está pasando, Carolino? Las ratas desconfían de nosotros.

Juan Carlos, cambio de escena. Veladores del Piola. Una pareja que se hace arrumacos. Levantan la vista, enfocan la figura encorvada de Juan Carlos. La figura encorvada se arrodilla. Junta las palmas de las manos en posición de súplica.

—Por favor, por favor, por favor… veinte céntimos me faltan para un café.

—No tenemos na.

—Por favor, por favor, por favor…

La pareja vuelve a lo suyo, a mirarse a los ojos y a sonreírse. Juan Carlos no se va.

—Oye, de verdad que no.

Juan Carlos insiste.

—Qué pesado — masculla la muchacha con cara de fastidio.

Juan Carlos no se da por vencido, tiene tiempo de sobra para

quedarse ahí arrodillado, sin prisa, sin nada mejor que hacer, mirando al suelo del Piola, esperando. No se está mal ahí de rodillas, enfocando los papeles sucios en el suelo, un resto de tostada. ¿Todavía hay gente desayunando a la una del mediodía? Pues sí. Míralos. Con su café, su zumo y su tostada. Estos modernos son la hostia. ¿A qué hora comerán? ¿A las cinco de la tarde? Las papeleras vacías. Hay una papelera en cada mesa. Disposiciones del Ayuntamiento. Papeleras de plástico, parecen las papeleras de los váteres, dan un poco de asco cuando estás comiendo esas papeleras de váter. ¿A qué hora almuerza la gente de hoy en día?

—Oye, tío. Por favor, levántate y vete.

Levántate y camina, Lázaro. Pero Juan Carlos no es un Lázaro cualquiera, no resucita ni a la de tres. Solo si le das esos veinte céntimos que le faltan para un café.

Ve aparecer otra vez a los *freelance* por la esquina de Relator, los descubre con el rabillo del ojo. Hostias, otra vez los fotógrafos, descubre que les tiene miedo. Ahora sí que tiene motivos para no levantarse, a lo mejor, si no se mueve… no lo descubren, pasa desapercibido.

Los fotógrafos continúan sin detenerse Alameda adelante hacia la otra punta. Juan Carlos se levanta y se va.

Cambio de velador. Un chaval pegado a su móvil con un zumo por la mitad.

De rodillas y la cantinela:

—Veinte céntimos me faltan para un café.

—No tengo nada.

—Por favor, por favor, por favor…

Está claro que este tipo no va a soltar ni un duro.

Cambio de velador. Cuatro amigos, tres cafés, una copa de anís, un vaso de agua.

De rodillas y la cantinela.

Los cuatro amigos ni lo miran, como si no existiera. Una señora se acerca a Juan Carlos.

—Tome, señor. Levántese.

Le hace entrega de un euro. Juan Carlos se levanta.

—Muchas gracias, mi arma.

—De nada, hombre.

Le viene un mal olor, es él el que huele mal. Hace muchos días que no se ducha, que no se cambia la ropa. Toma aire por la nariz. ¿Sí? ¿Tan mal huele? Ahora no se lo parece, además da igual, ya se duchará cuando llegue a casa. O no, porque no tienen agua caliente y el agua sale fría de cojones. No quiere morir en la ducha.

La señora continúa su camino, los cuatro amigos no se han

percatado de nada, totalmente indiferentes a lo que suceda fuera de los límites de su velador, de sus cafés y de su copa de anís, ese es su mundo y no les interesa otro. Juan Carlos no existe, ni su mal olor, ni siquiera la señora que le dio un euro. Todo eso fuera, eliminado.

Cambio de velador. Juan Carlos compone una figura encorvada, la cabeza enfocada hacia el suelo, sus ojos descubren su propio calzado, sin cordones, la suela despegada, parece que las botas tengan hambre con las punteras abiertas. Pero ahora es más urgente conseguir esos veinte céntimos. ¿Para un café? Ya no recuerda si lo quería para un café o para un bocadillo. ¿Se ha tomado hoy la medicación? No lo sabe, no hay modo de saberlo.

Cambio de escena. Se va del Piola, cruza la Alameda hacia el Corral de Esquivel. Ya no tiene ganas de café. Quizás sí que empieza a tener hambre. Entonces habrá que pedir para un bocadillo. Cambio de cantinela: Por favor, veinte céntimos me faltan para un bocadillo.

Los fotógrafos caminan por la acera del Esquivel hacia el palacio de las Sirenas. Por supuesto, no son fotógrafos. Hará cosa de un par de meses les robaron esas cámaras a los que parecían unos turistas nórdicos. Robo con intimidación y arma blanca. La verdad es que dan el pego, parecen fotógrafos de verdad. Pero ni puta idea de fotografiar.

Un perro se le acerca, lo huele con curiosidad, es un chucho más bien grande de raza indefinida, no es que Juan Carlos entienda mucho de perros, entiende poco de nada, la verdad. ¿Se tomó hoy la medicación? Uf, no recuerda. Ese perro le cae bien, lo acaricia, lástima que no tenga veinte céntimos para un café, ¿o era para un bocadillo?, no sabe, pero está seguro de que el perro se los daría con gusto, pero el perro es tan pobre como él. Sigue recto. El perro no le sigue. Comprende que no le va a sacar nada.

FICHAJE DE PEPITO POR EL SEVILLA

—Hombre, Pepe. Eres Pepe, ¿verdad?

Alpáñez y Martín Varas abordaron a Pepito el Colgado en la calle Santa Clara donde ejercía de gorrilla cuando Curro el aparcacoches habitual faltaba por cualquier asunto.

—Sí… soy Pepe — contestó el Colgado.

—Mira, Pepe… somos ojeadores del Sevilla y te hemos visto tocar el balón, y… macho… tienes un toque espectacular — adulaba con gran sonrisa Martín Varas al Colgado.

Pepe escuchaba serio con un ojo puesto en el Ford que avanzaba por la calzada. Había un hueco a la altura de la frutería, era su deber mostrárselo al coche que ya enfilaba hacia la esquina con Hombre de Piedra. Pero los dos sujetos seguían a lo suyo.

—El caso es que nos gustaría hacerte una prueba y, si sale bien, deberíamos hacerte también un reconocimiento médico para comprobar que no sufres lesiones, que seguro que no.

—¿Pero cuándo? ¿Ya? ¿Ahora?

—Cuanto antes mejor, Pepe. El mercado de fichajes se cierra en una semana y hay poco tiempo.

Pepito el Colgado dijo «un momento», y echó una carrerilla hacia el Ford que avanzaba al ralentí buscando un hueco para aparcar. Pepe se le puso delante y le indicó con su brazo derecho extendido el hueco que le esperaba. Comenzó la maniobra, dos volantazos a la derecha, otro a la izquierda, un poco más hacia adelante, otro poco más hacia atrás… hop. Aparcado. Salió el sujeto del automóvil, rebuscó en los bolsillos de su pantalón hasta encontrar un euro.

—Toma, Pepito. Y buenos días.

—Buenos días, caballero. Y muchas gracias.

Se acercaron Alpáñez y Martín. Pepe contemplaba su euro y lo juntaba luego con las otras monedas en el bolsillo de su rozado gabán.

—Pepe… esto son miserias. Si te ficha el Sevilla nunca más tendrás que humillarte por un euro — intervino Carolino Alpáñez.

—¿Humillarme? Yo no estoy humillao. Estoy trabajando.

—¿Trabajando? No sé qué decirte — dijo ahora ya más serio Cabo

Martín.

—Quillo, Pepe, es una lástima que estés aquí tirado en la calle por un euro miserable cuando te espera la fama — apoyó Alpáñez.

—Tú vales mucho, chaval. Toda la gente que te ha visto jugar lo dice.

—¿Pero qué gente? No sé de qué me estáis hablando, francamente.

Pepito justamente esa mañana estaba en período lúcido. No se acordaba bien de lo que pudiera haber dicho o hecho el día anterior, pero sabía que su mente tendía a descontrolar y tenía que ser cuidadoso. Era mejor negarlo todo antes de comprometerse a nada con nadie. Por si acaso.

—Entonces… ¿no quieres intentarlo? Hay un montón de gente esperando y que quiere verte jugar, Pepe. Pruébalo, si no va bien lo dejamos correr y a otra cosa.

Pese a todo, pese a su conciencia ahora lúcida, algo cosquilleaba en el estómago de Pepe. ¿Y si hubiera algo de verdad? Hombre… él le daba bien al balón, tenía toque, eso seguro. Y aquellos dos tipos parecían serios. Pepito siempre tuvo condiciones de diez, sabía levantar la vista cuando conducía el balón y sabía dar el mejor pase. ¿Qué perdía por probar?

—¿Y a dónde tenemos que ir?

—Aquí cerca. Tenemos unas instalaciones nuevas con un pequeño espacio con dos porterías. Nada… se trataría de que le dieras un par de toques, un chut, un poco de carrera, y ya te digo, si el míster queda contento…

—¿El míster? ¿Es que está aquí el míster?

—Claro, Pepe, ya te hemos dicho que esto va en serio.

—¿Y el míster está aquí?

—Que sí, Pepe. Sin problema.

—Pero aquí… ¿dónde?

—Aquí al lado, Pepe. Tenemos unas instalaciones que…

Pepe el Colgado estaba colgado pero siempre fue un buen lector. Leía cualquier libro que cayera en sus manos. Y le gustaba leer la prensa todos los días. Y especialmente los deportes.

—El míster está en Kiev con el primer equipo.

Alpáñez era muy rápido y salió rápido del atolladero. No así Martín que se le había puesto cara de nos ha pillado este hijo puta con todo lo colgado que está. Menos mal de Alpáñez el ágil.

—Ya lo sabemos que está en Kiev pero te va a examinar su mano derecha.

—¿Monchi?

—Creo que sí, Monchi.

—¿Monchi?

Alpáñez calló. No quería meter la pata. ¿Monchi? No eran muy aficionados al fútbol. Monchi le sonaba, pero…

—Bueno, mira, Pepe, tú mismo. Si te interesa te vienes y te hacemos la prueba, y si no pues nada, ahí te quedas aparcando coches y a otra cosa mariposa. Pero luego no nos busques más. Estas cosas vienen una vez en la vida.

—¿Cómo te llamas de apellido? — preguntó Martín para cambiar de tema.

—Sánchez Bustillo.

—Coño, qué buen nombre para llevar en la camiseta: ¡Y con el número 10, Sánchez Bustillo!

Pero Pepe no estaba tranquilo. Algo discordaba en todo aquello. No parecía gente del fútbol. Lanzó una sonda.

—Hombre… yo iría en todo caso de suplente de García, ¿no?

—¿García?

—Sí… García. Yo jugaría ahí, ¿no? Suplente de García.

—Claro, sí… bueno, eso es cosa del míster, ¿no?

—Ya, claro. Bueno, pues… ahora, cuando acabe de aparcar…

—No, hombre, pasa ya del rollo de aparcar. Tienes que cambiar la mentalidad. Se acabaron las miserias — se estaba poniendo nervioso Carolino.

—Bueno, sí, aparco un coche más y…

—Que no, Pepe, que no, que se acabó lo de aparcar. Se acabó el rollo gorrilla. ¿Qué necesitas, veinte pavos para tus gastos? Toma cincuenta. Pero vente ya con nosotros — se sacó Alpáñez de su bolsillo un billete de cincuenta euros e hizo ademán de ir a dárselo.

No había ningún García en la plantilla del Sevilla. Miró para un lado y para otro, tuvo miedo, presentía que iba a pasar algo horrible. Le entraron ganas de trincar aquellos cincuenta euros, pero no se atrevía. Estaba indeciso. No sabía cómo lidiar aquella situación. Pero si algo tenía claro Pepito es que los dos tipos aquellos no tenían ni puta idea de fútbol ni del Sevilla ni nada de nada. Estaban delante de la tienda de Santa Clara y justo entonces salió el tendero a fumarse un cigarrito en la puerta. Vio a Pepito con aquellos dos sujetos. Manolo le tenía cierta simpatía a Pepito el Colgado.

—¿Pepito, qué pasa, hombre?

—Manué…

Y Pepito se quedó callado, cortado, sin saber qué decir. Alpáñez y Cabo Martín suspendieron inmediatamente la caza y optaron por la retirada.

—Bueno, Pepe, pues nada. Hasta la próxima.

No dijeron más. Se retiraron por Santa Clara hacia la plaza de San

Lorenzo.

—¿Quiénes eran esos, Pepe?

—No sé… dos directivos del Sevilla, dicen.

—¿Dos directivos del Sevilla? ¿Esos dos?

Ya estaba Pepito con sus fantasías con el Sevilla. Se sonrió el tendero.

—¿Y qué? ¿Te van a fichar por fin, Pepe?

—¡Qué va! Esos ni eran directivos del Sevilla ni na de na.

—¿Ah, no? ¿Y qué querían?

—Esos dos eran muy raros, Manué.

—Iban muy arreglaítos, ¿no?

Arreglaítos. Eso es lo que le había llamado la atención a Manuel el tendero. Lo arreglaítos que iban a aquellos dos sujetos. En fin… no le dio mayor importancia. Pero Pepito sí. Le habían dado mal rollo aquellos dos arreglaítos.

—No me han gustao un pelo esos dos, Manué.

—¿Por qué? ¿Te han dicho algo?

—Me han dicho que eran directivos.

—¿Eso te han dicho, Pepe?

—Querían llevarme a no sé dónde para hacerme una prueba.

—¿Sí? ¿Ahora?

—Sí, sí… ahora mismo.

—¿Y por qué se han ido?

Cierto. Se habían ido nada más ver aparecer al tendero.

Manuel entendió que aquellos dos individuos se estaban riendo del pobre Pepito. Qué hijos de puta. ¿Cazatalentos? Ni de coña.

—Bueno… me voy. Tengo que irme.

—¿Ya te vas Pepito? — se interesó el tendero.

—Sí, Manué. Me voy.

No pasaba ni un coche aquella mañana por Santa Clara, la calle estaba solitaria y tristona, los comercios no hacían demasiado negocio, la farmacia, la frutería, el bar de la esquina… Pepito. Pepito había aparcado un coche. Un euro le había dado el hombre, ni mucho ni poco. Pero ahora tenía que irse. Se fue mirando de vez en cuando para atrás. Pepito el Colgado, o Pepito el Loco, daba igual loco o colgado, Pepito tenía la piel dura y áspera de los supervivientes, y una desconfianza innata con los psicópatas, detectaba la sinrazón al instante, y aquellos dos individuos, el de la coleta y el otro con la cabeza rapada, le daban mal rollo. Pero además una locura chunga, dañina, y Pepito supo que le iban a hacer daño, sin ninguna duda, solo había que oírlos, el tono de voz, la mirada, la zalamería, y aquel cuento del Sevilla, por Dios, Pepito alucinaba y se creía sus propias

alucinaciones, pero no se creía las alucinaciones de los demás, eso hubiera sido ya demasiado y él no estaba tan loco. Pepito supo desde el primer momento que se estaban riendo de él, y no solo se trataba de reír, es que lo peor es que le querían hacer daño. ¿Cuántos días hacía que Curro no aparecía por Santa Clara? ¡Hostia! Tuvo de repente un pálpito, supo que Curro estaba muerto, ¿por qué? Aquellos dos tipos… joder… se sintió enfermar. ¡Dios, Curro! Había cosas que Pepito sabía y no tenían vuelta de hoja. Así era su cuelgue.

Volvieron al cabo de dos días a por Pepito el Colgado. Pero ya no estaba. No había nadie aparcando en la calle Santa Clara. Tentados estuvieron de preguntar por él al tendero de Santa Clara. Pero no; hubiera sido un error.

Yo vivía entonces en la calle Guadalquivir, desde mi balcón tenía una buena vista sobre la esquina de Santa Clara con Hombre de Piedra, por ende sobre la frutería de Manuel el frutero, siempre contento y cantando coplillas y canciones antiguas, o modernas, el cancionero de Manuel era amplio y variado con su voz de tenor y su sonrisa.

—¿Cómo están esas patatas, Manuel?

—Las papas buenísimas, extraordinarias, ¿qué le pongo, doña Encarnita?

Algunas clientas recibían tratamiento de doña, otras no, simplemente el nombre, Carmen, Mari o lo que fuera. Hombres compraban pocos. A mí me llamaba por el nombre pelado, Adelardo, hola qué tal, ¿cómo están esos alcauciles? Extraordinarios, riquísimos. Ayer me llevé un kilo para mi casa.

Y mientras hacía su elogio de los alcauciles ya te estaba despachando.

—¿Un kilo?

—No, no, Manuel, ponme medio kilo. Suficiente.

Manuel el frutero era buena gente, trataba medio bien a los gorrillas, echaba migas a los gorriones, acariciaba a Inca y me ganaba el corazón. Los dos manueles se parecían y despertaban en mí muy parecidos sentimientos.

—Oye… Manuel… hace unos días que no veo por aquí al Curro. ¿Le habrá pasado algo?

—Pues sí que tienes razón. Lleva sin venir por lo menos cuatro días. Y era raro porque Curro no fallaba un día sin venir por aquí.

—¿Y Pepito tampoco aparece, no?

—Pues ni idea. No sé.

Tampoco nos importaba tanto ni Curro ni Pepito como para seguir mucho más con tal conversación. Manuel me preguntaba por el

trabajo, pero el trabajo iba fatal, o no iba. Ya no me llamaba nadie ni para trabajar ni para nada, en verdad. Estaba muy solo y empezaba a pesarme. Cuando vivía con Adela y los niños siempre estaba deseando quedarme a solas en casa, sin visitas inoportunas, sin citas, sin tener que salir obligatoriamente a beber cervezas y hablar sin fin, más bien escuchar en mi caso, porque nunca me supe imponer y los conversadores me hacían callar, me arrebataban el turno sin piedad, me dejaban con la palabra en la boca. Solo me sentía fuerte cuando tocaba el saxofón y nadie podía hacerme callar, nadie me arrebataba la palabra, o más bien la música. En fin… ahora ya ni eso. El saxofón me pesa quintales, me hice mayor, me duelen las manos con la puta artritis.

MARTÍN SE CONFIESA

En el Vizcaíno se reunían a beber cerveza unos cuantos indigentes ilustres: Valor, Picapiedra, César… y también el Primo, que no era un sin techo pero vibraba muy parecido a ellos. Cabo Martín se acercaba también por aquellos corrillos, le gustaba beber acompañado y el Primo le caía bien. Al final el Primo y Cabo congeniaron en aquellos corrillos del Vizcaíno. Tomando cervezas se cimentaban las amistades. No hacía falta más. Uno de aquellos mediodías coincidieron los dos, sin indigentes añadidos.

—Hombre, Cabo, se te saluda. ¿Qué haces por aquí tan solitario?

—Ya ves… tomando unas birras. Pensando en mis cosas…

—¿Ah sí? ¿Y qué cosas son esas si se puede saber?

—No sé… nada.

—¿Nada?

Se les acercó una muchacha dando algún tumbo, les habló con voz aguardentosa:

—Buenos días, caballeros, estoy juntando algunas monedas.

Martín Varas la interrumpió al momento:

—Oye, por favor, no molestes, este señor y yo estamos hablando.

La pedigüeña fue a decir algo pero la mirada de Cabo Martín la contuvo. Dio media vuelta y se marchó.

—Esta gente… toda esta gentuza… son un verdadero coñazo, ¿no? Yo es que estoy ya hasta los cojones de tanto pedigüeño y tanto indigente todo el día pidiendo. Trabaja, coño. Es que no les da la gana de doblarla, o de buscarse la vida con lo que sea; prefieren pedirte un euro, a nosotros que tampoco es que seamos millonarios, ¿no? Vete a tomar por culo, hombre. Lo poco que gano te lo voy a dar a ti. Y una mierda.

—Sí… claro.

—Yo… yo no tengo manías, ¿sabes? A mí que no vengan a darme el coñazo porque es que me sale la mala leche y…

—¿Y?

—No me tires de la lengua.

Cabo necesitaba contar sus hazañas en el semisótano de la calle

Santa Ana. Lo sentía como una hazaña. Había que tener dos cojones para torturar y ejecutar a un desgraciado de aquellos. Constató que tenía acabada su cerveza.

—¿Una cervecita, Primo?

—Claro. Y pide también unos altramuces.

Martín entró en el Vizcaíno. A aquellas horas del mediodía estaba abarrotado, saludó a un par de conocidos, llegó a la barra donde fue atendido con eficacia y rapidez.

—Dos cervezas y unos altramuces, por favor.

Pagó lo justo, salió a la calle donde le esperaba el Primo. Se sentaron en los escalones de la capilla de Montesión, repartió las cervezas y puso sobre la piedra el platito de altramuces y otro vacío para las pieles.

—¿Sabes? A veces… le he tenido que soltar un par de hostias a un desgraciao de esos… y no me arrepiento. Bien dadas quedaron.

Sorbo de cerveza y altramuz.

—No seas guarro, coño. Echa aquí el pellejo — reñía el Primo a Cabo Martín por no depositar la piel chupada del altramuz en el platito.

Siguió Martín Varas como si nada.

—Tú conoces a mi colega Alpáñez, ¿no? Alpáñez lo tiene clarísimo. Todo lo que te cuente es poco.

Sorbo de cerveza, altramuz, pellejo escupido otra vez al suelo.

Sí, todo lo que me cuentes es poco, se dijo a sí mismo el Primo. Se daba cuenta de que Cabo quería contarle algo pero no se decidía. La curiosidad empezó a picarle, pero decidió ser paciente.

Estuvieron un rato en silencio mientras bebían sus cervezas.

Pasado un tiempo a Martín se le desató la lengua.

—Así que hemos puesto en su sitio a un par de impresentables que te aseguro que ya no volverán a robarle a nadie el monedero. Cortamos de cuajo ciertos comportamientos que aquí en nuestro barrio no tienen cabida. No se pueden tolerar.

—Vaya… ¿y cómo?… ¿Qué les habéis hecho?

—Bueno… no es fácil, ¿sabes? Porque esta gente tiene mala leche. Violencia interna, ¿sabes? Si yo te contara…

—Pues cuenta.

—No, no… Primo. No te puedo contar más.

Pensó Cabo que acababa de meter la pata sincerándose con el Primo. Llevaba algún tiempo queriendo conectar con él. Había tenido el pálpito de que el Primo era como ellos, de que incluso podía haber sido su compinche. Sí, le gustaba el Primo, le hubiera gustado que fueran socios, pero Alpáñez no se fiaba de nadie. Y Martín Varas llevaba mucho cuidado con Alpáñez.

—Primo…

Había metido la pata.

Si se enteraba Alpáñez se iba a enfadar bastante, y no te digo nada si se enteraba Ricardo. Joder… ¿por qué era tan bocazas?

—Primo… olvida todo lo que te he dicho. En verdad estaba fantaseando.

—¿Ah, sí? Pues te digo yo que hay quien se merece un par de hostias.

—Claro, pero no…

¡Ostras! qué insidioso era el Primo, cojones. Déjame ya.

En verdad había metido la pata.

Bebió el Primo un largo trago de cerveza y luego se arrancó:

—Una vez le metí fuego a un hijo de puta, un guarro que daba grima solo de verlo.

—No jodas… ¿eso hiciste?

—Sí, bueno, yo y otros dos conmigo.

—¿Seguro? No te veo yo quemando a nadie. ¿Cómo lo hiciste?

—Con gasofa. Y un mechero. Nos fuimos corriendo y no sé cómo acabó la cosa. Era un impresentable. Se lo merecía.

—Ya… — Lo miraba Cabo Martín con duda. No se lo acababa de creer.

—¿Qué pasa? ¿No me crees capaz?

El Primo tenía una mirada feroz. Y aquella sonrisa lobuna… Cuánto le gustaba aquella sonrisa a Martín Varas. Se sintió atraído por él. Y qué carajo, le creía. Le creía capaz de abrasar a un desgraciado. Necesitaba creerle. El Primo era un sujeto fuerte y mal encarado.

—Derramamos sobre su cabeza una botella de agua de litro y medio, pero en vez de agua iba llena de gasolina, chasss, toda la botella sobre las greñas del hombre. Estaba durmiendo en un cajero, ¿sabes lo que te quiero decir?, en una caja de ahorros.

—Ya, ya… te entiendo. ¿Y qué pasó?

—Bueno… encendí mi Zippo y el metí fuego, flashhh, qué espectáculo.

Quedó el Primo rememorando el espectáculo, las llamas, absorto en su recuerdo.

—Luego nos fuimos corriendo.

Y entonces, sentado en los escalones de la iglesia de Montesión, con una cerveza helada y un platito de altramuces, Cabo Martín Varas se sinceró con el Primo y le contó sus hazañas en el semisótano de la calle Santa Ana.

PEDRO Y LA GITANA

Una noche borracho como una cuba, Pedro acabó sentado a los veladores de la Norte, con la gitana del romero. No sabía ni cómo ni porqué pero allí estaba trasegando cerveza tras cerveza. Raro porque nunca hubo amistad con aquella gitana de la que no sabía ni el nombre. ¿Rosario? Creía recordar que sí, que se llamaba Rosario. Y entonces, oh casualidades de la vida, acertaron a pasar por allá los fotógrafos de pega, se fueron a sentar a las mesas de la terraza, pero vieron a la gitana y retrocedieron.

—Niño… ¿has visto esos?

—¿Quiéne?

—Esos… esos de ahí.

Se levantó como el rayo de la silla, sorprendentemente ágil la gitana.

—¡Eh, eh! ¡Vusotro! ¡Niño…! ¡Eh, eh!

Alpáñez y Cabo saltaron como dos resortes, sabían que eso podía pasarles en cualquier momento, y ahora estaba pasando, se levantaron de sus sillas, se dieron a la fuga, piernas ayudadme, corrían como liebres asustadas y la gitana detrás. Cayó derribada alguna silla, gran clamor, ¿qué pasa?, la gente se levantaba de las sillas creyendo que pasaba algo malo, ¿pero qué pasa?

—¡¡Eh, eh, niño, niño, tu puta madre, cabrones, venirse aquí conmigo, cabrones!!

Pedro estaba tirado de la risa, los clientes del bar lo miraban entre asustados y sonrientes, cayó un reguero de sillas al paso de los dos hombres que huían apresuradamente, clink, clank, clonk, derribando mesas y sillas y tapas de cola de toro y cervezas, qué desperdicio. Ya cruzaban Alpáñez y Cabo Varas la calzada y entraban en el tramo central de la Alameda, y miraron a sus espaldas y pudieron comprobar que la gitana proseguía tras de ellos, no cejaba en su persecución. Y, ahora sí, sin impedimenta de mesas ni sillas en su camino, los dos hombres ganaron velocidad y dejaron pronto atrás a la gitana Rosario. A Pedro le había entrado un ataque de risa. Y miró a su alrededor, la gente sentada en las sillas del Piola, o de pie en la Alameda, la gente reía con ganas viendo a los dos hombrones huir de la gitana. Como

liebres corrían, y la gitana detrás diciéndoles de todo. Y Pedro muerto de la risa en los veladores de la Norte mientras los camareros recogen las sillas derribadas y ya vienen a llamarle la atención a Pedro:

—Oye, oye, aquí no se puede… no se puede…

—¿No se puede qué?, ¿reírse? Dios, es que muero con la gitana. Es que es demasiado esta mujer.

Sí que es verdad, la gitana del romero es demasiado. Pero los camareros ponían mala cara. Nunca les hizo mucha gracia tener gente de esta ralea merodeando por los veladores de la Norte, mucho menos les gustaba verlos sentados a las mesas, pero si encima protagonizaban escenas de persecuciones y sillas y mesas derribadas la cosa se ponía ya para llamar a la Policía, que al fin y al cabo estaba allí al lado, una flamante comisaría de la Policía Nacional llena de guardias con pocas ganas de correr detrás de nadie. Optaron por no correr, mejor preguntar a Pedro. No tardaron mucho en aparecer dos nacionales. Conocían a Pedro.

—Pedro…

Pedro se había levantado de la silla que ocupaba en la Norte y se marchaba ya, pero lo interceptaron antes.

—Pedro… ¿qué ha pasado? ¿Por qué corre la gitana?

—No tengo ni idea, señor Agente. Estábamos ahí tan tranquilos y de pronto…

—Tan tranquilos no estaríais.

—Pues sí que lo estábamos. Pero mire… esos dos mangurrinos, los fotógrafos… no sé qué coño le habrán dicho a la Rosario que se ha puesto hecha una fiera.

Rosario quiso volver con Pedro pero cuando lo vio rodeado por la autoridad frenó en seco, dio media vuelta y a paso ligero cruzó la Alameda y se perdió luego Relator abajo. Tiempo habría de contarle a la familia la calaña de aquellos dos falsos fotógrafos. Llegó al Pumarejo, vio un coche de la Policía Local parado frente al bar Mariano, el de los caracoles. Casi mejor olvidar a los dos desgraciaos aquellos y seguir con lo mío — pensaba Rosario—. Sí que le hubiera gustado contarle a Pedro toda la historia con los mangurrinos, pero no era el momento. Rosario sabía que algo muy duro sucedía en aquel semisótano de Santa Ana. De hecho comenzó a tomar conciencia de que la querían liquidar. ¿Liquidarme, a mí? ¿Aquellos dos niñatos de mierda? No sabían dónde se estaban metiendo. De momento no le iba a decir nada a su marido, porque si el Venceslao se enteraba de que le habían puesto la mano encima a su mujer olvídate de la vida plácida y tranquila. Habría muerte y desolación. Su Venceslao era un ángel de los infiernos. No, mejor mantenerlo al margen.

Los camareros de la Norte recogían las sillas derribadas en la huida

de los fotógrafos.

Pedro acababa de contar a la Policía lo poco que sabía del incidente, es decir, nada. Y era verdad, no sabía nada.

Regresaron los policías a su comisaría.

Al final también la gitana reía y volvió con una gran sonrisa a los veladores de la Norte donde Pedro la esperaba.

—Me cago en la leche, qué buenos raticos me haces pasar, Rosario, no hay otra como tú.

—Pues díselo a mi marío.

—¿No te valora el Gitano, Rosario? Con lo que tú vales.

Pedro se lo contó a Pepito el Colgado y el Colgado al Primo, que me lo contó a mí.

PARTE CUARTA

FINAL

CONTACTANDO CON ÓSCAR VALOR

Los abordaban en cualquier lugar. Primero conquistaban su confianza, se hacían los simpáticos dándoles monedas, comprando su romero si ofrecían romero, o postales o lo que fuera, o nada. O los invitaban a unos litros de cerveza. Y otro día se les decía que eran fotógrafos de una revista, que estaban haciendo un reportaje sobre la indigencia en la ciudad. Necesitaban modelos para hacer algunas fotografías. «¿Modelos cómo?». «Pues eso, modelos. Gente de la calle como tú, bohemios, vividores, gente libre de la calle. ¿A ti te molaría hacer de modelo para nosotros y ganarte unos euros?». Cincuenta euros por unas fotos en su estudio aquí al lado, a cien metros de donde estaban.

Así captaron a Óscar. Fue hacia las nueve de la noche. Se habían conocido un par de días antes. Alpáñez, con sus dos metros de altura, la negra cola de caballo, el pendiente de plata en la oreja izquierda y su sombrero de ala ancha tenía un aspecto impresionante. Quizás hasta atractivo. Y su amigo Cabo Martín no desentonaba: chaqueta de cuero, cuello y brazos tatuados. Podían pasar perfectamente por dos fotógrafos *freelance*. A Óscar, desde luego, se lo ganaron inmediatamente. Además sacaban sus carteras repletas de billetes y pagaban con suma facilidad copas y tapas.

—Sí, compi, esto es todo una mierda. La gente está podrida. Vosotros sois el último reducto de gente libre en la ciudad. Sí, no te rías, te lo digo muy en serio. Fíjate en ti: sin ataduras ni hipotecas, sin horarios y sin tener que soportar ningún jefe hijo de puta. Hoy duermes aquí y mañana en otro sitio. Haces lo que te da la gana, compañero. ¿O no te habías dado cuenta?

Óscar sonreía.

—Paso mucho frío, compañero. Si no fuera por el frío…

—Tío, pues una manta, un saco de dormir… eso tiene arreglo.

—Ya… pero hace mucho frío… por las mañanas. Y me hacen madrugar por cojones. No te creas que no madrugo.

—Vaya… bueno… por supuesto, ser libre no sale gratis. El caso es que queremos hacerte esas fotos. Un par de sesiones a cincuenta pavos cada sesión de una media horita, cien pavos. ¿Cómo lo ves?

Óscar Valor lo veía estupendamente.

Se volvieron a encontrar al día siguiente en el Servando de San Lorenzo. Otra vez a las ocho de la tarde.

—¿Qué pasa, hombre? ¿Te apetece una cervecita? ¿Botellín o caña? Botellín. Pues te estábamos buscando, ¿sabes?, nos ha dicho tu compinche que parabas por aquí. Sí, para empezar ya con lo de las fotos que te dijimos ayer. Cien pavos. ¿Te parece bien? Sí, sí, ahora… ¿por qué no?, cuanto antes mejor. Pero vamos primero a tomar unas birras, ¿no? Tenemos tiempo para todo.

Óscar empezó a sentirse bien con aquellos fotógrafos, y viceversa, también los dos fotógrafos parecían estar muy a gusto en compañía de Valor. Se recorrieron el barrio, los bares antiguos y nuevos de la Macarena, las franquicias de la Alameda, las bodeguillas de toda la vida, los bares del mercado de Feria… tres cervezas, y otras tres, y otras tres…

—Toma, líate un pitillo, ¿no?

—Los que tú me digas, compañero — aceptaba Óscar con gusto la tarea.

—Esto es crema, amigo Valor. No hay ni que calentarlo.

—Esto no lo fumas tú todos los días. ¿A que no?

—Bueno… no creas — no le gustaba a Óscar que le dijeran que fumaba mala grifa—. Por aquí corre un polen muy…

—Muy malo, amigo. Muy malo. Malo y sequerón.

—¿Sequerón?

—Sí, seco. Sequerón.

Torció el gesto Óscar. No le agradaba aquella prepotencia de suponer que lo tuyo es siempre lo mejor. Pero se calló, miró al cielo, respiró.

Y así fumaron y bebieron y finalmente llegaron al garito a la vera de las Madres Carmelitas en Santa Ana.

—Hemos llegado — anunció Alpáñez, abrió la persiana metálica, rassss, hacia arriba con la ayuda de Martín Varas.

—Qué oscuridad, ¿no? ¿Aquí tenéis el estudio?

—Aquí — respondía Alpáñez en la oscuridad.

—¿No hay luz? No se ve un carajo.

—Por aquí… — señalaba el camino Martín. Poco a poco los ojos se habituaban a la negrura—. Por aquí, por aquí… ya estamos. Abrió la puerta y entraron en el pequeño cubículo con la silla de enea en el centro. Prendió Alpáñez la luz. En cuanto se iluminó la estancia y echó una mirada a su alrededor y vio la mesa con todos aquellos instrumentos de tortura alineados sobre ella, y vio cómo les cambiaba la cara a los dos fotógrafos, Óscar Valor supo que se había metido en la boca del lobo. Se le secó la boca sin transición. Cerró los ojos,

¿estaba soñando?, abrió los ojos, todo seguía igual. Buscó la puerta, buscó alguna salida, miró a los ojos azules de Alpáñez, luego a los marrones de Martín Varas. Se ahogaba, ¿por qué? El miedo. Era el puro miedo que no le dejaba respirar. Alpáñez se situó a su espalda, le puso una mano en el hombro. Se acabaron las amabilidades.

—Desnúdate.

—Pero… ¿qué? — no le salían las palabras a Óscar. Las miradas intimidatorias de los fotógrafos le habían dejado mudo. ¿Qué coño estaba pasando? Miró a Martín Varas, buscó sus ojos y encontró la misma determinación: no había marcha atrás. No había escapatoria. No había alternativa. Se desnudó en silencio. Pensando rápido. ¿Qué le iba a pasar?

—Siéntate ahí — le señalaron la silla, se le pasó la borrachera de golpe. Pero a ellos no. Se habían tomado mil cervezas y seguían igual de trompas que al entrar. Alpáñez parecía más sereno pero la decisión de posponer la sesión salió de él.

—Quillo… Cabo… yo no sé tú, pero yo llevo un colocón que no sé yo… ¿eh? ¿Tú cómo estás?

—Si te digo la verdad… deseando coger la piltra.

—Yo, desde luego, no tengo cuerpo para ponerme ahora con este desgraciado porque voy a potar en cualquier momento y no quedaría bonito.

—No, claro, claro. Entonces, qué… ¿qué sugieres?

—Pues… dejarlo para mañana a primera hora.

—Desde luego estaremos más frescos. ¿Y este qué? ¿Lo dejamos aquí amarrado?

—Aquí no molesta a nadie. Y lo tiene chungo para escaparse.

Atado a la silla que a su vez estaba encadenada a un viejo radiador que ya no funcionaba, Óscar los miraba y los escuchaba aterrorizado. Nunca, nunca en su vida había estado en una situación parecida. Ni siquiera podía hablar, impedido por la mordaza. Dios, ¿qué era aquello? ¿Qué iban a hacer con él?

—Descansa, chato, que mañana tenemos faena por delante — se despidió burlón Alpáñez del pobre Óscar.

Venía pensando Pepito el Colgado en la nada cuando los vio entrar en el garito. Era noche cerrada. No miró el reloj porque no tenía reloj que mirar, ni móvil, ni gente por la calle a quien preguntar. Es decir, sí, ahí se le acercaba una pareja de jóvenes por la acera contraria dirección Alameda.

—Hola… buenas noches… ¿tenéis hora, por favor?

Ni contestaron, ni le miraron, ni levantaron la vista del duro suelo. Eran dos jovencitos chico y chica avanzando deprisa por el pavimento:

«¿Quién será ese tío que nos pregunta la hora?». «Nadie». «No sé qué dice». «Creo que pregunta la hora». «Tú pasa de él».

Así que nunca supo qué hora era cuando los Alpáñeces entraron con Valor en el bajo de Santa Ana a la vera de las Madres Carmelitas. Pero sabía que estaban dentro. Y sospechaba sus siniestras intenciones. ¡Hostia puta! Era un momento de gravedad absoluta. No podía olvidar. No podía forzar el olvido, ni excusa ninguna que le dispensara de su obligación. El mismísimo Cabo Martín había confesado un día la naturaleza de aquellos reportajes fotográficos. Sí… aquel día que se le fue la lengua y lo cantó todo en el Vizcaíno. Nadie creyó al Primo en un principio. Nadie, no. Él sí. Estará todo lo colgado que dicen que está, pero fue el único que tuvo la lucidez suficiente para comprender que no era ninguna fanfarronada, que no era producto del alcohol, era la puta y descarnada verdad. Él lo había sentido aquella otra tarde en sus carnes cuando le hablaron de hacerse unas pruebas para hacerse futbolista titular del Sevilla. Llevaron las cosas demasiado lejos, porque Pepito, de vez en cuando veía (interpretaba) como nadie la realidad en todo su esplendor y miseria, y supo que aquellos dos cazatalentos del Sevilla se lo querían llevar al huerto. Y en el huerto no le esperaba nada bueno.

Pepito con su larga barba blanca parecía un abuelo de los de antes, de la época antigua de los profetas o los santones, viejos locos y venerables. Era un ser frágil y desvalido, pero de pronto era capaz de hazañas impensables. Al final, nunca llegamos a descifrar si tales hazañas sucedían cuando se tomaba la medicación o cuando no lo hacía. No lo sabía ni él, que andaba siempre con la eterna duda: «¿Me habré tomado ya la medicación?».

Aquel día, después de ver cómo entraban en el bajo de la ignominia con Óscar Valor, se quedó plantado en mitad de la calzada. ¿Estaba loco? Pues sí, algo loco, pero lo sentía clarísimo en sus adentros, en su insobornable interior donde solo habitaba la verdad: un garito donde dos monstruos sin piedad torturan a una víctima débil y sin recursos. Doblegada. ¿Y qué coño hacer? Es decir… ¿había que hacer algo? Quizás no, porque Pepito está colgado, todos lo saben y lo aceptan así. Pepito no tiene obligaciones, nadie le exige que se inmiscuya en las historias de terror de los demás. ¿Qué historias? No tiene criterio Pepito para opinar, juzgar, comentar sobre los otros. Tiene todo el derecho del mundo para dar la media vuelta y olvidar al pobre Óscar Valor entrando en el garito con los monstruos que le acompañan efectuando labores de guía. «Por aquí, cuidado que está oscuro, cuidado con el escalón, ya estamos llegando».

Pepito estuvo más de media hora plantado frente a la puerta metálica de la calle Santa Ana, y al final los vio salir, Alpáñez y Cabo Martín, pero Óscar no venía.

Se quedó otra media hora plantado en la calle. La mente en blanco. Se podía ir, nadie ni nada le obligaba a tomar una decisión. Se podía quedar. Y eso hizo, se quedó, media hora y otras dos medias horas más. Se acurrucó luego en el poyete de una casa a la vera del convento. Hasta que llegó un vecino y le echó de allá. ¿Es que no tenía otro sitio donde echarse a dormir? Pues sí, tenía la ciudad entera. No se fue muy lejos. Cambió de poyete y en él se durmió profundamente hasta las siete de la mañana en el reloj de la plaza. Despertó y su primer pensamiento fue Óscar Valor. ¿Seguiría dentro del garito? Óscar le hacía tener remordimientos. Joder… ¿le habrían hecho algo? ¿Le habrían hecho daño? Aquellos individuos… tenían malas vibraciones. Desde luego, no era asunto de su incumbencia, pero… es que le daba mal rollo saber que tenían al pobre tipo… ¿Cómo? Ni puta idea, no sabía, pero para nada bueno, eso seguro. Pepito les vio entrar y en verdad no es que lo llevaran a la fuerza, pero lo llevaban engañado. Pepe sabe lo que les hacen a los infelices en aquel garito de la ignominia. Se levantó del poyete y entonces le vino la idea. Enfocó el rumbo hacia la calle Guadalquivir donde vive el sujeto del saxofón. Adelardo.

Yo.

Así es la vida, amigos míos. Con este tipo de casualidades, de cosas que pasan, la hostia, caballeros, señoras, totalmente espectacular. Porque Pepito el Colgado, o el Loco, se plantó en el portal de mi casa y tocó el timbre y se lio a dar voces ¡Adelardo! ¡Adelardo! No eran ni las ocho y media de la mañana. Era la inconfundible voz de Pepito. Joder, Pepito, tío. Es muy temprano. En la calle arreciaban las voces. Me arrastré hasta el balcón.

—Pepe… coño… ¿Qué te pasa? ¿Qué quieres?

Empezó un relato confuso en el que destacaba el nombre de Óscar Valor. ¿Óscar? Desperté un poco más, sentí la necesidad de un vaso de agua.

—Espera un momento. Bajo.

Me puse los pantalones, una camisa, las sandalias. A la cocina y un vaso de agua fresca. Uf… me devolvió un poco más a la vida. ¿Óscar Valor?

DESPERTAR SIN RESACA

Así que a las siete sonó el despertador y Cabo despertó. Se encontraba bien. Sin resaca. Fantástico. Saltó de la cama y puso la radio. Gloria a su lado abrió los ojos, mascullo no sé qué y cerró otra vez los ojos. Sonó el final de *Hey Jude* de los Beatles, y enseguida las noticias. Ostras, se había escapado un tigre del zoo de Barcelona y lo habían trincado en una cafetería de La Cuidadela. Sonó el teléfono. Descolgó. Alpáñez.

—Cabo… ¿te has levantado ya? ¿Desayunamos?

—Bueno… dame quince minutos y nos vemos en Las Columnas.

—No tardes.

Se puso el calcetín derecho pero no encontraba el izquierdo, ¿dónde demonios…? Ah, sí, ahí debajo de la cama. Los zapatos, tensó el cordón para atarse el zapato izquierdo y, ¡chas!, se quedó con un trozo de cordón en la mano. No tenía tiempo para cambiar de cordones, mejor otros zapatos. Buscó en el armario empotrado, los botines buenos. Pantalones, camisa. Sonó el teléfono fijo. ¿Otra vez Alpáñez? No, la Mari, su amante.

—¿Cabo?

—No, se equivoca de número.

Gloria abrió los ojos. No se le escapaba una.

—¿Quién se equivoca de número, joder, a las siete de la mañana?

—Yo qué sé.

—Muy temprano para equivocarse, ¿no?

—Ya te digo — masculló Cabo. Sabía que Gloria dudaba. El olor de la chamusquina.

Acabó de vestirse y salió de la habitación. Rezaba para que a la Mari no se le ocurriera volver a llamar. ¿Pero cómo se le ocurría llamar al fijo a las siete de la mañana? Tenía que hablar con ella muy seriamente. Bueno… no podía hacer más de lo que hacía. Si la Mari llamaba y descubría el pastel… él no podía hacer nada para evitarlo. Digamos que como dijo no sé quién… la suerte estaba echada. ¿Quién dijo esa frase? ¿Herodes? Encendió su móvil, puso el dedo sobre Google y pulsó, Google escuchando: la suerte está echada. Google contestó inmediatamente: César, lo dijo Julio César antes de una

batalla.

Ni se peinó, ni se lavó ni nada de nada, salió tal cual de su casa, sin despedirse de su mujer que había reanudado el sueño y dormía plácidamente y que no suene el teléfono por favor. Se cruzó en la escalera con la coreana del primero.

—Buenos días.

—Hola, buenos… — se quedó a medio saludo la coreana.

Qué buena estás, pensó Cabo Martín. La coreana le sonrió y quiso decirle algo pero Martín no la entendía.

Salió a la calle Amor de Dios, frente al Trajano, caminó hasta Las Columnas, ahí estaba Alpáñez sentado a los veladores con un café solo. Siete y media en punto de la mañana. ¿Un café?

—Café con leche y media con tomate y aceite.

—Marchando — dijo el amable camarero.

Amanecía. La mañana era magnífica. Óscar Valor volvió a los pensamientos de Cabo Martín Varas. El pobre Valor… toda la noche amarrado a la silla de enea en pelotas. Qué frío. Y qué terror. De verdad que no le envidiaba la situación. Y faltaba lo peor. Lo peor de lo peor. Alpáñez en silencio bebía su café negro. Llegó el café con leche y la media tostada de Cabo.

—Ea, ahí tienes — dijo el camarero amable—. Y un vasito de agua.

—¿Cómo estará nuestro hombre? — habló como para sí mismo Cabo Martín.

—Pues de puta madre. ¿Cómo va a estar? — Alpáñez lo tenía clarísimo.

—Claro. De puta madre.

Alpáñez parecía una estrella del cine cuando se disponía a entrar en faena. Tenía una expresión muy suya con los labios como dispuestos a dar un beso, los ojos entornados, aunque claro, luego se tenía que poner el pasamontañas y ya no se le podía ver la expresión. Parecía que no era difícil, parecía fácil con el tipo amarrado a la silla, pero había que tener un par de huevos para aguantar el tipo durante toda una sesión. No era fácil. A veces era demasiado desagradable incluso para ellos, pero había que tragar saliva y seguir sin vacilaciones. Ese era el secreto, o la clave o como le quieras llamar: no vacilar, tenerlo claro y aguantar hasta el final. Determinación. Alpáñez era muy bueno para eso. Sabía cómo hacerlo, sabía mantenerse impertérrito y no ceder. Jamás. Jamás se cedía. Eso era valorado también por los espectadores de la cinta. Ricardo se lo había explicado así: tan importante es el torturado como el torturador. Hay que aplicarse y hacerlo bien, controlando, fríamente y sin excesos. Excesos los justos. Alpáñez entendía muy bien lo que querían de él.

De puta madre. Ahí estaba. Entraron en el garito. Cubrieron sus rostros con sendos pasamontañas. Valor en la silla, desnudo, aterrorizado. Se le saltaban las lágrimas, transpiraba a chorros, se había orinado encima. Alpáñez comenzó la función:

—Bueno, qué… ¿cómo lo ves, Oscarcito? Regular ¿verdad? ¿Quieres decir algo antes de que empecemos la faena? ¿Sí? Quítale la mordaza, Cabo. El hombre quiere decirnos sus últimas palabras. Venga… habla.

—Por favor… por favor… no me hagáis daño… por favor… haré todo lo que queráis, todo lo que me digáis. Pero no me hagáis daño, por favor…

—¿Cuánto hace que no te lavas la cabeza, marrano? Mira qué pies.

Efectivamente, Óscar no llevaba muy limpios los pies.

—Y qué uñas. Negras como el carbón. Ay, Óscar… Los marranos de tu calaña solo se merecen morir. ¿Tú qué dices, Cabo?

—Yo digo que empecemos ya, porque este es capaz de morir de un ataque al corazón antes de comenzar.

—Sí que es verdad. Te va a dar algo, chaval. Respira, hombre.

—Qué asco — dice Alpáñez, cuarenta años, fornido de gimnasio, negra cola de caballo, un verdadero cabeza bolo—. Qué asco — repite —. Pues no se ha meado encima, el muy cochino.

Yo nunca había matado a nadie. Ni siquiera animales. Nunca me gustó dar muerte, si podía evitaba pisar una hormiga o un caracol, pero aquello era diferente.

EL PUTO PANORAMA

A las 8:30 de la mañana entré en Santa Ana 43 y me encontré con el puto panorama. La realidad cambiaba a velocidad de vértigo. Pepito esperaba fuera. No había querido entrar conmigo, el muy cabrón. Me concentré en las inquietantes voces que venían del interior, entorné la puerta con mucho cuidado, un par de focos iluminaban la estancia, asomé la cabeza y lo dicho: el puto panorama. Óscar Valor amarrado a una silla, desnudo, amordazado, aterrorizado, la mesa con instrumentos siniestros, afilados y cortantes. Y los dos sujetos con pasamontañas, los dos verdugos anunciando a su víctima las atrocidades que iban a cometer con él. Ostras, y yo, con mi pistolita… ¿Qué hacer? Lo más sencillo, lo más cabal era dar la media vuelta y marcharse. No valía la pena exponerse a morir. Lo siento mucho, ¿qué puedo hacer yo por ti, Óscar Valor? Nada, no puedo hacer nada. ¿Qué sé yo de revólveres? Tampoco nada. Me partirán la cara con total seguridad. Me sentía incapaz de cualquier solución que pasara por la violencia. Escuché a través de la puerta entornada las palabras de Alpáñez:

—Cabo es un verdadero artista jugando con los genitales ajenos. Ya verás que no digo mentira. Eso sí. Te va a doler un poco. Francamente, y para ser sincero, no me gustaría estar en tu pellejo.

Había ido hasta allá, a horas tan tempranas de la mañana, con el revólver del Pep… ¿para qué?

Qué cargo de conciencia dejar allí al pobre Óscar a merced de aquellos monstruos. Señor… Podía llamar a la policía, pero no daba tiempo material. Aquellos cenutrios estaban ya a punto de la castración, Cabo enarbolaba ya unos alicates de punta fina y Carolino adelantaba verbalmente sus acciones para aterrorizar aún más a su víctima a punto ya del infarto. Alpáñez reía, le hacía gracia la cara descompuesta de Valor. Cabo levantó el pene de Óscar con la enguantada mano izquierda para manejar con la derecha aquellos alicates que ya se abrazaban al miembro arrugado de Óscar Valor. Y no me quedó otra que entrar con aquel panorama, Óscar amarrado a una silla de enea, desnudo, y aquellos dos cenutrios a punto de castrarlo en vivo.

Ya os conté al empezar la narración en que quedó aquello.

Dos tiros, uno en cada cabeza. Dos cadáveres a mis espaldas.

¡Bang!

Óscar Valor se limpió como pudo con la chaqueta de Alpáñez, se vistió a toda prisa, los calzoncillos lo primero para dejar de sentirse tan vulnerable. Me miraba con desconfianza, al fin yo también tenía un revólver en la mano, pero le había salvado la vida, y no me mostraba amenazador, al contrario, le pregunté si se encontraba bien, si tenía alguna herida, pero era obvio que no. Había llegado a tiempo.

—Justo a tiempo. Un poco más y me quedo castrado para toda la vida.

—Más bien para toda la muerte. De toda la vida, nada. Iban a matarte.

—Mama… mama…

Cabo agonizaba en el suelo con una bala en la frente. Increíble que todavía estuviera vivo con ese balazo entre los ojos. Conservaba todavía la vista, así que podía ver los pies de Óscar Valor de aquí para allá. Óscar se limpió como pudo de vómitos y excrementos pero todavía hedía a rayos. Los pies de Óscar Valor se detuvieron.

—Este cabrón vive todavía.

—Mama… mama… — solo salían esos sonidos de la boca de Martín Varas: «mama… mama».

Óscar Valor miraba fijamente la escena: Martín Varas murmurando esa última llamada agonizante a su madre. Le hice una pequeña seña señalándole las cámaras que seguían grabando y grabando.

—Lo mejor es salir de aquí cuanto antes.

Óscar se plantó frente al agonizante.

—Me da igual ir al talego — dijo y buscó algo entre las herramientas de tortura alineadas sobre una mesa cercana a la silla de enea. Encontró un martillo.

—Se está grabando todo, Óscar. Cuidado con lo que haces.

—De perdidos al río — dijo, y se lio a dar martillazos a todas las cámaras que pudo encontrar en el garito inmundo. Luego se plantó frente al cuerpo tirado en el suelo, «mama… mama…».

Martín solo veía nuestros pies y escuchaba el trajín, los martillazos a las cámaras, mi voz conminando a Óscar a marchar ya de una vez. Luego — y fue su última visión— vio los pies de Óscar Valor detenerse frente a su cuerpo tendido en el suelo antes de descargar el martillo contra su cabeza. Con todas sus fuerzas:

¡¡KRASSS!!

Bueno… en fin… quizás se lo mereciese, pero aquello estaba

siendo ya excesivo para mí. Joder… nunca me había visto en otra igual. Todo resultaba impresionante ya desde que entré en el garito y vi a Óscar sentado y amarrado a la silla de enea, y olí el hedor de los vómitos y las heces, y vi al encapuchado con los alicates en ristre a punto de mutilar a su víctima. Exceso tras exceso, todo era excesivo.

—¿Estás bien? — se interesó Óscar Valor mientras respiraba también él, se recuperaba del ataque de ira. Vaya pareja, yo con mi humeante revólver y él con su martillo vengador. Y dos cabrones menos.

De pronto cayó en la cuenta:

—¿Y qué coño…?

Pero le faltaba el aire, no podía ni hablar, las emociones le vencían y recién se daba cuenta de que había escapado por poquísimo de una muerte atroz.

—¿Qué coño qué…?

—¿Qué coño haces tú aquí con una pistola, joder, Adelardo? ¿Qué tienes tú que ver con estos hijos de puta? ¿Qué coño…?

Se mareaba, me levanté de la silla y le cedí el asiento.

—Ven, ven… siéntate, respira.

Caminó unos pasos como un anciano tambaleándose hasta tomar asiento y entonces se echó a llorar como un niño, un sollozo larguísimo y sin contención.

—Hay que irse de aquí, Óscar. Aquí no estamos seguros.

Le ayudé a levantarse. Yo estaba sorprendido de mí mismo. Jamás hubiera supuesto que iba a conservar el control después de matar a dos semejantes y en tales condiciones. No me arrepentía, pero estaba muerto de miedo. Por las conexiones que pudieran tener aquellos dos elementos, por Ricardo y por la Policía. Era altamente inquietante y perturbador el panorama que me aguardaba. ¿Me había visto alguien entrar? Y luego estaba el tema de las cámaras. Hostia, qué marrón. ¿Emitían en directo para alguien? Estaba perdido, de repente entendía el alcance y las consecuencias que me podía acarrear el doble asesinato u homicidio o lo que fuera. Estaba perdido pero sorprendentemente no me desesperaba. Bueno, pues mejor. La verdad es que si estaba todo grabado… conté dos cámaras, pero no estaba seguro.

—Óscar… ¿Óscar?

Óscar seguía con su llanto descontrolado. Vaya, hombre, también yo estaba sufriendo el peor ataque de ansiedad de mi vida, pero el gen de la supervivencia operaba milagros y más o menos me sentía capaz de controlar la situación. Más o menos. Me senté en la silla de enea, Óscar lloraba sentado en cuclillas a la vera del cadáver de ¿Alpáñez? Le quité el pasamontañas. Efectivamente, era Alpáñez. Al otro cadáver

no le alcé el pasamontañas porque Óscar había hecho su trabajo con el martillo y no tenía ganas de visiones tan desagradables. Ya el balazo entre los ojos había hecho ciertos estropicios en la faz de Carolino que no eran bonitos de ver.

—Vámonos ya de aquí, Óscar.

Pero Óscar nada, catatónico, sollozando bajito pero sin atender a nada ni a nadie.

—Bueno, yo me voy. Tú haz lo que te dé la gana.

Me daba mucho miedo que llegara Ricardo o cualquier otro y nos encontraran allá, en medio de todo aquel desaguisado.

—Vámonos, en serio, Óscar. Aquí no estamos seguros.

Me daban ganas de patearle el hígado, cojones. ¡Vámonos de aquí pero ya!

Había matado a dos personas, yo, el manso, el dócil, el no violento, la otra mejilla, el pacífico. No resultó fácil de hacer, seguro que aquello me iba a traer consecuencias para toda la vida. Remordimientos, sentimientos incriminatorios, ansiedad. Por no hablar de las consecuencias con la justicia, con la ley… ¿daría conmigo la Policía? No sabía si aquellas cámaras habían transmitido el material grabado a otros puertos, otras direcciones… No sabíamos nada. Solo aquellos dos cadáveres en el garito de la ignominia con la silla de enea en el centro, las cámaras enfocadas a los desgraciados. Muertos, pero por lo menos fue una muerte rápida, indolora.

Solo tenía un pensamiento en mente: ¡Vámonos de aquí pero ya!

EL MARRÓN

Sé que tengo un perro

y un revólver.

También sé que nunca había matado a nadie.

Lo juro.

Y esta mañana se desata la locura. A las ocho de la mañana el mundo, la vida, cambia todo de repente, todo es diferente.

Mi bendito dedo índice tomó la decisión adecuada. Claro, se hace difícil de creer que un individuo como yo tan poco acostumbrado a la violencia entrara en un lugar de tortura para ajusticiar a dos experimentados verdugos. Pero sí, así fue, así pasó. Difícil de creer, lo reconozco. Así me pasan las cosas, todas difíciles de creer. Ni yo mismo me las creo.

Salimos a la calle Santa Ana y Óscar sin decir nada más, sin despedirse, sin mirarme a la cara, salió corriendo calle abajo hacia la Alameda. Le perdí de vista enseguida. Decidí volver a casa tranquilamente, sin correr, estábamos grabados en aquellas cámaras, ahora podía pasar cualquier cosa.

Y ahora, ¿podría dormir de aquí en adelante? ¿O tendría pesadillas con aquellos dos cenutrios que no se merecían la vida? Una y otra vez tendría que justificar aquellas dos muertes. Oye, lo siento, le ibas a cortar los testículos a una persona, y luego, estoy seguro de ello, le ibais a dar muerte, ¿a que sí? Luego, pero no demasiado pronto. Antes habíais planeado un buen rato de tortura y dolor. ¿A que sí? Sé que no me equivoco, de manera que sí, mi dedo índice tomó la decisión correcta. Pero mi mente no acaba de asimilarlo y se siente mal y me hace sentirme mal a mí. Puto cerebro escrupuloso, puto cerebro moral, puta mente puntillosa, ¿quieres hacerme el favor de callarte ya? De callar, de callar, ¡de callar! ¿Volverías a matarlos? Por supuesto. Los mataría las mil veces que hubiera que matarlos. Ahora ya estoy fuera de juego. Puede ocurrir cualquier cosa.

Salí a la calle. Pep y el Colgado esperaban. Pep, de pie. El Colgado sentado en un poyete. Ni recuerdo lo que nos dijimos. Sé que volví a casa caminando despacio. Inca me esperaba asomada al balcón, lloriqueó de ansiedad cuando me vio aparecer por la calle y entrar en

el portal. Inca sabía perfectamente que volvía de la guerra, olió la muerte pero no era la mía, así que respiró tranquila, suspiró. Había matado a dos hombres.

Joder, qué rollos me monto. Esto es alucinante, vengo de dar muerte a dos personas y aquí estoy, tan tranquilo. Y una mierda, de tranquilo nada. Estoy que me subo por las paredes, quizás me sentaría bien ahora un Lorazepán. Y el verdadero protagonista de toda esta mierda ha huido Santa Ana abajo, me ha dejado solo con el marrón, como siempre pasa. Siempre. Le salvo la vida y sale pitando sin darme ni las gracias, apáñatelas como puedas porque yo me voy. Menos mal que tengo a la perra. Bueno, entonces qué… ¿la policía? No, nada de la policía. ¿Y la pistola?, ¿qué hago con la pistola? Dios… nunca me había visto en nada por el estilo. Recordé el momento estelar de la mañana. ¡Bang! Aquellos disparos sonaron a gloria en mis oídos. ¡Bang!

No me quejo. La vida grata es.

CONMOCIÓN

Fue pasados por lo menos dos o tres días cuando Ricardo empezó a echar de menos a sus empleados. ¿Dónde carajo se meten esos dos? Les llamó a sus teléfonos pero no contestaban, saltaban los contestadores. Les puso *whatsapps* y tampoco, nada. A sus casas no iba jamás, ni siquiera sabía muy bien sus direcciones. Preguntó, pero no tenía mucho dónde preguntar. ¿Dónde coño se meten esos dos desgraciados?

Y finalmente se llegó al garito en Santa Ana, donde tampoco aportaba nunca Ricardo Manuvench, pero bueno, haría una excepción.

Nada más abrir la puerta supo que estaban allí dentro. No vivos, a tenor del olor a podrido que le golpeó el olfato cuando subió la persiana metálica, ¡rasss!

Allá seguían con las frentes agujereadas. Conmoción. Las cámaras destrozadas a porrazos. ¿Se podría recuperar alguna imagen? Probablemente.

Ni pensar en acudir a la Policía. Por supuesto.

Y allá, solitaria, la silla de enea, las ataduras que amarraron a algún desgraciado segadas por la mitad. ¿Qué habría pasado allá dentro? Últimamente la realidad se le ponía brava, vaya por Dios, quién podría imaginar cosa semejante. Alguien había escapado de la realidad, y no contento con escapar había ejecutado a sus empleados. Existía la posibilidad de que ahora lo buscaran a él, al gran Ricardo. Se sintió cansado pero declinó sentarse en aquella silla de enea. Le vinieron arcadas. Lo más inmediato ahora era recuperar alguna imagen, tendría que ponerse en contacto con el Guiri. O no. Quién sabe si no estaba detrás de aquello. Había que ser discreto. Más que discreto, sigiloso, cauteloso. Mejor si cazaba solo.

CHURROS

Tener un revólver en casa te abre un montón de posibilidades. Ya no eres el pringao que siempre fuiste bajando siempre la cabeza, diciendo siempre «usted perdone, caballero». Ya no eres el tipo indefenso sin defensas, sin alternativas, sin fuerza y sin poder. Ahora tienes un revólver con seis balas, seis cabrones menos — quedan cuatro—. Empezaba a entender al Pep.

Con Inca era un problema tras otro. Mi amigo Maruenda, uno de los pocos que seguían manteniendo conmigo algún contacto, decía que la culpa la tenía yo, porque era muy cabezón y no me daba la gana de entender que no a todo el mundo le gustan los perros, todavía más, hay gente que se asusta y gente que les desagrada su cercanía.

—Maruenda, no me agobies más con el tema perro. No es una cuestión de tener razón o no. Solo digo que los perros tienen todo el derecho del mundo a ocupar un lugar en esta vida miserable.

Una mañana en la cola de los churros una pareja con una niña pequeña en un cochecito me exige que «haga el favor de sacar el perro de ahí porque la niña se asusta». Me disculpo, «ah, usted perdone, no me había dado cuenta», y le digo a Inca que se levante y que se aparte, lo que Inca cumple al instante. Espero alguna sonrisa, algo, unas palabras, pero la pareja sigue mirándonos mal, a mi perra y a mí, molestos de tener que compartir su espacio vital con una perra que, nunca se sabe, puede lanzar dentelladas en cualquier momento a su preciosa niñita, a quien le están inculcando desde ya un insano temor a los perros. Inca se levanta, se acuesta alejada de la pareja con niñita asustada. Joder, Inca, no haces más que traerme problemas. Enciendo un cigarrillo y fumo con deleite. Enseguida otro humano se muestra molesto con el humo.

Joder, qué mala suerte tengo.

—Por favor, no me acerque el cigarrillo — dice también con mala cara.

—Ah… perdone.

En verdad creo que no le estaba llegando el humo, pero lo tiro al suelo, lo piso, lo apago.

He vuelto a pedir perdón y me mosqueo conmigo porque me salen

las disculpas y los perdones casi sin pensarlo siquiera, a borbotones, «perdón, perdón, perdón… perdone usted». Tampoco el hombre responde a mis disculpas. Como la pareja, se siente con toda la razón y todo el derecho del mundo para llamarme la atención. La churrera sigue la fabricación de ruedas de churros y me mira con cara comprensiva. Inevitablemente recuerdo el revólver en el cajón de la ropa interior. La mañana es perfecta incluso con estos cabrones que le niegan el espacio a Inca porque ellos son humanos y la perra no es más que eso, un perro sin derecho a tumbarse al lado de la niñita asustada. La mañana es perfecta aunque tenga que apagar mi cigarrillo.

No me importaría darles un buen susto a esos individuos, creo incluso que me sentaría muy bien porque nunca en mi vida le he dado un susto a nadie, nunca en mi vida le he dado una lección a nadie, nunca he respondido una agresión con un buen puñetazo.

Nunca.

Y mira que hay gente que se lo merece. El puto viejo Ricardo Manuvench, que es menos viejo que yo, pero que yo veo como un viejo horrible, candidato a mis venganzas. Así que sí, quizás vaya llegando la hora de responder a las agresiones porque me voy haciendo mayor, y si no es ahora no será nunca. El tiempo se acaba.

Esta mañana en la cola de los churros, cuando creí que ya no iba a sufrir más reproches, el padre de familia volvió a la carga.

—Oiga, por favor… es que no puede llevar al perro suelto.

Hostia, ya estamos. Igual que el Viejo. Con el cuento de la correa. Hay que amarrar al perro. Pues no me da la gana. Calibro mis opciones de no salir demasiado perjudicado de la tangana que se avecina. Joder, no. Con el viejo Ricardo tengo suficiente. El hombre de la cola de los churros es fuerte y con cara de enfadado. Con Inca no puedo contar porque es la perra más cobarde del mundo, más cobarde que yo, que ya es decir. Intento memorizar la cara del sujeto, una cara vulgar sin rasgos peculiares difícil de memorizar. Si le pudiera hacer una foto… Me retiro de la cola en silencio, Inca detrás de mí. ¿Podría dispararle sin demasiados remordimientos? No. Llegaré a casa, iré directo al cajón de la ropa interior donde guardo el revólver, y cuando lo vaya a cargar con las cuatro balas que quedan ya se me habrá pasado el enfado. Joder, no voy a matar a nadie por tan poca cosa, ¿no? No sé. A lo mejor nada me importa una mierda y sí que soy capaz de quitar de en medio a un gilipollas. Pero no creo.

Ira en mi interior.

Todo esto son fantasías. Soy incapaz de disparar a nadie por eso. Miedos diferentes me lo impiden. Miedo a los remordimientos, miedo a la policía, a la cárcel. Miedos de todas las calañas. Ya tenía bastante con los cadáveres de Cabo Martín y Alpáñez.

Así que comeré mis churros en paz, sin matar a nadie más, de momento.

La churrera es una buena mujer, muy amable. Me ha echado una mirada cómplice cuando el hombre se enfadó conmigo. No dijo nada porque al fin y al cabo es también su cliente y ella tiene que mirar por su negocio, pero estoy seguro de que está de mi lado, de que tengo sus simpatías.

Los coches pasan por la avenida, los semáforos dan órdenes de tres colores, la gente obedece. Los coches ronronean. Órdenes de todos los colores para endulzar tanta acritud.

Quizás sí que vaya a por el revólver. Si no hoy otro día, en otro momento. No lo siento tan disparatado, ¿sabes? No sería tan raro que en una de esas no te aguante más, cabrón. Voy entendiendo la filosofía del Pep. La filosofía del Pep es su revólver. Ahora lo voy entendiendo. Matar cabrones, volverse majara en un mundo de majaras. Encajar por fin en este mundo de majaras. Pobre Pep que se ha quedado sin revólver.

Los churros están muy buenos. Me los como acompañados de un chocolate en la misma churrería mientras miro y sonrío a la churrera de negros cabellos, tensa y larga cola de cabello que le cae por las espaldas, los ojos maquillados, las pulseras de oro, caballero, mi amor, un cuarto de kilo bien despachado. Aquí tratamos muy bien a los buenos clientes.

La churrera me sonríe y el hombre antipático me lanza miradas furibundas cargadas de mala leche. No me hagas que me vuelva majara, por favor, hombre. Porque yo ya no soy yo. Y me tengo miedo por primera vez en mi vida. Me tengo miedo.

EPÍLOGO

Está obsesionado con Inca. Cada vez que le llega su olor enloquece de lascivia, se le quita el hambre, solo le ocupa un pensamiento su cerebro: montarla, beberse su orina deliciosa, lamerla entera. Es totalmente superior a sus fuerzas. Inca es una perra agradable y deliciosa, mueve el trasero con gracia absoluta y el rabo a un lado y al otro, dando vía libre al enamorado Chuli, pero, ay, el tamaño es un problema. Inca es demasiado grande para el pobre Chuli, y no le llega bien, lo intenta una y mil veces pero nada. Inca es paciente y espera, quizás en una de esas lo consiga, pero no. Lo intenta por la oreja, lo intenta por el ojo, lo intenta de mil maneras diferentes menos por donde es, porque no llega. Me sabe mal por el pobre Chuli, pero nos tenemos que ir. El viejo Manuvench no debe andar muy lejos, lo último que querría en estos momentos sería tener una tangana con él.

—Vámonos, Inca.

Inca remolonea, no se decide, está a gusto con Chuli aunque no lleguen a la consumación, pero mejor es eso que nada. Estamos en el parque de los Perdigones. Otro macho se acerca atraído por los efluvios de Inca, el Chuli pone muy mala cara y gruñe, las miradas se encuentran.

—Uy, uy, uy… se va a liar una buena. Vámonos de aquí, Inca.

Inca se decide a moverse y nos vamos, pero no hay bronca, el Chuli detrás de nosotros, el otro macho se ha quedado rezagado. Estoy temiendo la aparición de Ricardo en cualquier momento.

El semáforo rojo, nos detenemos, finalmente veo a Ricardo Manuvench venir al otro lado de la avenida. Él también nos ve. Qué mala cara, hijo. ¿Sabrá ya lo que pasó en el garito? El Chuli sigue en lo suyo, oliéndole el trasero ahora a Inca. Ricardo saca su vozarrón: «¡Chuli!». ¿Pero por qué le llama? El Chuli sale de repente corriendo hacia su dueño y cruza sin mirar, sin ver el coche rojo que impacta contra su cuerpecillo y lo hace volar como un pelele. No quiero verlo, se me encoge el estómago, hay un suspiro, un ¡ay! general de los peatones que han visto el atropello. La gente se lleva la mano a la

boca. El coche rojo sigue camino.

Verde. Ricardo corre hacia el cuerpo de su Chuli tirado en el pavimento. Yo no sé qué hacer. Me acerco. Manuvench, si hubiera podido, me hubiera matado en ese mismo momento, se le ve en la mirada. Odio, impotencia absoluta. Es más fuerte que yo, pero yo tengo a Inca y él no sabe si la perra es agresiva, si me va a defender.

Quiero decirle que no he tenido culpa ninguna. ¿Por qué lo ha llamado? Una muchacha le busca alguna señal de vida.

—¿Está vivo? — pregunta con esperanza Ricardo.

—Creo que sí — responde la muchacha—. Habría que llevarlo ya al veterinario.

—Hay uno aquí muy cerca, en la Alameda.

—Venga, vamos — anima la muchacha. A pie llegaremos antes. Le acompaño.

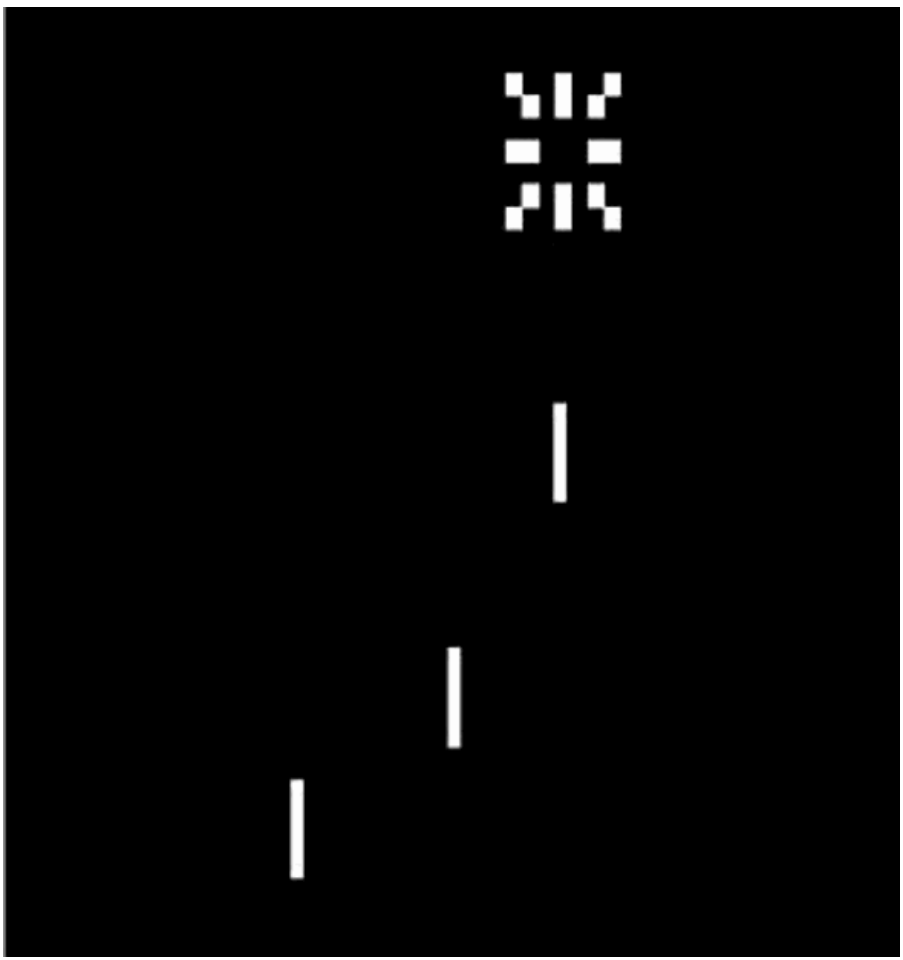
Manuvench carga con Chuli y la muchacha amable le precede, tiran por Torneo hacia la calle Calatrava. A Chuli le cuelga la cabeza y tiene la lengua fuera. Feo aspecto.

La última mirada de Ricardo es para mí. Nos volveremos a ver.

Ojalá no.

BONUS TRACK

FINAL ALTERNATIVO



DESPERTAR SIN RESACA 2

Así que a las siete sonó el despertador y Cabo despertó. Se encontraba bien. Sin resaca. Fantástico. Saltó de la cama y puso la radio. Gloria a su lado abrió los ojos, mascullo no sé qué y cerró otra vez los ojos. Sonó el final de *Hey Jude* de los Beatles, y enseguida las noticias. Ostras, se había escapado un tigre del zoo de Barcelona y lo habían trincado en una cafetería de La Cuidadela. Sonó el teléfono. Descolgó. Alpáñez.

—Cabo… ¿te has levantado ya? ¿Desayunamos?

—Bueno… dame quince minutos y nos vemos en Las Columnas.

—No tardes.

Se puso el calcetín derecho pero no encontraba el izquierdo, ¿dónde demonios…? Ah, sí, ahí debajo de la cama. Los zapatos, tensó el cordón para atarse el zapato izquierdo y, ¡chas!, se quedó con un trozo de cordón en la mano. No tenía tiempo para cambiar de cordones, mejor otros zapatos. Buscó en el armario empotrado, los botines buenos. Pantalones, camisa. Sonó el teléfono fijo. ¿Otra vez Alpáñez? No, la Mari, su amante.

—¿Cabo?

—No, se equivoca de número.

Gloria abrió los ojos. No se le escapaba una.

—¡Quién se equivoca de número, joder, a las siete de la mañana?

—Yo qué sé.

—Muy temprano para equivocarse, ¿no?

—Ya te digo — masculló Cabo. Sabía que Gloria dudaba. El olor de la chamusquina.

Acabó de vestirse y salió de la habitación. Rezaba para que a la Mari no se le ocurriera volver a llamar. ¿Pero cómo se le ocurría llamar al fijo a las siete de la mañana? Tenía que hablar con ella muy seriamente. Bueno… no podía hacer más de lo que hacía. Si la Mari llamaba y descubría el pastel… él no podía hacer nada para evitarlo. Digamos que como dijo no sé quién… la suerte estaba echada. ¿Quién dijo esa frase? ¿Herodes? Encendió su móvil, puso el dedo sobre Google y pulsó, Google escuchando: la suerte está echada. César, lo dijo Julio César antes de una batalla.

Ni se peinó, ni se lavó ni nada de nada, salió tal cual de su casa, sin despedirse de su mujer que había reanudado el sueño y dormía plácidamente y que no suene el teléfono por favor. Se cruzó en la escalera con la coreana del primero.

—Buenos días.

—Hola, buenos… — se quedó a medio saludo la coreana.

Qué buena estás, pensó Cabo Martín. La coreana le sonrió y quiso decirle algo pero Martín no la entendía.

Salió a la calle, caminó hasta Las Columnas, ahí estaba Alpáñez sentado a los veladores con un café solo. Siete y media en punto de la mañana. ¿Un café?

—Café con leche y media con tomate y aceite.

—Marchando — dijo el amable camarero.

Amanecía. La mañana era magnífica. Óscar Valor volvió a los pensamientos de Cabo Martín Varas. El pobre Valor… toda la noche amarrado a la silla de enea en pelotas. Qué frío. Y qué terror. De verdad que no le envidiaba la situación. Y faltaba lo peor. Lo peor de lo peor. Alpáñez en silencio bebía su café negro. Llegó el café con leche y la media tostada de Cabo.

—Ea, ahí tienes — dijo el camarero amable—. Y un vasito de agua.

—¿Cómo estará nuestro hombre? — habló como para sí mismo Cabo Martín.

—Pues de puta madre. ¿Cómo va a estar? -Alpáñez lo tenía clarísimo.

—Claro. De puta madre.

Alpáñez parecía una estrella del cine cuando se disponía a entrar en faena. Tenía una expresión muy suya con los labios como dispuestos a dar un beso, los ojos entornados, aunque claro, luego se tenía que poner el pasamontañas y ya no se le podía ver la expresión. Parecía que no era difícil, parecía fácil con el tipo amarrado a la silla, pero había que tener un par de huevos para aguantar el tipo durante toda una sesión. No era fácil. A veces era demasiado desagradable incluso para ellos, pero había que tragar saliva y seguir sin vacilaciones. Ese era el secreto, o la clave o como le quieras llamar: no vacilar, tenerlo claro y aguantar hasta el final. Determinación. Alpáñez era muy bueno para eso. Sabía cómo hacerlo, sabía mantenerse impertérrito y no ceder. Jamás. Jamás se cedía. Eso era valorado también por los espectadores de la cinta. Ricardo se lo había explicado así: tan importante es el torturado como el torturador. Hay que aplicarse y hacerlo bien, controlando, fríamente y sin excesos. Excesos los justos. Alpáñez entendía muy bien lo que querían de él.

De puta madre. Ahí estaban. Entraron en el garito. Cubrieron sus

rostros con sendos pasamontañas. Valor en la silla, desnudo, aterrorizado. Se le saltan las lágrimas, transpira a chorros, se ha orinado encima. Alpáñez comenzó la función:

—Bueno, qué… ¿cómo lo ves, Oscarcito? Regular, ¿verdad? ¿Quieres decir algo antes de que empecemos la faena? ¿Sí? Quítale la mordaza, Cabo. El hombre quiere decirnos sus últimas palabras. Venga… habla.

—Por favor… por favor… no me hagáis daño… por favor… haré todo lo que queráis, todo lo que me digáis. Pero no me hagáis daño, por favor…

—¿Cuánto hace que no te lavas la cabeza, marrano? Mira qué pies.

Efectivamente, Óscar no llevaba muy limpios los pies.

—Y qué uñas. Negras como el carbón. Ay, Óscar… Los marranos de tu calaña solo se merecen morir. Te diré por qué. Porque me pasa a mí por los cojones. Por eso. ¿Tú qué dices, Cabo?

—Yo digo que empecemos ya, porque este es capaz de morir de un ataque al corazón antes de comenzar.

—Sí que es verdad. Te va a dar algo, chaval. Respira, hombre.

—Qué asco — dice Alpáñez, cuarenta años, fornido de gimnasio, negra cola de caballo, un verdadero cabeza bolo—. Qué asco — repite —. Pues no se ha meado encima, el muy cochino.

—Bueno, bueno, bueno… — dice como canturreando Cabo Varas —. Vamos a ver qué tenemos por aquí… qué tenemos por aquí… — canturrea mientras rebusca en la caja de herramientas y escoge unos alicates de punta fina.

Óscar Valor cierra los ojos. No quiere ni verlo. No quiere saber. No puede con ello. Está amarrado de tal manera que no puede mover un dedo. Amordazado. Se marea. No está acostumbrado al dolor. Náuseas, vomita. ¿Qué va a ser de él?

Óscar Valor no quiere ni mirar, cierra los ojos cuando Martín Varas abre los alicates y abraza con ellos su pene, todavía delicadamente, y antes de dar el apretón final pregunta si corta antes el pene o los testículos, a lo que Alpáñez le contesta que improvise.

—Improviso — afirma Cabo Martín y se ríe ji, ji, ji, se ríe, se ríe, se ríe… Se ríe hasta que entro yo y les corto el rollo con mi revólver de seis tiros cargado con seis mortíferos proyectiles. Seis cabrones menos.

Martín Varas no me conoce. No sabe quién soy yo. Me ve canijo y poca cosa. No consigo amedrentarlo pese a la amenaza cierta de mi revólver. Alpáñez calla y me observa. Tampoco se muestra muy impresionado por mi presencia. Cabo intenta convencerme de que la cosa no va conmigo y dice que puedo hacerme daño con ese arma que no sé manejar demasiado bien.

Efectivamente, Cabo no está asustado. Entiende que si presiona lo

suficiente ese canijo le acabará entregando el arma. Se pregunta qué coño hago allí armado con un revólver de seis disparos. Sabe que no voy a ser capaz de disparar, está tranquilo.

—Dame el arma, chaval. Al final te vas a hacer daño.

Lo repite como un mantra: «Dame el arma, chaval. Dame el arma, chaval. Dame el arma, chaval».

Óscar Valor en la silla de enea no puede creérselo. Al final lo va a conseguir, le va a dar el arma. Joder, tenían la ventaja y la van a perder. Si entrega el arma morirán los dos. Lo sabe. Y Martín Varas también lo sabe. Morirán ambos sin remedio. Pero no sé cómo salir del atolladero. Soy incapaz de matar a nadie y quiero creer que los dos tipos cumplirán su palabra. Han jurado que si les entrego el arma nos dejarán marchar sin violencia. Lo han jurado y yo quiero creerlo.

Y al final Martín Varas me convence. Le voy a dar el revólver, pero entonces mi bendito dedo índice, que no ha creído nunca en las promesas de nadie se rebela y se enrosca en el gatillo. Y ejerce la debida presión:

¡Bang!

Una bala en la frente. Cabo Martín cayó como un saco de patatas. Quedó tendido en el suelo pero no estaba muerto. La bala se alojó en su cabeza pero no acabó con su vida. No podía mover nada, ni brazos ni piernas. Nada. Solo podía hablar bajito y llamó a su madre: «Mama…». Conmovedor.

Me giré hacia Alpáñez que todavía no había procesado lo que acababa de ocurrir. No daba crédito.

—Tú también vas a morir — dijo mi dedo índice.

—No… oye… no… — suplicó Alpáñez.

—Díselo a mi dedo — dije yo.

—Bang — dijo el revólver.

Entre los ojos. Otro saco de patatas. Pero este no llamaba a su mama.

Las cámaras de vídeo no se perdían detalle y grababan y grababan todo.

Óscar Valor se limpió como pudo con la chaqueta de Alpáñez, se vistió a toda prisa, los calzoncillos lo primero para dejar de sentirse tan vulnerable. Me miraba con desconfianza, al fin yo también tenía un revólver en la mano, pero le había salvado la vida, y no me mostraba amenazador, al contrario, le pregunté si se encontraba bien, si tenía alguna herida, pero era obvio que no. Había llegado a tiempo.

—Justo a tiempo. Un poco más y me quedo castrado para toda la vida.

—Más bien para toda la muerte. De toda la vida, nada. Iban a matarte.

—Mama… mama…

Cabo agonizaba en el suelo con una bala en la frente. Increíble que todavía estuviera vivo con ese balazo entre los ojos. Conservaba todavía la vista, así que podía ver los pies de Óscar Valor de aquí para allá. Óscar se limpió como pudo de vómitos y excrementos pero todavía hedía a rayos. Los pies de Óscar Valor se detuvieron.

—Este cabrón vive todavía.

—Mama… mama… — solo salían esos sonidos de la boca de Martín Varas: «mama… mama».

Óscar Valor miraba fijamente la escena: Martín Varas murmurando esa última llamada agonizante a su madre. Le hice una pequeña seña señalándole las cámaras que seguían grabando y grabando.

—Lo mejor es salir de aquí cuanto antes.

Óscar se plantó frente al agonizante.

—Me da igual ir al talego — dijo y buscó algo entre las herramientas de tortura alineadas sobre una mesa cercana a la silla de enea. Encontró un martillo.

—Se está grabando todo, Óscar. Cuidado con lo que haces.

—De perdidos al río — dijo y se lio a dar martillazos a todas las cámaras que pudo encontrar en el garito inmundo. Luego se plantó frente al cuerpo tirado en el suelo, «mama… mama…».

Martín solo veía nuestros pies y escuchaba el trajín, los martillazos a las cámaras, mi voz conminando a Óscar a marchar ya de una vez. Luego — y fue su última visión— vio los pies de Óscar Valor detenerse frente a su cuerpo tendido en el suelo antes de descargar el martillo contra su cabeza. Con todas sus fuerzas:

¡¡KRASS!!

Entonces Martín Varas despertó. Abrió los ojos. ¡¡Hostia puta!! Había sido un sueño, le dolía la frente como si le hubieran asestado un martillazo, se palpó la cabeza. Cómo le dolía, la Virgen. Cabo Martín Varas se incorporó en la cama. A su lado roncaba su mujer. ¡Hostia puta bendita!, cómo le dolía la cabeza. Un sueño. Una pesadilla. Había sido un puto sueño hijo de puta y espantoso.

Entonces lloró. Lloró como un niño. Como nunca en su vida. Sintió que se le anegaban los ojos de lágrimas y explotó en dos caños de lágrimas, sollozos, hasta un alarido porque no pudo aguantar más. Un grito a las siete de la mañana, se ahogaba, no podía, era tanto el caudal de sus lágrimas y tanta la intensidad de los sollozos que se ahogaba, no podía respirar. Despertó su mujer, ¿pero qué es esto, qué te pasa? Martín, Martín… ¿qué te pasa?, ¿pero por qué lloras? Martín quería explicarse, decir que había tenido una pesadilla, que le habían pegado un tiro en toda la cabeza y luego un martillazo, pero no podía, no podía hablar y no podía dejar de llorar y de sollozar y de gritar

incontroladamente.

—Martín… pero, por favor, Martín… me estás asustando. Para por favor… para… te va a dar algo, Martín, por favor.

Estuvo un buen rato llorando y sollozando sin poder hablar ni una palabra hasta que finalmente pudo sentarse en la cama y poco a poco dejar de sollozar, de gemir, poco a poco. ¡Dios… cómo le dolía la cabeza!

—Tengo que salir un momento. Necesito tomar el aire. Necesito…

Gloria le miraba espantada.

—Pero qué te pasa, Martín. Dime qué te pasa, por favor. Me estás asustando.

—Gloria, por favor, no me atosigues. Necesito salir de aquí, tomar el aire. Ha sido solo una pesadilla.

—¿Solo? Martín, joder, por favor te lo digo, dime qué pasa. No me digas que no pasa nada. ¡Martín!

Se puso el calcetín derecho pero no encontraba el izquierdo, ¿dónde demonios…? Ah, sí, ahí debajo de la cama. Los zapatos, tensó el cordón para atarse el zapato izquierdo y, ¡chas!, se quedó con un trozo de cordón en la mano. Hostia… eso lo había vivido ya, ese trozo de cordón en la mano… ¿Dónde…? No tenía tiempo para ponerse a recordar, tampoco para cambiar los cordones del zapato, mejor otros zapatos. Buscó en el armario empotrado, los botines buenos. Pantalones, camisa. Sonó el teléfono fijo. ¿Alpáñez? No, la Mari, su amante.

—¿Cabo?

—No, se equivoca de número.

¡Joder! Era el sueño, se reproducía exactamente igual que lo que había soñado por la noche, la puta pesadilla que acababa con un tiro en la cabeza y un martillazo final.

Gloria preguntaba suspicaz por la llamada telefónica:

—¿Quién es a las siete de la mañana?

—Yo qué sé. Una equivocación por lo visto.

—¿A las siete de la mañana?

—Por lo visto — repitió Cabo. Sabía que Gloria dudaba. El olor de la chamusquina.

—¿Quién se equivoca de número, joder, a las siete de la mañana?

Acabó de vestirse y salió de la habitación.

Salió a toda prisa de su casa, bajó las escaleras, se cruzó en la escalera con la coreana del primero.

—Buenos días.

—Hola, buenos… — se quedó a medio saludo la coreana.

Joder, joder, joder… vamos a morir, pensó Cabo Martín. La

coreana le sonrió y quiso decirle algo pero Martín estaba aterrorizado. La pesadilla seguía cumpliéndose paso a paso. Todos los pasos.

La tristeza infinita le superaba, le anegaba el alma, a él, que nunca había creído en la existencia del alma, del espíritu, él, que negaba cualquier fenómeno de tipo espiritual, o mágico, irracional, él, el adalid de la lógica y de la razón, acababa de experimentar en sus propias carnes un sueño premonitorio, no le cabía ni una duda, ni un resquicio para la duda, estaba total y completamente seguro, se estaba repitiendo toda la pesadilla, paso por paso, aquella pesadilla, aquel sueño en el cual los mataban a los dos, a él y a su socio Carolino Alpáñez. Iba a suceder, iba a pasar. Solo podía hacer una cosa: liberar a Óscar de la silla de enea, soltarlo, y quizás entonces se les perdonaría la vida, quizás así no serían ejecutados.

Así que sin detenerse ni para tomar aire bajó corriendo las escaleras, salió a la calle y en cuatro minutos y medio se plantó en el garito. Era un día laborable. La calle todavía sin gente, era muy temprano. ¿Qué hora era? Se había dejado el reloj en la mesilla de noche. ¿El móvil? El móvil sí lo había cogido al salir de casa. Consultó la hora. Alpáñez todavía estaría durmiendo en su piso. Subió la persiana metálica, entró en el garito, llegó al cuartucho donde Óscar Valor permanecía atado a la silla de enea. ¿Dormido? Qué va, despierto con los ojos como platos, a punto de que le diera algo malo, helado, acalambrado por la postura incómoda de toda la noche. No pudo aguantarse y se echó a llorar desconsoladamente.

—Óscar… escúchame. Deja de llorar, por favor. Cálmate. Traigo buenas noticias para ti.

Óscar fue controlando poco a poco la respiración desbocada por el terror. Poco a poco fue calmando los sollozos. Poco a poco… recuperando el ritmo natural de su corazón, los latidos, el pulso…

—¿Qué? ¿Mejor? ¿Estás más tranquilo? Bueno… cálmate. Te voy a soltar. Tranquilo. No hagas movimientos. Te voy a soltar.

Escogió un afilado cuchillo. Se acercó a Óscar, cortó sus ligaduras.

—No preguntes. No hables. Vístete y vete.

Y así lo hizo Óscar, se vistió y se fue sin preguntar, sin mirar hacia atrás. Entonces Cabo Martín llamó a Carolino Alpáñez a su teléfono móvil.

Alpáñez llegó al local un cuarto de hora después de que Cabo le llamara al móvil. No daba crédito. No llegó a entrar en el garito. Cabo le esperaba en la calle, a la vera de la entrada.

—¿Ha huido? ¿Ha escapado? ¿Solo? ¿Sin ayuda? No es posible.

—Bueno… sí… tienes razón. Yo le he soltado. Le he dejado ir.

Y Cabo Varas le contó a Alpáñez el sueño, la premonición…

—¿Le has dejado ir? ¿Por un sueño? ¿Te estás quedando conmigo? Porque si no te estás quedando conmigo… ¿De verdad le has dejado ir? Es una broma.

—Te he salvado la vida, compañero. Te lo juro. Tú no lo entiendes. Claro… ¿cómo vas a entenderlo? No puedes. Pero confía en mí, Carolino. No ha sido un sueño cualquiera. Lo sé con toda certeza. Fue como… como una premonición.

—Ya… una premonición. ¿Y en ese sueño… no soñaste que Óscar Valor iba a delatarnos en la primera comisaría que encontrara, chiflado hijo de puta? ¿Eso no lo soñaste? Porque eso es lo que va a suceder. Sin necesidad de soñarlo, esa es mi puta premonición, Martín.

—Ven… vamos… entremos dentro a conversar — dijo Cabo Martín. Entraron en el garito. Una bombilla iluminaba con luz débil la estancia. Todas las cámaras estaban ahora desconectadas. Cabo se había sentado en la misma silla donde tuvieron amarrado a Valor. Entonces, Alpáñez sacó su automática.

—No puedo entender por qué has hecho eso, joder, Cabo. Dime qué hago contigo. ¡¿Qué hago contigo?! ¡Dios! ¿Te muelo a hostias? ¿Te mato? ¡Dime qué hago contigo, chiflado hijo de puta!

—Pero… Alpáñez… joder… deja que te explique.

Pero no tuvo tiempo de explicaciones porque entonces apareció la policía. Aparecieron por la misma puerta del garito por donde había entrado yo en sueños. Por delante entraba el teniente de la Policía Nacional, otros dos policías venían tras de él. Sin mediar palabra Alpáñez apuntó con su revólver al teniente.

—Tira el arma, Alpáñez. Tírala y nadie saldrá herido.

Pero Alpáñez estaba colapsado. No entendía nada, no tiraba el arma. El teniente no estaba para bromas. Empuñó su pistola reglamentaria.

—Tira el arma. No te lo diré otra vez.

Pero Alpáñez seguía sin procesar la realidad y sin tirar el arma. En vez de eso hizo un gesto en falso, el teniente creyó que iba a disparar y apretó el gatillo de su arma reglamentaria. La bala viajó rauda hacia el tórax de Alpáñez. Le perforó un pulmón y Carolino cayó al suelo en el momento en que su teléfono móvil comenzaba a sonar, tirurí, tirurá, lo pudo escuchar unos instantes.

Entonces, antes de morir, despertó.

Alpáñez bañado en sudor en su cama. Ostras, había sido un sueño.

Sonaba el móvil, tirurí, tirurá. Deslizó el dedo por el simbolito verde en la pantalla. Era Cabo Varas. Respiró hondo antes de hablar.

—¿Qué pasa, Cabo?

—Valor ha huido. Esta mañana cuando entré en el local ya no estaba. Consiguió aflojar las ataduras de alguna manera. Y ya no está.

Silencio al otro lado del teléfono.

—¿Carolino, estás ahí?

—Sí, sí… estoy aquí. Es que no me lo puedo creer. ¿Valor ha huido?

—Es lo que te estoy diciendo.

—Ya… escúchame. He tenido un sueño. Esta noche.

—¿Un sueño? ¿Y qué has soñado?

—He soñado que tú soltabas a Valor.

—Pues… el caso es que yo también he tenido un sueño.

Sirenas a lo lejos. Acercándose. Una ambulancia.

Carolino, escúchame, está pasando algo raro. No sé por qué, pero… tengo extraños presentimientos.

—Bueno, espera antes de tomar ninguna decisión. Nos vemos donde siempre en media hora. ¿Es okey?

—Correcto. Media hora.

Media hora después tomaban sendas copas de aguardiente acodados en la barra de la Cafetería Madrid.

—Creo que deberíamos tomarnos unas vacaciones, Carolino.

—Sí, claro, qué fácil. Vacaciones. ¿Y qué va a pasar con ese desgraciado? Ha huido, nos delatará a la policía. Deberíamos encontrarle y callarle la boca. Joder, Cabo… todo esto es muy raro, ¿no? El sueño… era demasiado real, ¿sabes? La policía… he sentido el balazo en mis pulmones y me he sentido morir. Joder, Cabo… estoy… estoy confuso.

—¿Tienes miedo?

Era la primera vez en su vida que Carolino Alpáñez confesaba tener miedo.

—Sí, Cabo. Me asusta el más allá. No me siento bien.

—Tranquilo, Carolino. Yo también tengo miedo. Ese sueño… además, creo que conozco al tipo que nos disparaba. En el sueño, digo. Creo que le conozco. Un tipo mayor ya. Si lo veo lo reconozco seguro.

—Ya…

Golpeó dos veces en la barra para pedir otra copa, tac, tac, otra copa. No había ni que hablar, ya los conocían en la cafetería, nada de cafés, nada de tostadas por la mañana, nada de otra cosa que no fueran dos copas de aguardiente. Pero el camarero parecía no haber oído los tactacs.

—Niño, qué pasa ¿estás amamonao o qué?

El niño, un camarero maduro y más bien obeso con la camisa sudorosa y algún que otro lamparón, se volvió de mal humor.

—Te he oío, que no estoy sordo, joé.

—Pues lo parece.

De mala gana puso el camarero las dos copas sobre el mostrador.

—Bueno, qué.

—Pues eso. Que no me saco de la cabeza ese sueño.

—¡Calla, joer, calla!

La verdad es que era para estar preocupado.

Despertaron Martín Varas y Alpáñez y desperté yo. ¡Virgen Santísima! ¿Dónde estaba? No entendía nada. Ah, sí, estaba en mi casa, en mi cama, ¡la leche! ¿Pero qué hostias…? Había sido un sueño. Un sueño. ¡Pero qué sueño! Nunca, nunca, nunca en mi vida había soñado algo tan real, tan vívido, tan de verdad. Aquello… aquello… ¿había pasado de verdad? Estaba tan confuso… me senté en la cama y recordé. Había matado a dos personas que a su vez iban a castrar… sí… conocía al sujeto amarrado a la silla de enea. Óscar Valor. Uno de los indigentes que se calentaban en la fachada este del palacio de las Sirenas. Claro, sí… era él sin ninguna duda. Me puse de pie, me dirigí al armario donde guardo la ropa, abrí el cajón de la ropa interior donde guardaba el revólver que me confió un día Pep Torrent. Ahí estaba, a su lado, en una pequeña caja de cartón, guardaba seis balas. Ahí estaban las seis. Sí, había sido solo un sueño. Nadie había disparado a nadie con aquel revólver. Y sin embargo… qué extraordinaria sensación de realidad, de que aquello había pasado en verdad. En cuanto a los dos torturadores también los reconocí inmediatamente, por mucho que llevaran el rostro embozado con pasamontañas… daba igual. Eran los dos tipos… el de la cola de caballo y el otro con la cabeza rapada. Incluso, y sin saber bien porqué, sabía sus nombres. Carolino Alpáñez y Cabo Martín Varas.

Este libro se terminó de imprimir
el día 25 de octubre de 2019
como homenaje a nuestro amigo
Fernando Mansilla